

Pasión insaciable

Lynne Graham

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

PASIÓN INSACIABLE, N.º 1 - julio 2012
Título original: An Insatiable Passion
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 1995

I.S.B.N.: 978-84-671-0687-0
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Nos conocemos? –preguntó el jovencito de la tienda, mirándola fijamente.

Kitty se guardó el cambio en el bolso.

–No creo.

De pronto, el chico sonrió.

–Ahora sé de qué se trata. Te pareces mucho a Kitty Colgan. Es la que interpreta el papel de Cielo en la telenovela *Los Triunfadores.* Mi madre nunca se la pierde. Se toma muy en serio esas telenovelas y le preocupa mucho que hayan matado a Cielo –señaló el empleado, tomando la bolsa con la mercancía que acababa de comprar.

–Yo la llevaré –indicó ella–. No pesa mucho.

–Para una mujer de tu estatura, sí –él sonrió–. Estoy seguro de que con frecuencia te confunden con Kitty Colgan.

–No, es la primera vez –contestó mientras abría la puerta del conductor.

–Estoy seguro de que ésa tiene un Mercedes –bromeó, al mismo tiempo que abría el maletero del Ford aparcado delante del supermercado–. Aunque tampoco tengo ninguna duda de que nadie querría estar en su pellejo ahora. Se ha quedado sin trabajo. Creo que si tenía un Mercedes, tendrá que cambiarlo por otro coche más modesto.

–Gracias.

–¿Estás alojada cerca de aquí?

–No, estoy de paso.

–¡Cómo me gustaría hacer lo mismo! –confesó mientras contemplaba la solitaria carretera.

Cuando Kitty se alejó, estaba temblando. «¡Vaya un disfraz!», pensó. Se quitó el gorrito de lana y lo arrojó al asiento trasero, al tiempo que se echaba la melena rubia hacia atrás.

Fijó sus hermosos ojos azules en el horizonte que se abría ante ella. Los duendecillos de su conciencia no la dejarían en paz. Volvía

a casa tras ocho años de ausencia y volvía demasiado tarde. No podía hacer nada para cambiar ese hecho.

Apenas cuatro días atrás, ni siquiera sospechaba lo que la esperaba. Durante el viaje en avión desde Los Ángeles, lo único que había ocupado su mente era la novela que tanto deseaba escribir, pero nada más entrar en su casa de Londres, su optimismo se había hecho pedazos.

Grant la había informado de la muerte de su abuela… con un mes de retraso. Demasiado tarde para asistir al funeral.

–Murió mientras dormía –le había comentado–. No habrías conseguido una reconciliación en su lecho de muerte.

Deliberadamente, Grant no la había informado antes del fallecimiento. Si ella hubiera abandonado el rodaje de *Los Triunfadores* para volar de regreso a Inglaterra, habría trastornado el calendario de producción, y tampoco habría participado en la última película de Grant. Sin embargo, esa no era la única razón por la que él había guardado silencio sobre la muerte de Martha Colgan.

Ella le recriminó su comportamiento y tuvo lugar una violenta discusión. Los dos se hicieron reproches que nunca hubieran debido hacerse. Rara vez Grant aceptaba la censura. Era una estrella internacionalmente reconocida, que contaba con veinte años de sólido prestigio. La humildad le era casi desconocida, y cuando alguien se le enfrentaba, recurría a la malicia de un niño caprichoso. Lo cierto era que la brecha existente en su relación se remontaba a muchos años atrás, algo que Kitty aceptaba con desagrado.

Ninguno de los dos sabía que un empleado doméstico los estaba espiando y escuchando detrás de la puerta, ni que iba a obtener mucho dinero vendiendo a los periódicos insólitas revelaciones de su vida privada.

La noticia de su ruptura había figurado en los titulares de los diarios del día siguiente. Ella había abandonado su residencia para refugiarse en un hotel. En cuanto a Grant, se había marchado al sur de Francia con Yolanda Simons, una compañera de rodaje. Las noticias sensacionalistas continuaron apareciendo en los diarios durante los tres días siguientes.

Nada de eso afectaría a Grant. A excepción de la filtración de su última aventura, éste consideraba positivo cualquier tipo de

publicidad, amén de que no pensaba que la reputación de una mujer fuera algo importante.

A pesar de todo, a ella le divertía el hecho de que la prensa todavía no hubiera revelado el mayor de sus secretos.

Había sufrido mucho a raíz de los últimos acontecimientos, al darse cuenta de que había estado viviendo una mentira.

Su coche seguía devorando kilómetros. A las doce del mediodía, el sol se abría paso entre las nubes mientras Kitty se acercaba cada vez más a su destino.

Dos circunstancias habían ensombrecido su infancia. Por un lado, la muerte de su madre al nacer ella; por otro, el hecho de que Jenny Colgan no se hubiera casado. Sus abuelos se hicieron cargo de ella tan sólo por obligación. En su educación, el amor había representado una mínima parte. Como era una niña solitaria, pasó inadvertida en el hogar y con dificultad consiguió entablar relaciones con los otros niños de la escuela.

Los recuerdos volvían a ella, entretejidos con las hermosas facciones de un hombre: Jake. Furiosa, se rebeló contra su propia sensibilidad. Jake Tarrant había ocupado sus pensamientos de adolescente en una medida mucho mayor de la que estaba dispuesta a aceptar.

Sus abuelos eran los arrendatarios más pobres de la finca Tarrant. Su abuelo había sido un hombre amargado y huraño, que culpaba a los dueños de la tierra y a sus vecinos de sus ineficaces métodos de cultivo. Kitty tenía cinco años cuando habló por primera vez con Jake, un niño delgado de unos diez que le inspiraba temor.

En aquel tiempo, Jake estudiaba en una escuela cara y los fines de semana los dedicaba a divertirse a su modo. Después del terror que le había inspirado a Kitty en su primer encuentro, fueron necesarios varios meses para que ella volviera a acercársele.

Jake la había inducido a que confiara en él, y para ello había colocado golosinas en lugares estratégicos, los que ella prefería. Tenía el temperamento arisco, desconfiado y tímido de un animal, pues no estaba acostumbrada a recibir atenciones ni a tener compañía. Años después, Jake le confesó que había utilizado el mismo método con un zorro, aunque había fracasado.

Como estaba hambrienta de afecto, Jake se ganó fácilmente su

devoción. La sacó de su aislamiento y, gracias a eso, la escuela no fue una dura prueba para ella. Él había mejorado sus escasos conocimientos de gramática, la había ayudado a leer. Después Kitty siguió todos sus pasos.

Para ella, amarlo fue una cosa tan natural como respirar. Ni siquiera recordaba el momento en que la adoración infantil se convirtió en algo más profundo, en algo poderoso. En todo caso, no fue un enamoramiento repentino.

Desde muy joven aprendió a distinguir las diferencias que los separaban. Todavía podía recordar la cara de la madre de Jake, mirándola con repulsión desde el umbral de su elegante casa.

–No puedes meter en casa a esta sucia mocosa, Jake. Que te espere fuera. De verdad, hay que establecer límites –comentaba Sofía Tarrant.

Jessie, el ama de llaves de la casa, le había dado un vaso de leche en la escalinata posterior de la cocina, y ella oyó a la señora Tarrant regañándola:

–No sé qué es lo que ve en esa niña... Sí, ya lo sé, está abandonada. Es terriblemente doloroso, pero me niego a que entre en mi casa. Conoces bien a la familia, Jessie. Una gente muy extraña, según me han dicho. Llévales ropa de la que ya no nos ponemos. Me siento obligada a hacer algo.

Kitty quiso escapar, desahogar su corazón, pero no lo hizo porque estaba esperando a Jake. El respeto a sí misma era muy importante para ella, y Sofía Tarrant lo había advertido.

Cuando Kitty cumplió dieciséis años, la madre de Jake la acorraló y fue aún más dura con ella.

–Estás asediando a Jake de forma ridícula, y te aseguro que no te dará resultado –le dijo con dureza–. Una cosa es una amistad duradera y otra este penoso enamoramiento. Kitty, no deseo verte sufrir. Lo que quiero decir es que no pertenecéis al mismo ambiente social. Te estás comportando como una estúpida. ¡Qué pena que no tengas una madre para que te haga ver estas cosas!

Pero Kitty no le hizo ningún caso. Con la tenacidad e indiferencia propias de la juventud, se aferró a su amor y a sus sueños. ¿Quién podía imaginar en ese momento que su peor enemigo le había dado el consejo más sensato y conveniente?

Despreciándose a sí misma, Kitty volvió a la realidad. Su coche

cruzó con rapidez el puente de piedra que llevaba a la aldea. Mirsby era un disperso conjunto de casas de granito. Hundió el pie en el acelerador para tomar la empinada cuesta. Al llegar a la cima, viró hacia el austero edificio de la iglesia y aparcó frente al cementerio.

El viento le revolvió el cabello, y el frío intenso la hizo temblar. Todos los Colgan estaba sepultados en la parte más antigua del cementerio. Kitty era la última Colgan e, irónicamente, la única dueña de la tierra. Cuando la granja y las tierras de los Tarrant se pusieron a la venta, su abuelo viajó a Londres para pedirle dinero con el fin de comprar la pequeña finca que durante toda su vida había cultivado en régimen de arrendatario, aunque por orgullo puso la propiedad a nombre de ella.

Una de las cartas que había recibido de su abogado contenía una oferta para comprar Lower Ridge. La expresión de su rostro se tornó amarga. No vendería. Lower Ridge nunca volvería a ser de los Tarrant.

Arregló los rosales de la tumba. Lo único que podía ofrecer era ese pequeño detalle. Todo lo que su abuelo le había pedido, nada más. Respeto y obediencia.

Al salir fue cuando descubrió el viejo Land Rover, aparcado detrás de un coche. Un gran árbol le había ocultado el vehículo, así como a su conductor: un hombre moreno, alto y delgado. Los Tarrant solían decir que un antepasado suyo se había casado con una mujer de etnia gitana. Jake Tarrant tenía todo el porte de esa raza: cabello negro y largo, y ojos oscuros.

Kitty procuró disimular su nerviosismo. Eso era lo único que le importaba: no mostrar nunca debilidad ante un enemigo.

Repuesta de la sorpresa inicial, se acercó a él. Jake extendió una mano y cubrió con ella la de Kitty, que mantenía cerrada sobre su regazo. Sorprendida, miró su mano, reflexionó sobre ese gesto de simpatía expresada en silencio. Ese mismo hombre la había desdeñado seis años atrás, en el sepelio de su abuelo. Instintivamente retrocedió y rompió el contacto.

–Te vi cuando atravesabas el pueblo en coche.

La voz profunda y distinguida, que ella recordaba tan bien, en ese momento le pareció singularmente débil.

Kitty arqueó una ceja.

–¿Y? –preguntó, retadora.

–¿Tuve yo la culpa de que no asistieras al sepelio de tu abuela?

–¿Tú? Sigues siendo un Tarrant hasta la médula. Sigues engañándote sobre tu propia importancia. No asistí al entierro, Jake, simplemente porque no me enteré.

Jake metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

–Hablé con Maxwell por teléfono unas horas después del sepelio. Pensaba que estabas en Londres, te vi en una entrevista de televisión.

–Había sido grabada previamente.

–Te aseguro que quise hablar contigo personalmente, pero Maxwell no me ayudó –declaró, bastante molesto–. Sin embargo, supuse que te transmitiría el mensaje.

Kitty encogió los hombros.

–Me lo dio cuando le convino. No sabía que habías telefoneado. Fue un detalle por tu parte, propio de la benevolencia de un Tarrant hacia los más desafortunados de la comunidad.

–Recuerda que yo era vuestro vecino más cercano –la interrumpió con acritud.

–Gracias.

Jake apoyó una mano en la puerta del coche, con lo cual la acorraló con su cuerpo.

–Mira, no creas que te he seguido hasta aquí para jugar a las preguntas y las respuestas.

Contenta de haberlo molestado, Kitty se apoyó contra la puerta.

–Dime exactamente por qué razón me has seguido.

Lanzándole una mirada dura, Jake se retiró.

–Muy bien, te debo una disculpa por lo que dije en el entierro de Nat –el tono de su voz era áspero, sin rastro de arrepentimiento.

–¿Algo más? –inquirió con frialdad.

–Sucede que yo tengo el único juego de llaves de Lower Ridge.

–¿Por qué? –preguntó con incredulidad.

–He estado vigilando el lugar, no por gusto, sino porque tu abuela me nombró albacea de su testamento.

Kitty soltó una risita nerviosa.

–¿De verdad?

–Así me enteré de que adquiriste la finca para ellos. De dónde sacaron el dinero para comprarla siempre fue un misterio. Tú sabes que quiero comprar Lower Ridge. La oferta está por encima del

precio del mercado. Morgan lo comprobó personalmente antes de notificártelo.

–Se toma muchas atribuciones sin contar con mi aprobación –observó Kitty con tono incisivo–. Hace ocho años era difícil vender esa finca –replicó–. Y no comprendo por qué la quieres ahora –lo miró desafiante y añadió–: Claro, según tú, Rodeo Drive encaja mejor con mi personalidad. Es algo propio de «mi clase» –con amarga satisfacción pronunció las mismas palabras que él le había espetado en el sepelio de su abuelo–. ¿Qué derecho tenías para decirme eso?

–Tal vez ninguno, pero era la verdad –se mantuvo inflexible–. ¿Qué clase de recibimiento esperabas cuando te exhibías en una limusina perseguida por una jauría de periodistas? Pudiste venir discretamente, pero no lo hiciste. Lograste convertir una ocasión solemne en una escandalosa sesión de publicidad.

–Fue un accidente –protestó enérgicamente–. No sabía lo que hacía.

Ante la mirada fría e inexpresiva de Jake, volvió la cabeza y miró los eriales sin verlos.

–Creo que no llevo las llaves en este momento, pero si las necesitas... –murmuró él.

–Las necesito.

–Volveré a Torbeck a buscarlas.

–Muy bien –ella le dio la espalda y se dirigió hacia su propio coche.

De improviso, miró hacia atrás y descubrió el feroz destello en la mirada de Jake antes de que éste pudiera disimularlo. Incontables hombres la habían mirado con deseo, pero ninguno le había despertado el menor interés. Ese instante de titubeo de Jake la llenó de emoción. «Llora amargamente, Jake. Mira bien lo que dejaste escapar», dijo para sus adentros.

–¡Por Dios, Kitty, recuerda que fuimos buenos amigos! –protestó él.

–Eso pertenece al pasado.

–¿Ya has comido? –preguntó de pronto, lanzando un vistazo a su reloj.

–No, pero te sugiero que vayas a hacerlo con tu esposa –respondió–. Ahí es donde debes estar.

La mirada de Jake se endureció. En el aire flotaba una ardiente hostilidad.

–Liz está muerta, Kitty. Falleció en un accidente hace dos años.

Siguió un tenso silencio y Kitty lo miró impasible, con un control absoluto sobre sus facciones. «Muerta», pensó, pero se negó a reflexionar sobre ese hecho. No había llegado a conocer a Liz Tarrant. Esa mujer se las había arreglado para vivir y morir sin enterarse de cuánto la odiaba por haberse apropiado de lo que tan estúpidamente ella creía suyo. Había superado ese odio. ¿Por qué odiar a una persona cuyo rostro ni siquiera había llegado a conocer?

Durante unos momentos la dominó la impaciencia.

–Te veré en Lower Ridge dentro de media hora, con las llaves.

Kitty lo observó mientras él subía de un salto al Land Rover. En cuanto se fue, ella entró en su coche. Le temblaban las manos. Debilitada, descansó la cabeza en el respaldo. Tenía un nudo en la garganta.

Sus abuelos habían insistido en que dejara de asistir a la escuela a los dieciséis años, pero en esa época era difícil conseguir empleo. Por sugerencia de Sofía, había estado trabajando alguna tarde que otra en la granja.

Jake estudiaba entonces en la universidad y con frecuencia invitaba a sus amigos a pasar allí los fines de semana. Una dimensión nueva y perturbadora había invadido su otrora estrecha amistad, creando barreras que antes no existían.

Jake la rehuía. Cuando la veía, su renuencia a tocarla era evidente. Interpretaba correctamente la tensión sexual que la había llevado a comprender la fuerza de sus sentimientos.

Así, analizando el pasado, dejó atrás sus fantasías de adolescente. Ella ni siquiera contaba con el indispensable origen social para aspirar a ser una amiga ocasional aceptable. A Jake le había molestado que ella trabajara en las labores domésticas, pero no se lo había dicho explícitamente. Él sabía que sus abuelos habían luchado mucho para sobrevivir.

¿Había sido por conmiseración por lo que se había presentado en su casa con un regalo para ella aquella noche de Navidad? Un brazalete de plata, encantador y delicado. En sus ojos había surgido un extraño brillo mientras recibía el regalo, un brillo que

contradecía sus palabras.

La víspera de Año Nuevo, los Tarrant abrían las puertas de su casa a la mitad del condado. Jessie había persuadido a Martha Colgan para que Kitty durmiera en la granja, porque la fiesta se prolongaría más allá de la medianoche.

Sofía Tarrant se encontraba de mal humor aquella noche porque su marido no había aparecido en todo el día. Continuamente lo telefoneaba a Londres y, al no encontrarlo, descargaba su ira con sus empleados. Para entonces, Kitty ya se había enterado de que los padres de Jake vivían casi separados debido a las infidelidades de Charles Tarrant.

Poco antes de la medianoche, un huésped ebrio arrinconó a Kitty en el vestíbulo y trató de besarla. Jake lo impidió violentamente, estrellándolo contra una pared.

–No te atrevas a tocarla –rugió.

Mientras el hombre se marchaba, Jake se volvió hacia Kitty y la besó inesperadamente, abrazándola. Luego, con la misma prontitud, se apartó; ella percibió su aliento a whisky.

–No soy mejor que ese cerdo de quien te acabo de librar –pronunció, furioso consigo mismo–. Eres sólo una niña.

–Voy a cumplir dieciocho años –replicó ella.

–Te faltan seis meses para cumplirlos –repuso él, apretando los dientes. Al ver que ella parecía querer refugiarse entre sus brazos, la sujetó de las muñecas–. No. ¿A quién se le ha ocurrido traerte esta noche? Todo el mundo está borracho y tú deberías estar en la cama.

–Tengo hambre, no he probado bocado –se quejó Kitty, llorando.

No podía precisar a qué hora terminó la fiesta. Jake la despertó cuando le llevó algo de comer. Entró, dejó la bandeja sobre una cómoda y le acercó el plato. Se sentó en el borde de la cama para verla comer. Ella lo engulló todo y, arrebatada y entusiasmada, bajó de la cama para dejar el plato en la bandeja. Al volver, misteriosamente estaban más cerca el uno del otro.

–Bésame –musitó Kitty, tímidamente.

–Te daré un beso de buenas noches –repuso él con la respiración entrecortada–. ¡Dios santo, Kitty! –murmuró, trémulo, mientras se acercaba a los labios que lo esperaban ansiosos–. Te amo.

Abrumada por semejante confesión, Kitty se abrazó con fuerza a él. El primer beso se prolongó mucho más de lo que habrían podido

imaginar.

Kitty sintió mucho más dolor que placer esa madrugada, pero no le importó. Le había bastado con pertenecer a Jake, formar parte de él. No podía imaginar que lo único que había hecho era satisfacer las necesidades sexuales de Jake.

Fue después cuando se dio cuenta de que esa noche Jake estaba más borracho de lo que ella había pensado en un principio.

Sobreponiéndose con dificultad a sus desagradables recuerdos, Kitty continuó su camino. Bajó el cristal de la ventanilla para que el aire frío devolviera el color a sus pálidas mejillas. Las vidas de los dos habían cambiado de rumbo en las siguientes semanas.

El padre de Jake murió repentinamente, dejando tras de sí muchísimas deudas.

Jake se vio obligado a dejar la universidad, a abandonar sus estudios como cirujano veterinario. No tuvo alternativa. Sobre sus hombros recayó la responsabilidad de mantener a su madre y a sus hermanas. Fue preciso vender la finca, ya que nadie la habría salvado. Kitty se preguntaba entonces dónde vivirían; no podía imaginar a la madre de Jake viviendo en una casa corriente.

El camino a Lower Ridge se encontraba en muy mal estado. ¿Cómo se le había ocurrido que podría escribir allí su libro?

«¿Qué significa ese deseo de remover tus raíces?», recordó Kitty que le había preguntado Grant, furioso. «Déjalas enterradas como están».

Con repentina resolución, ella volvió a su coche, dispuesta a marcharse, pero antes de que pudiera efectuar su cobarde retirada, apareció el vehículo todoterreno de Jake.

¿Hablaría en serio cuando la había invitado a comer? Al parecer, no se sentía asqueado por la fama de Kitty Colgan, la *sex symbol* de moda. Si la situación no fuera tan trágica, habría sido divertida. Su imagen provocativa no era otra cosa que una ilusión, un engaño.

Jake abrió la puerta principal, al tiempo que murmuraba una disculpa por haber tardado tanto en encontrar las llaves. ¿Había tardado más de media hora? Kitty no se había dado cuenta.

–Tal vez prefieras quedarte sola. No quiero entrometerme.

–No lo estás haciendo. Simplemente me evocas recuerdos que en realidad no valen nada –repuso en son de burla, conteniendo el aliento y dominando la emoción que sentía al entrar de nuevo en su

antigua casa.

Entró en el pequeño salón. Aquella ala de la casa era muy vieja, pero debido a su poco uso conservaba una buena apariencia. Era una habitación muy extraña que había sido reservada para recibir visitas en una casa en la que nunca hubo visitantes.

Subió las escaleras. El tiempo no había tratado mal a su antigua habitación.

Luego pasó a la habitación de sus abuelos. Estaba igual. La cama alta, el suelo cuarteado. Jake se mantuvo discretamente tras ella, pero Kitty sentía su proximidad y automáticamente se alejó de él mientras bajaba las escaleras.

Sólo quedaba un cuarto: la cocina-comedor donde solía pasar la mayor parte del tiempo. En un esfuerzo por sobreponerse a su excesiva sensibilidad, abrió la puerta de golpe. Jake se le adelantó para correr las cortinas. La luz dio de lleno en los mosaicos del suelo, destacando la modestia de los muebles.

–Sabía que volverías –repuso secamente.

Ella levantó la barbilla, negando la tensión que sentía.

–¿Así soy de predecible?

–Esa no es la palabra que yo elegiría –la miró con aspereza.

–Aquí nada parece haber cambiado –ruborizada, esquivó su mirada y se las arregló para sonreír.

–¿Creías que habría cambiado, que a ti simplemente te bastaría con representar el papel de dama generosa?

–Realmente no sé de qué estás hablando –mintió.

–Martha te echó del entierro de Nat llevada por un desmedido sentimiento de lealtad hacia él. Estoy seguro de que se arrepintió.

–No –negó ella de inmediato.

–¿Cómo lo sabes? Jamás volviste para averiguarlo. ¿Era tan grande tu orgullo que en seis años no pudiste darle otra oportunidad?

La incisiva crítica la hirió. Independientemente de lo que hubiera dicho su abuela, a Kitty la habían echado a la calle, advirtiéndole que no debía volver nunca. Sin embargo, no había ninguna razón para defenderse, sólo provocaría más preguntas sin respuesta. Jake querría saber por qué le habían hecho eso.

–Supuse que no me dejarían entrar y no quise correr el riesgo –declaró en tono áspero–. Le escribí... no sé cuántas veces y nunca

contestó mis cartas. Su silencio fue muy elocuente. Siempre fue una mujer de pocas palabras.

–¿Le escribiste? –inquirió, frunciendo el ceño.

–¿Tampoco te enteraste de eso?

–Creía que no reaccionaría como Nat –la respuesta de Jake no tuvo el mismo sarcasmo que la de Kitty.

–No hables de mis abuelos como si los hubieras conocido. Nunca los conociste de igual a igual. Para ellos siempre fuiste un Tarrant, una estirpe aparte. Estoy segura de que nunca mantuviste una conversación sincera con ninguno de los dos –la ira la hizo palidecer.

–Hablas como si estuviéramos en el siglo pasado.

–En esta casa vivíamos así.

«Y también en la tuya», pensó, dejando entrever sus pensamientos con una sarcástica mirada.

–Tal vez te guste saber cómo llegué a hacerme con este lugar –continuó ella con tono indiferente–. Mi abuelo fue a verme a Londres y me pidió que lo comprara. Me dijo que era lo menos que podía hacer por ellos.

–¿Lo culpas por eso? Recuerda que te largaste sin decir nada. Dos años después, apareciste en los periódicos como estrella de cine, en un estreno con Maxwell.

«Y me gustó muchísimo», recordó Kitty. «Collares de diamantes, un vestido de firma, en fin, todas las cosas con las que sueña cualquier chica».

–Supongo que eso puso a la gente de aquí en su sitio –respondió burlona.

–Por supuesto. Durante meses fuiste el tema preferido de conversación. De la pobreza a la riqueza.

–No fue esa mi intención. A mucha gente le aburre el cuento de la Cenicienta –sonrió.

–¿Estás hablando de Maxwell como si fuera tu hada madrina… o el príncipe deslumbrante? Era un compañero apropiado, pero muy sórdido para una jovencita de diecinueve años. Y no creo que tuvieras dinero suficiente para comprar esta finca en esa etapa tan temprana de tu carrera.

–Yo no la compré. Grant lo hizo por mí –«y te sorprenderías si supieras lo que su representante compró al mismo tiempo», pensó

Kitty, divertida.

–Muy generoso de su parte.

–Es generosísimo –si algo lo molestaba, lo resolvía con un cheque; así era Grant, pensó Kitty. Por desgracia le daba resultado, y en aquellos días también con ella, que había confundido su generosidad con verdadero interés, un grave error.

–Me tratas como a un enemigo –la miró dolido.

–¿De verdad? –preguntó riendo y añadió–: Ahora somos dos extraños, Jake.

–Kitty, nunca fue mi intención hacerte daño.

–Hacerme daño… ¿tú? –replicó, ladeando la cabeza.

–Por favor, deja de comportarte como en las telenovelas. ¿O es que has interiorizado el papel de bruja ninfómana que sueles representar? –preguntó con tono sarcástico–. Aquí no hay ni cámaras ni micrófonos. ¿Crees que Kitty podrá salir de su encierro, tan sólo por cinco minutos?

Capítulo 2

Kitty volvió la cabeza bruscamente. Un amargo resentimiento recorría todo su ser y luchaba por aflorar, a pesar de sus esfuerzos por contenerlo.

–Sólo actúo para mis amigos, y tú no figuras entre ellos. Desde que entraste en esta casa, tu hipocresía me ha sorprendido. En primer lugar, te recordaré que nunca quisiste a mis abuelos. Pero al menos hace ocho años tenías valor para reconocerlo. Pensabas que Nat era terriblemente conflictivo y que Martha era una mujer fría y amargada. Y tenías razón... en ambas cosas.

Jake estaba dominando la situación. Con expresión sombría y controlada, empezó a decir:

–Martha se suavizó muchísimo después de la muerte de Nat.

–No conmigo. Eso no.

–Estás trastornada. No tendría que haberte acompañado.

Kitty cerró con violencia la puerta.

–No, no te irás hasta que oigas lo que tengo que decirte. ¿Por qué has decidido rescribir el pasado a tu conveniencia? Aquí viví la infancia más amarga del mundo, y tú lo sabes. Sólo una vez en diecisiete años mi abuela me abrazó, y era tan pequeña que ni siquiera me acuerdo. Pero sí recuerdo haber sido una carga. Como mi abuelo no podía castigar a mi madre, se desquitaba conmigo... –se volvió hacia la ventana y agregó con voz quebrada–: Lo recuerdo perfectamente –murmuró entre dientes–. Como si fuera ayer.

–¿Por qué has venido?

–Simplemente porque quería ver esto otra vez –declaró, recobrando la compostura.

–Bueno... Ya lo has visto.

–¿Tienes hijos, Jake? –se arrepintió de haber hecho la pregunta.

–Una niña. Tiene cuatro años.

Un súbito dolor traspasó el pecho de Kitty.

–Si no te importa, quiero quedarme sola.

–En absoluto. Tengo un compromiso para comer –repuso con

tono cortante.

Que no recordara haberla invitado a comer le causó a Kitty una gran angustia, aunque en realidad le habría gustado que él insistiera sólo para poder negarse.

–¿Con quién? –preguntó ella sin darle importancia.

–Se llama Paula. Es enfermera en el hospital regional.

–¿Cómo es? –preguntó Kitty, sonriendo. Una asfixiante tensión crecía entre los dos.

–¿Vas a preguntarme si me he acostado con ella?

Kitty se quedó callada. Jake salió, subió a su automóvil y se alejó. Ella suspiró, tranquilizada. Sabía que él estaba soltero, aunque con un compromiso. ¿Qué importaba? No era posible que estuviera celosa. No después de tantos años.

Se dejó caer en un sillón. Jake no le había dicho adiós, pero lo cierto era que nunca se habían despedido de verdad. Al parecer perduraba esa costumbre. Kitty se vio arrastrada a las consecuencias de la noche que pasó en sus brazos.

Se había sentido culpable, pero de ningún modo avergonzada. En aquel entonces, confiando en la confesión que Jake le había hecho, creía que no había de qué avergonzarse cuando había por medio amor.

Había tardado veinticuatro horas en ir a buscarla…, un Jake que le resultó totalmente ajeno. Una amarga desesperación penetró en lo más profundo de su alma. Con dolor, recordó las palabras que le había dicho:

–Lo que ha ocurrido entre nosotros está muy mal. Desearía con toda mi alma poder borrarlo, pero no es posible. Tus abuelos confían en mí y yo he traicionado esa confianza. No tengo excusa. Te llevo cinco años, no debí tocarte.

–Si me amas, entonces…

–Eso es lo malo, que no te amo como debería. Te quiero muchísimo, pero como a una amiga; como a una hermana si lo prefieres.

–Yo te quiero –había susurrado ella sin prestar atención a lo que Jake le decía.

–Es un capricho y así terminará –declaró con firmeza–. Lo de anoche fue un error, Kitty. Estaba borracho. Eso no me disculpa, pero es la única razón que lo explica. No fue culpa tuya, sino mía.

En caso de que haya consecuencias…

–¿Consecuencias? –preguntó, confusa.

–Si te quedas embarazada, puedes contar conmigo. Hablaré con tus abuelos, pero no me casaré contigo. Un matrimonio entre nosotros no funcionaría. El riesgo de embarazo no es muy elevado, pero si ocurre, me ocuparé de todo.

Algún tiempo después, sin previo aviso y en secreto, se había casado con Liz, en Londres. Ningún familiar asistió a la boda.

A Kitty se le rompió el corazón. La noticia de la boda de Jake la dejó destrozada. Una cosa era admitir que no la amaba, y otra muy diferente que podía amar a otra. Kitty había perdido mucho más que a un amante. Él había estado mucho más cerca de ella que su propia familia, había sido su único amigo.

Otros recuerdos acudieron a su mente, por más que hacía por desecharlos: ella había mentido al decirle a Jake que no esperaba un hijo suyo. Claro que le había mentido, no tenía otra opción. Aunque esa mentira no hubiera tenido consecuencias, pues a los pocos meses había sufrido un aborto.

Grant le había dicho que era lo mejor que podía ocurrir, pues no comprendía hasta qué punto ella deseaba tener un hijo de Jake después de la boda de éste con Liz. Había querido ese hijo más que cualquier otra cosa en el mundo. Lentamente, volvió a la realidad y se enjugó las lágrimas con las manos. Sin darse cuenta, poco a poco se fue quedando dormida.

Había caído la noche cuando despertó, muerta de frío. A tientas buscó el interruptor de la luz, pero no funcionaba. «Tonta», se dijo al recordar que no había electricidad. Afortunadamente, encontró una lámpara de petróleo en la cocina. Iban a dar las diez de la noche, demasiado tarde para buscar un hotel. Sacó la comida que tenía en el coche, encendió la chimenea y, a eso de la media noche estaba sentada sobre una improvisada cama, comiendo lasaña y bebiendo jerez.

Se levantó para sacar un camisón de seda de su maleta y se lo puso, al tiempo que se preguntaba, molesta, cuánto tiempo tardaría en conciliar el sueño. Después de servirse otra copa de jerez, ya en la cama, estaba empezando a concentrarse en la trama del libro que pensaba escribir cuando un débil ruido le hizo levantar la cabeza de su cuaderno de notas. Con las pupilas dilatadas, ahogó un grito de

terror. Una enorme sombra se dibujaba en la puerta de la cocina.

–No puedo creerlo –exclamó Jake entrando en la habitación–. Desde la carretera vi luz y pensé que alguien se había metido.

El corazón de Kitty seguía latiendo aceleradamente.

–¿Cómo has entrado? Todas las puertas están aseguradas.

–Me he metido por la ventana de la despensa.

–Ahora puedes irte por la puerta principal. Me siento menos hospitalaria que esta tarde. Me has dado un susto de muerte.

–Agradece que haya sido yo y no un intruso. Oye, no puedes pensar en quedarte aquí a pasar la noche.

–¿Por qué no sigues tu camino y preguntas a tus vecinos qué es lo que hacen en sus casas a medianoche? No tienes derecho a estar aquí.

–Ya te lo he dicho. No tenía ni idea de que estuvieras en casa.

–Muy bien, ahora que ya te has cerciorado de ello, puedes y debes irte.

Jake tomó la botella de jerez. Después de examinarla, se irguió y le dirigió una dura mirada.

–Has contraído vicios poco sanos desde que saliste de casa.

–Te agradará saber que uno de ellos no es invitar a desconocidos a beber conmigo. Ahora, vete –su voz se tornó aguda.

Jake se sentó con toda tranquilidad en la silla que estaba al pie del colchón. Cruzó una pierna y se echó hacia atrás, relajado. Kitty lo miró fijamente y se incorporó.

–¿No has oído lo que te he dicho?

La luz de la chimenea arrancaba reflejos a la seda roja de su camisón, que apenas le cubría los muslos. Además, la fina tela dejaba ver la forma de sus senos. En cuanto se dio cuenta de que la estaba observando, Kitty sintió que la cara le ardía. Volvió a sentarse en el colchón mientras en su interior se disparaba una alarma.

–¿Qué estás haciendo aquí? –volvió a preguntarle Jake.

–Tal vez me dé pereza mudarme a un hotel.

–Pensé que tu afición a la comodidad te induciría a buscar un sitio mejor –la miró descaradamente–. Dime qué planes tienes ahora que te han echado de la telenovela.

–Si me he quedado fuera, ha sido por mi propia voluntad.

–Por lo que sé, Maxwell te dijo que si tenía alguna influencia,

nunca más volverías a trabajar –le recordó Jake, con una calma burlona.

–Pedí un descanso. No he tenido vacaciones desde la última vez que nos vimos.

–Este es un lugar muy peculiar para pasar unas vacaciones.

–Sobre gustos no hay nada escrito –no le importaba ni pensaba decirle que se iría a primera hora.

–¿Por qué tienes un coche tan viejo?

–Camuflaje. Eso es todo –repuso con soberbia.

–Un camuflaje excesivo.

–Bueno, tal vez esté arruinada –declaró con tono sarcástico.

El brillo de su mirada la desconcertó.

–Es malo que ahogues tus penas sola –echó la cabeza hacia atrás.

–Hago toda clase de cosas malas estando sola. Suelen ser muy divertidas.

–¿Sabe Maxwell dónde estás?

–Le dije que me dirigía hacia el norte.

–Supongo que terminaste tu relación con él.

Kitty dejó que el jerez humedeciera su garganta y dijo:

–Eres libre de suponer lo que te dé la gana. Grant y yo nos atenemos a esta norma inflexible. No hablamos de nosotros con desconocidos. Esa es una de las razones de que haya tanta basura en los diarios, tantos chismes. Lo que no se logra en una entrevista legítima, se inventa.

–Entonces ¿la revelación extraordinaria de las habitaciones separadas fue un invento? –preguntó Jake–. Dejando al margen las obvias exageraciones, salta a la vista que la relación está muerta por tu parte, desde hace mucho. Entonces ¿por qué razón la has prolongado tanto tiempo?

–Así que leíste los periódicos. Supongo que habría sido mucho esperar que quisieras satisfacer tu curiosidad recurriendo a la propia fuente.

–Fascinación sería el nombre más exacto de mis sentimientos. Algunas de las cosas relacionadas con Maxwell me divirtieron, pero otras tenían su lado trágico –murmuró Jake con tono sombrío–. Aunque si finalmente te dio una patada en el trasero, te hizo un favor.

–¿Cómo te atreves a decir eso? –estalló Kitty–. No sabes nada de

mi vida con Grant. ¡Nada!

Él la miró con gran atención.

–No irás a decirme que has sido feliz con un hombre que ha estado corriendo detrás de otras mujeres desde que lo conociste.

Ella miró fijamente el fuego de la chimenea y volvió a escuchar las violentas acusaciones de ingratitud de Grant. Pero su rabia era perfectamente explicable. La había enseñado, alentado, animado a seguir cuando podía haberse derrumbado. Todo lo que había conseguido se lo debía a él. No obstante, Grant no le había dado lo que ella realmente quería de él: el amor de un padre.

De pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Quizá no fuera culpa de su padre, sino más bien de ella.

–Kitty...

–¡Oh, por favor! Vete y déjame sola –alcanzó a decir, molesta por su tono de conmiseración–. Ya me has abrumado con tu sermón, ahora te pido que te vayas.

Él se inclinó hacia adelante, sobre el borde mismo del colchón, para ponerle una mano sobre el brazo.

–No era mi intención ponerme por encima ni alardear...

–¿De verdad?

–Dios sabe que no me causa ninguna satisfacción verte como estás. Simplemente creo que no deberías ser tan independiente ahora.

El contacto de la mano de Jake la había puesto rígidamente a la defensiva. Cuando le quitó la copa de vino, le preguntó:

–¿Qué demonios crees que estás haciendo?

–Creo que has bebido más que suficiente. El alcohol te causará más depresión.

La irritaba darse cuenta de que la costumbre de comportarse como Jake le decía había perdurado durante todos esos años. No pudo evitar replicar:

–Dos copitas de jerez no son suficientes para emborracharse, y no estoy deprimida.

–¿De verdad?

–No. Lo que sucede es que he tenido dos días muy difíciles.

Él le puso una mano en el hombro. Confundida e inquieta por su perturbadora cercanía, Kitty sintió un cosquilleo en la garganta. El silencio se hizo más espeso. Apenas lo rompía el crepitar del fuego

de la chimenea. Kitty se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua.

Jake emitió un gemido. Algo más fuerte y más antiguo, e infinitamente más poderoso que ella, la mantenía quieta mientras él enterraba los dedos en su cabello y acercaba el rostro al suyo.

Con impaciencia, deslizó la otra mano por su espalda y con la lengua le hizo entreabrir los labios, provocándole sensaciones que recorrieron su ser en una respuesta primitiva. De pronto Kitty lo abrazó, como signo de aceptación.

Conforme se entregaba a él, Jake la recibía. Hambriento, siguió sondeando su boca y le acarició los senos hasta provocarle una excitación que la hizo emitir sonidos inarticulados.

El viejo reloj, situado sobre la chimenea, dio la una de la madrugada. Los dos se quedaron paralizados. Jake se puso de pie, echando el cuerpo hacia atrás, con la respiración entrecortada. Le lanzó una mirada ardiente.

Kitty se alisó la ropa con manos temblorosas.

–Como de costumbre, lo que quieres decir es: «¡Dios mío! ¿Qué he hecho?» –pronunció ella con sarcasmo.

–¿Por qué demonios decidiste regresar? –le preguntó, violento.

Una antipatía tan poderosa como la pasión que habían compartido surgió con igual brusquedad.

–Descuida, no se lo diré a Paula. Las mujeres son seres notablemente rencorosos –replicó ella.

El rubor tiñó las mejillas de Jake y acentuó el brillo de sus ojos. Finalmente dijo con tono burlón:

–De verdad, estaba preocupado por ti.

–No necesitas una copa de jerez para tener una excusa esta vez.

A la propia Kitty le dolió ese comentario, y Jake palideció.

–¡Maldita bruja venenosa! Si crees que he olvidado esa noche, estás en un error. Nunca me ha dejado.

Pero Kitty pensó que a él no le había afectado tanto como a ella. Jake se había casado, tenía una hija y estaba enfrascado en otra relación. ¿Dónde estaban sus cicatrices? No existían. Con la cabeza inclinada, el largo cabello ocultó su dolida expresión. ¿Por qué no había sentido repulsión cuando la había tocado?

–Vete –susurró.

–No necesitaba tu invitación –al salir cerró de golpe la puerta.

Cuando se marchó a Londres, nunca se le ocurrió que todo el mundo supondría que era la amante de Grant. Con toda sinceridad había creído que, en cuanto estuviera presentable, su padre se mostraría dispuesto a reconocer públicamente el tipo de relación que los unía…, pero Grant nunca aceptaría la paternidad. Era muy susceptible en lo referente a su edad, y más aún a su imagen. Que había cumplido más de cincuenta años era un secreto tan bien guardado como que tenía una hija de más de veinticinco. Así que ella se había convertido en escudo defensivo contra las mujeres demasiado interesadas en su padre. Aun cuando éste había negado con vehemencia la acusación, la utilizaba como disculpa cuando alguna de sus amigas se ponía pesada. Durante mucho tiempo ella había concentrado sus energías en el trabajo. Si no había tenido la menor prisa en dejar claro ante el mundo que era una mujer libre, en gran parte se debía a su falta de interés por los hombres y a la sospecha de que era frígida.

«Frígida», repitió con tristeza, mientras un calor vergonzoso recorría su cuerpo en oleadas. En los brazos de Jake no había sentido repulsión ni inhibición alguna. Durante todos esos años no había olvidado la lección que su humillación y su rechazo le habían enseñado, lo cual había hecho que reprimiera para siempre su propia sexualidad. Había temido vincularse a otro hombre, pero ahora debía afrontar la verdad.

Olía a café cuando despertó. Oyó un ruido de platos y tazas, y palpó con los dedos una manta que no recordaba haber cogido. También el colchón había cambiado de lugar; en ese momento estaba más alejado del fuego. Pero toda pregunta por el responsable de esos cambios perdió importancia cuando vio a Jake salir de la parte trasera de la cocina con dos tazas en las manos.

–¿Qué demonios...? –empezó a decir, incrédula.

–Me quedé preocupado y volví –explicó poniendo una de las tazas en el suelo, a un lado de ella.

–¿Qué hora es?

–Las ocho y media.

Kitty se pasó una mano por el cabello.

–Estabas dormida como un tronco cuando regresé.

–¿Según tu opinión hay algo de malo en dormir de madrugada? –le espetó. Tenía la boca amarga.

–Tendrías que haberte despertado cuando regresé, pero no lo hiciste. Obviamente continuaste bebiendo después de que yo me fuera.

–¿Qué?

–Me has oído bien –recalcó cada sílaba.

–¿Por qué no te tragas tus propias conclusiones? No bebí ni una sola gota más –concluyó furiosa.

–¿De verdad?

–¡No! –repitió indignada–. ¿Te has preguntado cuánto tiempo hace que no disfruto de una buena noche de sueño? Estaba agotada. Me quedé dormida en cuanto te fuiste.

La miró entre burlón y desafiante.

–Deberías agradecerme que haya vuelto. Te dejaste las velas encendidas. Ni siquiera tomaste precauciones con la chimenea. Esta casa tiene los tabiques de madera.

Pálida, se acurrucó bajo la sábana.

–No suelo ser tan descuidada, pero si lo que buscas es mi gratitud, te has equivocado. Nadie te pidió que volvieras. ¿Desde qué hora llevas aquí?

–Desde las tres. No quería irme hasta estar seguro de que todo iba bien.

Sintiéndose en desventaja, Kitty lo atacó:

–¿Te has vuelto noctámbulo? ¿No te ha echado nadie de menos?

–Sofía está acostumbrada a mis ausencias nocturnas.

Kitty se quedó sorprendida al deducir que Jake solía pasar las noches con Paula. Las cosas habían cambiado en Mirsby.

–Ponte algo de ropa. Te llevaré a casa a desayunar. Considéralo una obra de buen vecino –aclaró secamente.

–¿Desayuno? –preguntó Kitty, a punto de atragantarse con el café.

Bruscamente, Jake se sentó en el colchón para estar al mismo nivel que ella. Le advirtió con tono irritado:

–Ya he tenido bastantes melodramas en las últimas veinticuatro horas, como para todo el resto del siglo. También tengo una sugerencia que quiero que oigas.

–Guárdatela. Y también el desayuno –le aconsejó, esquivando su

mirada.

–¿Realmente te resulta tan difícil ser amable conmigo?

Kitty cerró los ojos. Todos los instantes que estuviera cerca de él acrecentarían su inquietud interior. La horrorizaba que descubriera su vulnerabilidad en ese terreno. Nunca lo perdonaría por haberle planteado la imposible elección que en otro tiempo le había hecho. ¿Cómo podría olvidar la agonía de haber perdido a su hijo?

Tenía los ojos inundados de lágrimas. Ese era un período de su vida que no quería recordar en presencia de Jake. Se volvía demasiado vulnerable.

Jake respiró profundamente, tratando de descifrar la tensión que revelaba su rostro. Luego le dijo:

–Mira, comprendo que estés muy sensible, pero tienes que aceptar que no soy tu enemigo.

Con un refunfuño de desacuerdo, ella hizo a un lado las sábanas.

–Dame cinco minutos.

Capítulo 3

En el cuarto de baño, Kitty tiritaba mientras se vestía con cierta torpeza. Si algo detestaba era el agua fría. Después de cepillarse el cabello, se frotó las mejillas y con gusto observó que adquirían un suave color rosado.

De vuelta a la planta baja, contempló el cuarto vacío. Pensó que allí estaría suficientemente cómoda. Tenía agua fría y caliente, y comida. Podía prescindir de muchos lujos. Mientras guardaba algunas cosas en su neceser, descubrió un teléfono sobre una mesita y sonrió.

Subió al todoterreno, esbelta y deslumbrante con sus vaqueros negros y su suéter rojo. Jake la miró provocándole una singular sensación de timidez.

–¿Cuándo instaló mi abuela el teléfono? –preguntó ella.

–La convencí de que lo pusiera después de la muerte de tu abuelo. Estoy seguro de que nunca lo usó, pero sin duda le dio cierto sentimiento de seguridad.

–¿Alguna otra cosa que deba agradecerte?

–No quiero tu agradecimiento. Ahora, volviendo a mi sugerencia, sigo pensando que deberías quedarte en Torbeck unos cuantos días.

–¿En tu finca? –lo miró desconcertada.

–Según creo, no tienes a donde ir...

Kitty lanzó una mirada de sorpresa. ¿Sería posible que él hubiera tomado en serio su comentario de que estaba mal de dinero? Recordó la manera en que la prensa había difundido la palabras de Grant de que, sin él, ella no tendría ni un céntimo… Además, Jake tendría en su contra a sus dos hermanas y a su madre, las cuales se habían endeudado hasta las cejas antes de que él lograra persuadirlas de que ya no podían permitirse los lujos a que estaban acostumbradas.

Aspiró profundamente, renuente a enfrentarse a la incomprensión de Jake.

–Mira, no hablaba en serio la otra noche. No tengo ningún problema económico, Jake.

Él la interrumpió secamente, sin dar importancia a su confidencia.

–Probablemente mi invitación ha sido mal interpretada, pero mi intención era buena. Necesitas tranquilidad e intimidad, algo que abunda en Torbeck. Sofía se pasa la mitad del día en la cama y la otra mitad en casa de Merrill. Es una invitación sincera. No hay segundas intenciones en mi ofrecimiento, si es que eso te preocupa.

–No, no es eso.

–No te volveré a tocar. Anoche ninguno de los dos sabíamos lo que hacíamos.

–Habla por ti.

«¿Es que tiene una larga lista de excusas?», se preguntó disgustada. ¿Acaso la pasión resultante de una locura temporal lo asaltaba únicamente cuando estaba cerca de ella?

–¿Quieres decir que no tuvo importancia con quién fue? ¿Cualquier puerto es bueno en la tormenta?

A punto de abofetearlo, apretó los puños.

–No sé. No tengo experiencia marinera.

–En eso tienes razón –aceptó Jake–. Anoche estabas casi dormida.

Kitty sintió un punzada de dolor. ¿Habría descubierto la inexperiencia en su respuesta, en su conducta? Resuelta a no dejar traslucir su incomodidad, repuso en tono de burla:

–¿Eso te dio una pista? Me gustan los hombres. ¿Tienes problemas en este terreno, Jake? La reacción sexual humana consiste en tocar en los lugares adecuados, y creo que tienes bastante práctica en ese campo –cobrando bríos, sonrió con languidez–. Supongo que no te quejarás de que me haya gustado la demostración.

–Hablas como si fueras una cualquiera –su expresión se endureció.

–No, a ti no te gustan las mujeres que disfrutan. ¿Es que hice algo que te molestó? ¿Necesitas inocencia fingida para sentirte bien? ¿Es que Paula...?

El todoterreno se detuvo en seco. Jake la miró fijamente.

–Deja a Paula fuera de esto. Una palabra más, Kitty, y te juro...

–¿Qué? –Kitty temblaba, pero lo miró fijamente.

–Ése es un anzuelo que no morderé. No juegues con eso, Kitty, te lo advierto.

Kitty comprendió que, al menos, su ataque había borrado cualquier impresión adversa que pudiera haber dejado. Impávida, miró por la ventanilla. Pensó que los juegos eran precisamente la especialidad de Jake. «Detente... detente», gritó una voz interior. «Hace ocho años, Kitty, ocho años...».

Jake tamborileaba con los dedos en el volante. Sin mirarlo, ella comprendió que también estaba inquieto.

–Sabes, no necesitamos atacarnos todo el tiempo. Quiero ser tu amigo. Nada más.

–No jures sobre la Biblia, si es que esperas subir al cielo.

–Sigues siendo la mujer más bella que he conocido. ¿Es eso lo que tu vanidad necesita que te diga, lo que querías que te dijera anoche?

Lo miró impasible. Su cara, su semblante, le habían ocasionado más problemas que felicidad. La belleza había sido un pasaporte necesario para lograr el afecto de su padre. Habían sido sus posibilidades, y no su personalidad, lo que había inducido a Grant a tomarla bajo su cuidado.

–¿Te quedarás en Torbeck? –preguntó con impaciencia.

Por un breve instante, ella saboreó el horror de la madre de Jake ante la posibilidad de que se alojara en su casa. Y también a Paula le sentaría muy mal. Con la misma rapidez con que había imaginado los estragos que causaría, descartó esa desagradable imagen.

–Me voy a quedar en Lower Ridge –declaró con determinación.

–No puedes hablar en serio. La casa se cae a pedazos.

–La casa se ha mantenido en pie durante años. No creo que se incendie, que estalle o se desplome durante los pocos meses que pienso habitarla.

–¿Has dicho «meses»? –la interrumpió–. ¿Por qué demonios piensas quedarte tanto tiempo?

–Tengo planes, en los cuales no entra volver a trabajar como actriz –lo miró con disgusto, levantando la barbilla a modo de reto–. Tengo el proyecto de escribir un libro.

Una expresión de burlona incredulidad se dibujó en el rostro de

Jake.

–¿Sobre los hombres que has conocido? Harías mejor en no abrir la boca.

Jake no parecía recordar las historias que ella solía escribir en la adolescencia. Tampoco recordaba los sueños que la timidez le había impedido compartir con todo el mundo menos con él.

–No te preocupes, Jake, ni siquiera te dedicaré una nota a pie de página –hirviendo de rabia, metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Te compraré la finca. No necesitas quedarte aquí.

–No, gracias. No te gusta la idea de que sea tu vecina, ¿verdad?

–¿Cómo supones que me siento?

–Yo no supongo nada –declaró Kitty.

Una vez había pagado el precio del exilio por Jake, y nunca más volvería a hacerlo. Él quería comprar Lower Ridge, pero no sabía que ella no necesitaba vender. ¿Cómo reaccionaría si supiera que era además la dueña de la casa solariega y de la mayor parte de las tierras que había sido de los Tarrant?

Grant la había comprado para ella como un regalo sorpresa, suponiendo que para Kitty sería una especie de revancha saberse dueña de la casa que había pertenecido a la familia de Jake.

–Discúlpame si he sido demasiado brusco, pero resulta que eres una complicación para mí.

–No soy una complicación ni para ti ni para nadie –le espetó al bajar del coche.

–Me recuerdas cosas que prefiero olvidar. No creo que te quedes en Lower Ridge más de una semana, al menos con este tiempo. Estaré a tu disposición mientras estés aquí.

Mientras abría la puerta del porche, refunfuñó:

–¡Promesas, siempre promesas...!

Una niña se hallaba sentada en la escalera del espacioso vestíbulo. Una frialdad instantánea asaltó a Kitty, que se había olvidado de que Jake tenía una hija. Cabello rubio ceniciento, muchas pecas y unas gafas gruesas que la hacían una niña poco agraciada.

–¿Por qué no estás jugando con el grupo, Tina? –preguntó Jake, sorprendido.

–Porque esperaba que alguien me subiera.

–Yo te llevaré. Disculpa, Kitty, te presento a Tina.

–¡Hola, Tina! –Kitty miró con interés a la niña.

–Eres muy guapa –murmuró Tina, mirando con nerviosismo a su padre–. No quiero jugar con el grupo.

–Vas a ir.

De pronto, Tina se echó a llorar. Un teléfono empezó a sonar en alguna parte. Rezongando algo entre dientes, Jake levantó en brazos a la niña.

–¡Por favor, papi, por favor...!

El teléfono dejó de sonar. Una mujer de complexión robusta entró en el vestíbulo.

–Tú eres de por aquí, ¿verdad? –dijo Jessie sin el menor miramiento, estudiando a Kitty, indiferente al escándalo que estaba organizando Tina–. Estás en los huesos.

Kitty sonrió. Su frialdad se había desvanecido. En cambio, los rasgos de Jake se endurecieron cuando descubrió el entusiasmo en su expresión.

–¿Todavía no vas a desayunar? –le preguntó la mujer a Jake–. Acaba de llamar John; Starlight está pariendo, necesita que ayuda.

–Voy a cambiarme de ropa. A propósito. ¿Qué le ha pasado a Tina?

–Los hijos de la señora Crummer tienen gripe, una epidemia. Ojalá no pase de ahí –explicó Jessie.

Jake subió las escaleras con Tina en brazos. La niña lanzó una mirada acusadora a Kitty.

–Y no salgas sin llamar antes a Paula –gritó Jessie–. El teléfono no ha dejado de sonar en toda la mañana –entonces miró a Kitty–. Jake me avisó de que estabas por aquí. Siéntate, aquí no somos de mucha ceremonia.

Kitty se quitó la chaqueta y se sentó a la mesa.

–Creo que lo mejor será que Jake me lleve de vuelta a casa.

–La comida está lista –Jessie le sirvió una taza de té–. Jake no tardará mucho. John Thornton es un pesado. Probablemente no tenga ninguna necesidad de él.

–¿Thornton?, ¿el subastador? –miró asombrada el plato de huevos con jamón que Jessie le ponía delante–. Jessie, de verdad no voy a poder comer todo esto.

Sin hacerle caso, Jessie repuso:

–John, el hijo, no el padre. Se dedica a la agricultura, Jake y él son socios. Es el marido de Merrill. Esperan su primer hijo para el verano.

–¿Qué ha sido de Jane? –preguntó Kitty, refiriéndose a la hermana mayor de Jake.

–Se casó con un norteamericano. Le ha ido bien. Es un médico famoso. Mucho dinero –hizo hincapié en ello, por si acaso no la había escuchado.

Kitty sonrió mientras Jessie se dedicaba a lavar la vajilla, dejándola sola para que comiera a gusto.

Tina se acercó tímidamente desde la puerta, para ver bien a Kitty.

–Te conozco. En televisión eres la bruja –susurró entre temerosa y fascinada.

–Cuidado con decir tonterías –declaró Jessie dirigiéndole una mirada dura, en el mismo momento en que aparecía Jake.

–No tardaré mucho, Kitty.

Al cabo de menos de diez segundos, el padre y la hija se habían ido.

–¿Qué le ocurre? –preguntó Kitty.

–Problemas con mujeres.

–¿Como esa Paula?

–Divorciada. Con sólo mirarlo, lo atrapó –la informó Jessie mientras colocaba ruidosamente los platos–. No es que esté en contra de esa chica, pero asediarlo a todas horas no es manera de llevarlo al altar.

–La cosa va en serio, ¿no? –preguntó Kitty, dolida.

–Reconozco que es lista. Yo no puedo hablar por él, ya que es muy discreto respecto a lo que piensa. Sofía no le dedicaba mucho tiempo. A ella le vendría muy bien que Jake volviera a casarse. La señora podría irse a vivir con una hermana que tiene en York. Constantemente la visita. Para ella, este lugar es demasiado tranquilo.

–Entonces ¿por qué sigue aquí?

–Yo no vivo aquí, sólo vengo a trabajar. Mi hermano tiene casi setenta y cinco años. Desde que murió su mujer, me he hecho cargo de la casa. Jake debe contar con alguien para que atienda a la niña en caso de que lo llamen de noche.

Kitty la miró extrañada.

–Que lo llamen... ¿para qué?

–Es uno de los veterinarios de la región. ¿No lo sabías?

Kitty negó con la cabeza. Lo último que había sabido era que Jake había tenido que dejar la universidad.

–No habéis hablado mucho, ¿verdad? –observó Jessie con tono áspero–. Estaba a punto de terminar sus estudios. En cuanto dejó funcionando este lugar, volvió a la universidad. Su padre estaba muy endeudado cuando murió.

–Debió de ser muy duro –murmuró Kitty.

Jessie asintió enérgicamente.

–La señora Sofía se tomó muy a pecho la muerte de su marido. Sufrió mucho, y aún no se ha repuesto. Tampoco hizo ningún esfuerzo por intimar con Liz, la madre de Tina.

Kitty se mordió un labio e inclinó la cabeza.

–Al igual que mucha gente de por aquí –empezó a decir Jessie–, me he preguntado muchas veces qué problema hubo entre Jake y tú.

Kitty se puso tensa.

–Pues no me explico por qué. Yo era una niña cuando me marché, y Jake y yo nunca llegamos a salir.

Jessie le dirigió una mirada de extrañeza.

–Nunca vi a dos jóvenes tan interesados el uno en el otro... y sin embargo, no ocurrió nada. Si fue alguna tontería lo que os separó, os mereceríais unos buenos azotes. Supongo que no creerías el rumor de que se casó con Liz por dinero. No puedo decirte por qué lo hizo, pero te aseguro que no fue por la fortuna de ella.

Kitty se mordió la lengua, inquieta.

–Sí –añadió Jessie–, se casó apresuradamente y nunca se arrepintió lo bastante, según dice la gente. Liz estaba terriblemente celosa de ti,

–¡Pero si no llegamos a conocernos! –estalló Kitty.

–Esa no es razón para que levantes la voz. No me importa que salgas en televisión todas las semanas. Por favor, guarda la compostura.

Kitty no sabía si echarse a reír o a llorar.

–Discúlpame, Jessie.

«Así que Jake se casó por dinero…; así de sencillo, así de claro».

¿Por qué no sospechó nunca que el dinero estuviera detrás de su repentino matrimonio? Sintió náuseas y apartó el plato. Aunque, claro, tal vez amara a Liz. Era más fácil amar cuando el amor iba acompañado de dinero. Con la finca a punto de perderse y debiendo velar por su familia, Jake tenía motivos de sobra.

De repente sonó un timbre que hizo dar un salto a Kitty. Jessie salió por el corredor de servicio. Luego oyó voces, una de ellas masculina. La mujer regresó acompañada por un hombre delgado, de tez muy blanca.

–Drew Matcham –pronunció con cierta dificultad–. Trabaja con Jake.

–Cuando te vi por la ventana de la cocina, le pedí a Jessie que me presentara –confesó un poco avergonzado.

–Ni siquiera ha terminado de desayunar –protestó Jessie.

–No importa. Ya casi he terminado –repuso Kitty levantándose y estrechando la mano vacilante que se le tendía.

–¡Dios santo! –la miró asombrado–. En la realidad, eres más baja. Creía que todas las actrices erais muy altas –se ruborizó por su propia sinceridad y no pudo evitar reírse.

–Los tacones altos ayudan. Por lo demás, no sabía que los hombres fueran aficionados a las telenovelas.

–Debo confesar que no la veía, pero de vez en cuando echaba un vistazo cuando mi hermana se plantaba ante el televisor.

Kitty le preguntó si en su recorrido pasaría por Lower Ridge. Cuando Drew respondió que sí, le pidió que la llevara.

–Con mucho gusto.

Ella se despidió de Jessie, no sin antes decirle a la cocinera que había disfrutado enormemente del desayuno. También comentó que quería evitarle a Jake la molestia de llevarla a su casa y le rogó encarecidamente que le dijera a la señora Tarrant que lamentaba mucho no haberla visto. En resumen, dijo tres mentiras sin el menor recato.

–Yo pensaba que… –murmuró Drew mientras Kitty tomaba asiento en su coche–. Supuse que te alojabas en Torbeck.

–Estoy viviendo en Lower Ridge –respondió alegremente Kitty.

–He oído hablar de esa casa, pero nunca he estado.

–¿Qué es lo que has oído? –preguntó.

–Que allí nació un gran talento.

Kitty se acomodó tranquilamente. Torbeck iba quedando atrás. Contempló detenidamente el paisaje; no se había dado cuenta de los cambios operados en el terreno.

–¿Qué ha pasado con los árboles que había aquí? –preguntó frunciendo el ceño.

–Bob Creighton los mandó talar. Está a cargo de la antigua finca Tarrant. Los taló a pesar de la oposición local.

–No debe de ser un hombre muy popular.

–En realidad, la finca da mucho trabajo a mucha gente. Está administrada para rendir todo lo posible. Bob debe conseguir buenos resultados si quiere conservar su empleo. Dice que sus jefes sólo entienden los resultados en balances. Los ve poco, residen en Londres.

–Han debido darle mucha libertad de acción.

Drew la miró sorprendido.

–¿Has hablado con Jake? Se enfadó mucho por lo de los árboles, pero se negó a encabezar la oposición.

–Entonces no debía preocuparle tanto.

Drew manifestó su desacuerdo.

–Realmente se vio en una situación muy difícil cuando se vendió la finca. Aun ahora, es mucha la gente que no acepta que Jake no tenga capacidad de intervención. Tienden a involucrarlo en sus problemas.

Kitty comentó, alzando la barbilla:

–Ya cuando todavía vivía su padre tenía muchos problemas.

–La situación es similar: un terrateniente ausente. No se puede subestimar lo que el nombre Tarrant significa para todo el pueblo.

–Claro que no. Estoy segura que hay muchísimos vecinos que todavía se descubren la cabeza cuando Jake pasa a su lado.

De pronto Drew se echó a reír, tomando a broma su comentario.

–Así es. Me he acostumbrado a que algunos de nuestros clientes me consideren como una especie de segundo de a bordo.

–¿Quién vive ahora en la antigua casa de los Tarrant? –preguntó, inquieta.

–Está vacía desde hace mucho tiempo.

Ella insistió en que la dejara al comienzo del camino, comentando que quería estirar las piernas.

Pensó preocupada en lo que le había dicho acerca de cómo veía

la finca la gente de por allí. Sus consultores de inversiones habían aceptado a Colwell Holdings, la empresa que administraba la finca, en su nombre. Le enviaban informes regulares que pocas veces había estudiado, y de pronto deseó no haberse esforzado tanto en ocultar el hecho de que ella era la propietaria. Ni siquiera Creighton sabía quién estaba detrás de Colwell Holdings. Le dolía mucho que la compararan con Charles Tarrant, pues realmente no podía negar que tenía interés en la finca.

Haggerston Grange estaba vacía, reflexionó. Bien podría ir a echar un vistazo a la vieja casona. ¿Quién se lo impediría? Era suya.

Entró en la casa, y ya no sintió la fuerte renuencia del día anterior. Contra viento y marea, el edificio se mantenía en pie. Las objeciones de Jake solo habían servido para fortalecer su determinación. Todos los fantasmas que pudiera haber allí eran de su creación. ¿Por qué había permitido que Jake y Jessie la trastornaran tanto?

Pensó que Jake no había cambiado. Su conducta pasada debía influir mucho en su conciencia. ¿Por qué se había visto forzado a ofrecerle una mano caritativa? «Un amigo», había dicho. Pero ¿dónde había estado esa amistad cuando la necesitaba desesperadamente? Después de haberse acostado con ella, le enseñó de la manera más cruel que también la amistad había terminado. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Irónicamente, Sofía Tarrant había destacado lo que Kitty veía ahora como su mayor debilidad: ser demasiado apasionada. Cualquier mujer normal habría dejado atrás lo pasado. ¿Por qué se encontraba allí? ¿Por qué todavía el pasado la seguía hiriendo? No podía contestar esas preguntas.

Otra bola de papel arrugado fue a parar al suelo. Fastidiada, Kitty dejó a un lado la máquina de escribir. Durante una larga semana había estado trabajando con ella. Desde hacía varios días, sólo veía esas cuatro paredes. Se puso un impermeable y salió a dar un paseo.

Pensó que tal vez Grant tenía razón y la historia anterior había sido simplemente un golpe de suerte. Caminó bajo la pertinaz lluvia, sumida en sus pensamientos. Estaba junto al muro que

limitaba el antiguo huerto. Recorrió el patio con la mirada, sintiendo un cosquilleo de inquietud en la nuca. No había viento. El granero estaba bien cerrado con candados. A un lado se hallaba una casucha que en otros tiempos había sido utilizada para guardar tractores, y en el mismo momento en que estaba a punto de volverse, sonriendo ante sus propias fantasías, volvió a escuchar el extraño sonido.

Kitty aguzó la vista. En un rincón, sobre un montón de sacos distinguió una forma extraña, recostada. La observó con asombro y descubrió que era Tina, que chorreaba agua y tenía la camisa desgarrada y llena de barro. Con la carita congestionada, la niña estalló en sollozos.

–No te asustes. No te haré daño –se puso en cuclillas frente a ella–. Estás muy lejos de tu casa. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

–Caminando –alcanzó a decir Tina entre sollozos.

«Corriendo», corrigió Kitty, al ver la manga rota de la blusa y los arañazos de los brazos. Pensó que debía de haberse caído, para acabar en tan lamentable estado.

–Me has asustado –declaró Kitty.

–¿Yo? –la niña ahogó un sollozo.

Kitty asintió con la cabeza y le preguntó:

–¿No crees que ha sido una tontería de mi parte?

–No. A mí me asustan muchas cosas.

–Pero a mí no me tienes que tener miedo –la abrazó.

Tina se puso rígida pero luego se calmó y la abrazó también. Kitty la llevó a su casa, le quitó la ropa mojada y se sorprendió al descubrir huellas de golpes en sus piernas. Sintió ira. Luego cogió su agenda de teléfonos.

–Voy a llamar a tu casa. Tu abuelita debe de estar preocupada.

–No quiero volver a casa –musitó la niña.

–¿No quieres ver a tu papá?

–Sólo está en casa cuando estoy dormida. No quiero ir a casa. Me van a pegar otra vez.

Jessie contestó el teléfono. Su voz denotaba una fuerte tensión.

–Soy Kitty. ¿No han echado de menos a Tina? Está conmigo, en Lower Ridge.

–¡Gracias al cielo! ¿Está bien? La he estado buscando por todas partes.

–Está bien. Un poco asustada y mojada, pero bien.

–Ha sido un día muy difícil. Yo estaba preparando el equipaje de Sofía, porque se va a visitar a su hermana, y de repente Tina rompió algo en la sala. Sofía perdió el control... En cuanto ella se fue, subí al cuarto de Tina, pero se había escapado –Jessie volvió a revivir la experiencia.

–¿Cuánto tiempo ha faltado?

–¿Podrías traerla tú? –interrumpió–. No sé dónde está Jake.

Kitty persuadió a la niña de que se bañara. Entre gemidos, Tina le contó lo del objeto roto. Después de tomar una taza de chocolate caliente, perdió la timidez. Sin embargo, en el momento en que se enteró de que iba a llevarla a su casa, comenzó a llorar y Kitty tuvo que meterla casi a rastras en el coche.

Vio el todoterreno aparcado en Torbeck. Suponiendo que Jake estaría usando otro vehículo, sacó a Tina del coche, pero antes de llegar a la puerta, Jake salió de la casa con visible mal humor. Cuando las vio, se quedó de una pieza.

–Ahora mismo iba a buscarla.

Jessie salió rápidamente de la casa y, dejando atrás a Jake, de inmediato se hizo cargo de Tina.

–Vaya susto que me has dado –gruñó.

La niña dejó escapar un sollozo y se abrazó frenéticamente a Kitty.

–Siento mucho que te hayas tomado tantas molestias.

Kitty se dijo que era obvio que esa disculpa le había costado mucho a Jake. No podía disimular que habría preferido que su hija hubiera buscado refugio en otro lado y no en Lower Ridge.

–A veces no entiendo qué es lo que pasa por la mente de Tina –añadió él.

–¿No? –preguntó Kitty.

Él endureció su expresión.

–La están coaccionando demasiado. Jessie es demasiado estricta.

–No fue culpa de Jessie que la niña se asustara y saliera corriendo –Kitty se volvió, dispuesta a no prolongar más esa conversación.

–¿Qué quieres decir?

–Es obvio –musitó.

Jake la sujetó de un hombro, obligándola a darse la vuelta.

–¿Quieres decir que la culpa fue mía? Ni siquiera estaba en casa.

–Por lo que he oído, estás muy poco con ella; de todas formas, no es asunto de mi incumbencia –le espetó.

–Tienes razón –la furia se dibujó en su rostro–. Para no haber querido ni siquiera ver a Tina la semana pasada, de repente te interesas mucho por ella.

Kitty se sintió culpable. En su primera visita, una inmensa amargura la había invadido. Ese día, en cambio, había reaccionado por instinto ante una criatura desamparada que necesitaba ayuda. Debido a que quería mucho a los niños, se avergonzó de su reacción inicial y también de que Jake hubiera descubierto su reveladora falta de cariño.

–Nunca tuve mucho contacto con niños pequeños –se disculpó ella con timidez.

–A pesar de lo cual te crees con la experiencia necesaria para decirme que soy un mal padre.

Sin perder la compostura, Kitty le dedicó una sonrisa desdeñosa.

–Pues bien, para ser completamente franca, no me ha impresionado nada lo que he visto hasta ahora, y mucho menos que hayas dejado a Jessie al cuidado de tu hija –hizo una pausa–. No Jake, tú ves la paja en el ojo ajeno. No te gusta que se te condene si no tienes un juicio imparcial. Ahora podrás entender cuánto me hiciste sufrir en el pasado.

–Una mujer que tiene una relación, particularmente pública, con un hombre de la edad de Maxwell, con su reputación, no debería ser tan delicada –la miró fijamente, con insolencia.

Ella lo abofeteó y él ni siquiera se inmutó.

–Ya veo que lo eres –se burló.

El ambiente se llenó de un aire hostil.

Capítulo 4

Kitty temblaba, pues había perdido completamente el control.

–Tengo cosas mucho más importantes que hacer que quedarme aquí intercambiando insultos.

Él la sujetó de las muñecas.

–Tengo una idea mucho mejor para pasar el rato –propuso Jake, molesto.

Empleando con facilidad una ventaja que encendía aún más la rabia de Kitty, venció todos los esfuerzos de ésta por liberarse y la obligó a apretarse contra él. El calor del cuerpo de Jake penetró a través de la ropa. Todas las terminaciones nerviosas de Kitty acumularon una carga instantánea de percepción física. La mano que se deslizaba por su espalda la obligaba a un contacto inquietante. Los duros muslos de Jake vencieron por completo la resistencia de sus piernas.

–No... –alcanzó a murmurar.

Se encontraba en los brazos de Jake, sin saber cómo había llegado a ellos. No podía pensar, pero sí sentir. Hundió los dedos en el oscuro cabello de Jake y, en un estado de total abandono, se dio cuenta de que la levantaba en brazos y echaba a andar. Se dirigió a un establo cercano. Cuando finalmente la bajó de nuevo, Kitty sintió algo en la espalda. Con movimientos rápidos, él hizo a un lado la ropa que se interponía entre ellos y le acarició un seno desnudo con los labios. Kitty emitió un suave grito de sorpresa.

En un murmullo pronunció su nombre y volvió a sentir una vez más sus labios. Era un apetito que no tenía principio ni fin.

El aire frío hizo estremecer su piel desnuda. De repente la voz de Jessie resonó en el patio, fuerte y clara como un clarín. Kitty recuperó la conciencia y como pudo se bajó el suéter y se alisó la falda.

–Haces que me sienta como si fuera un animal –confesó él–. Pero eso es lo que querías desde el principio, ¿no es cierto?

A Kitty le temblaban las piernas como si hubiera sido víctima de

algún accidente.

–Acéptalo –él la obligó a alzar la barbilla.

–No sé adónde quieres llegar.

–Claro que lo sabes –declaró burlón–. Desde nuestro primer encuentro, en el cementerio, has estado absolutamente segura de que puedes obligarme a desearte. No se me olvida cómo te contoneabas allí, simplemente para saber si me atrevería a tocarte.

–¿Qué dices? –inquirió, indefensa ante ese ataque.

–No lo he dicho como un cumplido –dejó escapar una risotada–. De hecho, ese día fui lo bastante estúpido como para no darme cuenta de que todo era fingido. El paseo, la sonrisa preñada de emoción, tu mirada que me decía «acércate y quémate». Te he visto hacerlo en televisión –dijo con desdén.

Cuando ella hizo un intento desesperado por alejarse, Jake la retuvo.

–¡Déjame ir! –repuso furiosa y aterrada.

–Hace un instante no tenías a donde ir. No me salgas ahora con que tienes prisa.

Ella se ruborizó intensamente.

–¡Vaya sorpresa! Kitty todavía se sonroja. Por supuesto, hay algo de vulgaridad en este escenario, un establo. Ahora dime, ¿en qué momento decidiste pedir tiempo? Por mi parte, te habría poseído, sin importarme las consecuencias.

Kitty tragó saliva.

–Orgulloso, estú...

Con la otra mano, él la aprisionó contra la pared.

–¿Eso crees tú? Hace poco, alguien me dijo que todo era cuestión de oprimir el botón adecuado. Debe de ser cierto. ¿Qué es lo que va mal, Kitty? ¿Te sientes amenazada por mí? –con voz suave y sedosa correspondió a su provocación.

Kitty cerró los ojos con fuerza, deseando que la dejara en paz. A pesar de su frialdad, percibía una contenida violencia bajo la superficie.

–De niña te sonrojabas, pero ahora has crecido y se supone que puedes cuidar de ti misma, aunque te sigo deseando tanto que me causas dolor. ¿Te halaga oírlo? Resulta que le estoy restando fuerza a Maxwell, aunque no pienso ocupar su lugar. Dime... ¿qué quieres de mí?

Pese a que Jessie se acercaba, taconeando deliberadamente, no la oyeron llegar. Cuando tosió con fuerza, volvieron la vista. Jake se apartó, Kitty pudo respirar normalmente.

–Acabo de acostar a Tina para que duerma una siestecita, pero pide que Kitty la acompañe. Se ha encariñado mucho contigo. Quítate esas pajas del cabello –aconsejó tras lanzar una significativa mirada.

–Gracias, Jessie –intervino Jake con voz fría.

–Por cierto, si queréis dar un espectáculo en el patio, por favor, corred antes las cortinas de la cocina. No estoy ciega –les advirtió bruscamente.

Ruborizada, Kitty se quitó las pajas que se le habían quedado prendidas en el cabello.

–Te acompañaré al piso de arriba –indicó Jake, franqueándole el paso.

Plenamente consciente de su cercanía, Kitty sintió un escalofrío. La evocación del deseo que la había consumido hasta casi paralizarla, la hizo sentirse débil.

–Yo me encargaré –indicó Jessie, interponiéndose.

La figura de Tina parecía perdida en la enorme cama. Miró a Kitty por encima del borde de la sábana y sonrió.

–¿Puedes contarme un cuento?

A continuación le entregó un ejemplar de *El Patito Feo.*

–Papá dice que cuando sea mayor, seré un cisne muy bonito –murmuró con timidez. En cuanto Kitty comenzó a leer, añadió–: Si quieres puedes abrazarme. Papá siempre me abraza, es muy bonito –Kitty lo hizo y la niña dijo–: Te quiero –dudó un instante y luego preguntó–: ¿Tú me quieres a mí?

–Por supuesto que sí –Kitty pensó que el cuento no estaba a la altura de la necesidad de cariño y seguridad de Tina.

La niña se quedó dormida poco antes del final de la historia. Cuando Kitty se levantó, distinguió la silueta de Jake en el umbral de la puerta. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí, mirándola.

–Has hecho una imitación magistral de una «mamá pata» adoptiva.

Kitty respondió airada:

–Ya sabes que me gustan los niños.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Jake.

–¿No te parece extraño que haya tenido la impresión de que te desagradaría cualquier hijo mío?

Ella se quedó sin aliento, pero alcanzó a protestar:

–Es una tontería –replicó, acentuando su desdén.

Sin hacer caso de su burlona respuesta, Jake la miró fijamente.

–Bajo tu exterior, arrolladoramente femenino, eres de acero templado. Cuando no estás tratando de acallarme, me atacas. Me pregunto si esta va a ser siempre nuestra relación.

De pronto Kitty se quedó sin aliento, llena de miedo, y le dio la espalda.

–¿Por qué? –preguntó él–. Suponiendo que consiguiera que renunciaras a esa apariencia brillante, superficial, ¿crees que aparecería la joven cuyo recuerdo no puedo borrar de mi mente?

Jake volvió a acercársele y una oleada de deseo empezó a crecer en su interior. Ante la mirada de Jake, sus senos comenzaron a responder con tensión. Esa arrolladora corriente sexual la obligó a bajar la escalera, pero Jake la siguió.

–Kitty...

Nadie había pronunciado su nombre con tan exacta inflexión. Esforzándose por dominarse, ella preguntó:

–¿Qué habrías hecho si hubiera aceptado tu hospitalidad?

–Me habría duchado infinidad de veces con agua fría –el reconocimiento fue sincero pero no encontró disculpa alguna–. Cada vez que te veo, mi impulso es llevarte a la cama o al sofá más próximo. Creo que tomaste la decisión más apropiada.

La locura que estaba jugando con los sentidos de Kitty se disipó. Pensó que Jake siempre había tenido la capacidad de detenerse a voluntad. Kitty tamborileó con los dedos sobre la camisa de él.

–Algún día, Jake, te enseñaré a lanzar piropos más elaborados.

De la cocina llegaban voces cada vez más fuertes. Jake maldijo y se apartó.

–Drew me ha contado lo sucedido –decía una voz femenina–. He venido de inmediato. ¿Está Tina en su cuarto? Tengo que subir a verla.

Era una voz áspera y sin aliento. Una morena alta de curvas generosas, cabello rizado y largas y bien torneadas piernas,

destacadas por una falda corta, salió de la cocina rumbo al vestíbulo. Sus ojos azules y brillantes descubrieron a Kitty y su mirada se endureció.

–Paula, te presento a Kitty –murmuró Jake.

Paula dejó escapar una risita que pretendía ser simpática.

–No creo que necesite presentación. Todo el mundo en un radio de doscientos kilómetros te reconocería en seguida, después de tanta publicidad como te han hecho –volvió a reír y luego dedicó a Jake toda su atención–. Debo subir a ver a Tina.

Los ojos de Jake se posaron en el sonriente rostro de Paula.

–Está dormida. Kitty la ha tranquilizado.

Paula se sonrojó. Kitty cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

–Debo irme ya –anunció.

–Te acompañaré hasta tu coche –repuso Jake.

–¿Es tuyo ese coche tan viejo? –inquirió Paula, mostrando una sorpresa mal disimulada–. Discúlpame, no ha sido mi intención ser grosera.

–¿Y por qué ibas a serlo? –preguntó a su vez Kitty.

–Creía que te quedarías a comer –comentó Jessie, saliendo de la cocina.

–Me quedaré yo –intervino Paula–. Sería una gran tontería de mi parte regresar a casa cuando vamos a ir a Scarborough esta misma tarde.

Jake acompañó a Kitty, le abrió la puerta del coche y comentó:

–Disculpa lo ocurrido. Quiero agradecerte sinceramente que hayas sido tan paciente con Tina.

–Habría hecho lo mismo por cualquier otro niño –respondió Kitty con una expresiva sonrisa.

Al pasar junto al gran coche de Paula, aparcado a un lado del todoterreno, sintió una terrible punzada de vergüenza. Paula tenía toda la razón del mundo para estar molesta. Y no había hecho el menor esfuerzo por disimular su hostilidad.

¿Cuánto tiempo hacía que Jake y Paula salían juntos? Sin duda, el suficiente para que ésta entrara en Torbeck con toda confianza y se comportara como un miembro más de la familia.

¿Se quedaría en la casa en ausencia de la señora Tarrant? Kitty pensó que alguien debía quedarse en la casa para cuidar a Tina.

¿Quién mejor que Paula? La imagen dolorosa de Paula y Jake, abrazados, le provocó una náusea cuando salió del coche, en Lower Ridge.

Nunca se había visto tan tentada por el deseo como para no poder vencerlo. Sin embargo, Jake se había revolcado con ella en un montón de paja hasta volverla loca; era el único capaz de hacer eso. El caso era que ella se había portado como una bomba sexual, pero ¿no era cierto también que deseaba dar a Jake esa impresión de mujer liberada? «¿Qué quieres de mí?», había preguntado él, poniendo así al descubierto el primer cambio sutil en su actitud. Jake empezaba a hacer preguntas.

Tal vez en algún rincón de su subconsciente había regresado a Yorkshire buscando un cara a cara con Jake. De ser así, ¿qué estaba haciendo allí en ese momento? Él nunca la había amado, aunque durante un tiempo ella hubiera estado segura de ese amor nunca confesado. Una falsa certeza que había hecho pedazos su vida.

¿Dónde estaba el odio que creía sentir por Jake? ¿Había sido verdadero? Ese odio ya no era un mecanismo de defensa. Había pensado y reaccionado como una quinceañera desde el mismo instante en que había vuelto. Él todavía la atraía, así de sencillo. Y el problema debía solucionarse. Paula podría respirar tranquila, pues ella sabría mantener la distancia.

Ya entrada la tarde, la lluvia se convirtió en nieve. No era el tiempo más apropiado para pasar un día en Scarborough, reflexionó Kitty, y en seguida se irritó consigo misma. A la mañana siguiente se despertó en un mundo que se había vuelto blanco. Tras una noche inquieta, se sentía cansada y amodorrada. La habitación estaba muy fría. Pensó en ir al pueblo cuando terminara de desayunar. Se le había terminado la comida y ya no tenía sentido ocultarse, ¿o sí? Habiendo concluido la telenovela y sin ninguna vinculación con Grant, pensó que a nadie le interesaría lo que ella pudiera hacer.

No había recorrido ni siquiera cinco kilómetros cuando el motor de su coche hizo un ruido extraño. Poco a poco fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse por completo. Maldijo su suerte. No llevaba ropa adecuada para soportar una caminata con ese tiempo.

Llevaba cerca de veinte minutos batallando contra la nieve, cuando oyó que un coche se aproximaba. Su sentimiento de alivio

duró muy poco, pues el todoterreno de Jake se detuvo a su lado. Después de abrir la puerta, le preguntó:

–He visto tu coche allí atrás. ¿Qué ha pasado?

–No sé, pero parece que es algo serio –repuso, castañeteando los dientes.

Él le dirigió una sonrisa burlona, contemplando su cabello mojado y despeinado.

–No estás preparada para un tiempo tan infernal como este, ¿no es cierto? Supongo que necesitas ayuda.

Dándose cuenta de lo ridículo de su aspecto, Kitty murmuró furiosa:

–Por supuesto que no. Llegaré perfectamente al pueblo –metió las manos en los bolsillos de su impermeable y se dio la vuelta.

–No seas ridícula –la regañó Jake, impaciente–. Sube y te llevaré al taller.

–No, gracias –le espetó–. ¿Por qué no te ocupas de tus cosas y te mantienes lejos de mi vida?

Jake la miró de arriba abajo.

–Si eso es lo que quieres...

Y arrancó. Kitty miró fijamente el vehículo que se alejaba. Durante unos segundos no pudo creer que la hubiera dejado allí. «Sí, eso es lo que quiero», murmuró, algo sorprendida por su propia conducta.

Había recorrido penosamente otros cien metros, cuando el todoterreno regresó. La puerta se abrió en silencio ante ella. Mordiéndose el labio, se deslizó dentro del tibio interior.

–No me habría gustado que te congelaras.

–No tendría que haber sido tan susceptible –cada palabra se le clavaba en su herido orgullo.

–Aceptemos que ninguno de los dos ha estado a la altura de las circunstancias –concluyó Jake.

Y eso fue todo, lo único que hablaron hasta llegar al taller de reparación. Kitty le entregó las llaves al mecánico, quien le sugirió que lo llamara al día siguiente por la tarde. Cuando Jake volvió al todoterreno, la fuerte brisa le despeinó el cabello. Al mirarlo, Kitty sintió que algo se le hacía un nudo en las entrañas, algo que le impedía respirar.

–Tengo algunos asuntos que atender. Si me esperas, te llevaré de

vuelta –anunció él.

La dejó en la puerta de la oficina de correos. La conversación de las mujeres que estaban en la puerta se interrumpió de repente, pero al poco rato se reanudó. Kitty subía por una calle empinada cuando el violento frenazo de un coche rompió el silencio.

Tina, cruzando imprudentemente la calle, había estado a punto de ser atropellada. El rostro del conductor del vehículo reflejaba terror. Tocó la bocina con impaciencia y luego se alejó. Acto seguido apareció Jessie, sin aliento, sacudiendo la cabeza.

Kitty se arrodilló frente a Tina y le hizo ver el peligro que representaba cruzar la calzada de ese modo.

–Es que te vi de repente y quería alcanzarte –explicó la niña, sollozando.

Kitty la tomó en sus brazos.

–No lo vuelvas a hacer, Tina.

Luego le contó a Jessie lo que le había ocurrido a su coche.

–Bueno, si Jake ha dicho una hora, lo más probable es que sean dos. Hoy es mi día libre. Puedes venir a casa y tomar el té conmigo.

Cinco minutos después, charlaban animadamente en casa de Jessie. Ésta se ofreció a coger el impermeable de Kitty, al mismo tiempo que dirigía una mirada impaciente a Tina, que se aferraba posesivamente a la prenda. Con sumo cuidado Kitty le retiró la manita.

–Me ha visto en televisión. Soy una novedad.

Jessie dejó a la niña jugando con un rompecabezas y volvió para charlar con Kitty. Pero Tina no tardó en seguirla.

–Quiero estar con Kitty.

–Dime, Jessie, ¿por qué te la dejan en tu día de descanso?

–Merrill debería estar con ella, pero tiene una cita en el hospital.

–Debe de resultarte difícil cuando la señora Tarrant está ausente –observó Kitty.

–En realidad, no quiso pegarle tan fuerte a Tina –explicó Jessie con tono brusco–. No tiene paciencia. No está acostumbrada a batallar con niños.

Kitty asintió y, por su parte Jessie se tranquilizó.

–No me molesta que se vaya. Estar un tiempo con su hermana le sentará bien. Ella no sabe que usted está viviendo en Lower Ridge.

–¿Por qué habría de saberlo? –preguntó Kitty, encogiéndose de

hombros.

–Yo misma se lo habría dicho si el propio Jake no me lo hubiera prohibido. Lo que Sofía detesta es precisamente aquello que debe soportar. Jake sigue su propio camino.

Tina hizo un intento de subirse al regazo de Kitty.

–¿Es que no puedes dejar a Kitty en paz? –gruñó Jessie, y Tina salió huyendo, antes de que Kitty pudiera intervenir. La mujer suspiró–. No está bien que se encariñe demasiado contigo.

–Estará más apegada a Paula, ¿no?

–Ella no la trata con tanto cariño como tú.

Incapaz de seguir oyendo los sollozos de Tina en la habitación contigua, Kitty se levantó y fue a buscarla.

–¿Ves lo que quiero decir? No le hagas daño a él.

–¿A «él»? –Kitty comprendió que se refería a Jake. De inmediato pensó que era invulnerable. Tal vez pudiera importunarlo, pero nada más.

Jessie insistió.

–Os conozco a los dos desde que erais niños. Sé de qué estoy hablando. Entre vosotros hay un vínculo y siempre lo habrá.

–Tal vez lo hubo cuando éramos más jóvenes –Kitty sintió un agudo dolor al recordar al hijo que había perdido. Ese último golpe había puesto fin a su obsesión por Jake...

Kitty sólo necesitó cruzar la calle para llegar al consultorio del veterinario. Se guió por el ruido de las voces que provenían de la sala de espera. Una esbelta pelirroja que se encontraba en el corredor exclamó:

–¡Kitty! Me habían dicho que estabas aquí, pero no podía creerlo. ¿Te vas a quedar? ¿Cuánto tiempo? Oye, ¿no me reconoces? Fuimos juntas a la escuela.

Kitty sonrió.

–¿Isabel?

–Isabel Stevens, la misma. Aunque ahora llevo el apellido Hollister –explicó orgullosa.

Kitty tuvo que rebuscar en su memoria para recordar que los Hollister tenían una cadena de hoteles en la costa de Yorkshire.

–Mira, vamos a hacer una gran fiesta mañana por la noche. Y me

gustaría mucho que asistieras.

–Pero es que...

–George y yo damos fiestas espectaculares y nos encantaría verte –la interrumpió Isabel, para luego insistir con más fuerza–: Ahora no puedo hablar más. Nos veremos mañana por la noche.

Después de despedirse, Isabel se dirigió al deportivo blanco que estaba aparcado en la puerta.

–Isabel y los conductores que huyen cuando atropellan a alguien tienen mucho en común –intervino Drew Matcham, con una amplia sonrisa–. Reconozco en tu cara esa expresión. Esa mujer ejerce sobre mí el mismo efecto.

Kitty sonrió.

–¿Ya ha llegado Jake?

–Está fuera. Voy a llamarlo. ¿Te parece?

Por la ventana Kitty vio a Jake y a Paula charlando en el aparcamiento trasero. Negó con la cabeza.

–Puedo esperar.

–Deberías ir a la fiesta de los Hollister. Yo iré solo. Si quieres...

Kitty seguía mirando por la ventana. La mano de Paula descansaba sobre el brazo de Jake. Volvió la cabeza de golpe, con un nudo en la garganta.

–Pasaría a recogerte a las ocho –continuó Drew.

–¿A las ocho? –preguntó, como un eco.

–Para ir a la fiesta. No hay razón para que vayamos los dos solos. Bien, ¿qué dices?

Kitty se vio dominada por un súbito impulso. Esbozó una sonrisa radiante.

–Claro que sí.

En ese momento sonó el teléfono y Drew fue a contestar. Jake entró en la habitación.

–Perdona el retraso. ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

–Unos minutos –respondió Kitty fríamente.

–Le ruego me disculpe, *milady* –se excusó él, aparentemente indiferente a su tono de voz.

Ya fuera del pueblo, Jake dio un brusco volantazo para evitar atropellar a un perro. La maniobra lanzó a Kitty sobre él y ella extendió una mano, que fue a dar al duro y fuerte muslo de Jake. Una oleada de ardiente deseo volvió a invadirla.

Una necesidad irresistible de romper el silencio la obligó a preguntar:

–¿Crees que seguirá nevando durante mucho tiempo?

Jake se echó hacia atrás y rió con todas sus ganas, dedicándole una mirada de ardiente complicidad.

–¿Por qué no hablas de lo que estás pensando? En una mujer como tú, que acepta que disfruta mucho haciendo el amor, tu reticencia resulta extraña.

Kitty se ruborizó. Los ojos de Jake expresaban una descarada invitación, subrayada por su boca sensual.

–No tenemos nada de qué hablar –respondió con tono cortante.

Jake se detuvo en la puerta de Lower Ridge.

–Desde luego, no sin que sientas que corres algún riesgo –terminó la frase con un tono perezoso y provocativo.

Capítulo 5

La misma ropa que Kitty había llevado desde Los Ángeles la había acompañado al norte de Inglaterra. Para la fiesta había escogido un vestido negro y azul, que habría sido un verdadero desastre en alguien que no tuviera un cuerpo tan perfecto como el de ella.

Los Hollister vivían en una moderna casa de dos pisos, situada al otro lado del pueblo. Isabel y su marido, de edad avanzada, se dirigieron hacia Kitty en cuanto entró.

–Estaré muy orgullosa de presentarte a todo el mundo. ¡Oye, qué vestido más bonito llevas! ¿Valentino, verdad? En esta temporada, yo sigo a Saint Laurent.

Era una fiesta de categoría. Kitty percibió pequeños y bruscos silencios, así como frases rápidas mientras su anfitriona la presentaba. Sonrió y charló hasta cansarse.

Al final todo se volvió en su contra. Se encontraba bailando en los brazos de George Hollister, que había bebido más de la cuenta, cuando de pronto apareció Jake y los interrumpió.

–Con tu permiso, George –hábilmente la liberó de George, y luego se dirigió a ella–. Dentro de poco tu anfitriona se pondrá como una fiera.

–Debió ponerle un collar y una cadena, aunque te diré que podría haberme librado sin necesidad del escuadrón de rescate –declaró malhumorada.

–¿Dónde está Drew?

–Ha ido a traerme una copa. ¿Dónde estabas que no te vi antes?

–Paula y yo hemos llegado tarde. Dime una cosa, ¿siempre bailas a medio metro de distancia de tu compañero? –con una mano la atrajo hacia sí, obligándola a que posara las manos en sus hombros.

Un calor incontenible la invadió. El latido del deseo que corría por sus venas destruía su autocontrol, fundiéndola con él en una dolorosa angustia.

Terminó la música y Jake la apartó cruelmente. Un sexto sentido

le dijo a Kitty que muchos ojos los estaban espiando, y con una risa chispeante se alejó de Jake. Isabel la esperaba.

–A Drew lo han llamado para atender a un cerdito –comentó entre dientes–. Dijo que estaría aquí dentro de una hora, más o menos. Pobre Drew. Nada le sale bien.

–¿De verdad?

Kitty no la oía. Paula, radiante con un vestido rojo que realzaba su encanto, bailaba animadamente con Jake. Luego se puso de puntillas para besarlo levemente en los labios y echó hacia atrás la cabeza con un desafiante aire triunfal.

Kitty tomó una copa de una bandeja; estaba muy celosa.

–Drew es mi primo –le contó Isabel, acercándose para dar una nota confidencial a sus palabras–. Está loco por Paula, pero de momento no tiene ninguna posibilidad. Paula va detrás de una presa mayor.

Kitty se enfrentó a la mirada maliciosa de Isabel.

–Jake y yo somos amigos desde hace muchos años.

–Si George tuviera una amiga así, le sacaría los ojos. Tú has dejado a Paula en la línea de salida –sonrió Isabel–. El caso es que Jake las prefiere rubias. Liz era una rubia pequeñita, parecida a ti a simple vista.

Las palabras se quedaron flotando en el aire.

–¿De verdad?

Isabel la estudió con gran intensidad.

–Sí. Fue el matrimonio más extraño del mundo. Ella habría matado por conseguirlo, pero la verdad es que no pudo soportar la altivez de Jake. Trató de ponerlo celoso, pero él ni se inmutaba. Las mujeres se estrellan contra un muro. Jake no es un inofensivo garito al que se puede provocar sin peligro.

Mike, el hermano de Isabel, interrumpió la conversación para pedirle a Kitty que bailara con él. Ella asintió con alivio y eso le dio algún tiempo de descanso. Luego fue al cuarto de baño, se refrescó un poco y por último se refugió en el invernadero.

–Y Dios creó a la mujer...

Kitty se volvió. Jake surgió de entre las enredaderas que flanqueaban la puerta.

–Pero Maxwell creó a Kitty –concluyó en voz baja.

–Sí. Me enseñó a caminar, a hablar, a vestirme...

–La muñequita de Maxwell –declaró con cierto tono de lástima.

–No le veo la gracia.

–No es gracioso, es triste. ¿Te diviertes cuando actúas? Evidentemente te encanta. No aprecio el arte de la interpretación, aun suponiendo que todo fuera de mi agrado.

–¿Tu agrado? –lo interrumpió con violencia.

Jake le sonrió con ternura.

–Kitty, no me engañes. Me puedes asestar una puñalada en el corazón y seguiría riendo. Creo que ha llegado el momento de firmar una tregua.

–No me había dado cuenta de que estuviéramos en guerra.

Jake cogió entre los dedos un mechón de su cabello. El brillo de sus ojos la dejó paralizada.

–No puedes luchar contra ti misma, Kitty. Sólo lograrás desgarrarte en dos partes. Y si peleas contra mí, perderás, porque siempre he sido más fuerte que tú… –trató de provocarla–. Te llevaré a dar un paseo mañana por la tarde. Aunque el tiempo no está para dar paseos, ¿verdad?

A pesar del provocativo susurro de Jake, Kitty respondió con un «no» rotundo. Él la soltó.

–Gracias a Dios la cordura no te ha abandonado. ¿Crees que George daría rienda suelta a sus fantasías de Tarzán entre estas enredaderas?

Kitty se echó a reír de buena gana.

–Lo que debemos hacer es ir a buscar a nuestros respectivos compañeros.

Él aceptó con una mueca y Kitty consiguió recuperarse del todo.

Drew se encontraba en el salón charlando con George. Durante todo el camino de vuelta a casa estuvo disculpándose.

–Permíteme que te invite a comer el viernes –le rogó con tal insistencia que ella no tuvo otro remedio que aceptar.

Kitty tardó una eternidad en dormirse. Casi era mediodía cuando despertó al día siguiente.

Cuando terminó de comer le devolvieron su coche. El mecánico le entregó las llaves.

–Ha quedado como nuevo, señorita Colgan. No ha sido un trabajo muy difícil.

–¿Cuánto le debo?

El mecánico la miró sorprendido.

–Jake Tarrant nos ha pagado por la mañana –la informó antes de introducirse en la cabina de la grúa con la que había remolcado el vehículo y alejarse de Lower Ridge.

A Kitty le ardía la piel. ¿Cómo se había atrevido a hacerlo? Rápidamente fue hacia su coche. En un instante llegó a Torbeck.

Jake salía de los establos.

–Pensaba ir a buscarte dentro de media hora.

–No he venido para ir a ninguna parte contigo –le espetó–. Quiero pagarte lo de mi coche. ¿Cuánto te debo?

–Bien, podrías empezar disculpándote.

–¿Disculpándome? –preguntó con sorna.

–El taller sólo entrega los vehículos cuando se ha pagado la cuenta, así que te he evitado la molestia de ir al taller. El recibo está en mi oficina, y no recuerdo la cantidad exacta.

–Según parece, me he precipitado. He cometido un error.

–En eso siempre te llevas un premio –la miró con acritud y volvió a entrar en los establos.

–Discúlpame –dijo ella.

–Dime una cosa. ¿Siempre te vales de cualquier excusa para pelear y mantenerte a distancia, o se trata de algo que no puedes dominar?

–Te he pedido disculpas...

Él la miró fijamente y luego se apartó de la yegua que estaba ensillando.

–Me gustaría que diéramos un paseo a caballo.

–Jake, no puedo quedarme –musitó.

Él la estudió y Kitty en seguida empezó a justificarse.

–No tengo botas adecuadas.

–Yo tengo de sobra –le sugirió con tono cordial–. ¿Cuánto tiempo hace que no montas?

–Grant tiene un rancho en Texas. Casi siempre vamos allí en primavera –tragó saliva.

Jake salió llevando de las riendas a un semental mientras ella montaba una yegua.

–¿Cómo se llama? –preguntó Kitty.

–Misty.

–¿Es de Merrill?

–No. A veces la monta, pero yo la compré para Liz.

En cuanto salieron a campo abierto, Jake soltó las riendas de su caballo y Kitty hizo lo mismo. Estaba tan segura en la silla de montar como lo había estado en sus primeros años. Misty respondió con un galope entusiasta que a pesar de todo no le sirvió para alcanzar al corcel de Jake. Una vez en el páramo, él se detuvo para esperarla.

–Va a llover. Debemos regresar.

–¡No! Me lo estoy pasando maravillosamente bien.

–Como quieras. Entonces iremos a Tor –señaló las rocas del despeñadero de la colina–. Allí nos pondremos a cubierto.

–¿Cómo está Tina? –preguntó ella con voz amable.

–Ayer pilló un resfriado, pero hoy ha amanecido mejor.

–Es muy… tímida –comentó Kitty, escogiendo con cuidado las palabras.

–Liz no fue una buena madre. En cuanto se disipó la novedad de tener una hija, cuidarla le pareció una carga, lo cual hizo muy insegura a la niña.

La mente de Kitty era un torbellino. Los años transcurridos empezaban a pesarle.

–Dime, ¿Liz te dejó?

–Liz era hija única. Cuando nos casamos, estuvo a la altura de sus deberes en cuanto al trabajo y las responsabilidades. Yo no tenía tiempo suficiente para darle la atención necesaria, así que la buscó en otra parte. Sus coqueteos tenían por finalidad obligarme a dedicarle más atención, pero la verdad es que no reaccioné como ella suponía que debía hacerlo –sonrió con amargura–. Yo tenía veintitrés años y me faltaba paciencia. Liz anhelaba vivir en el campo, pero en cuanto descubrió lo que era en realidad, me pidió que lo vendiera todo y que nos mudáramos. En aquel tiempo no podía permitirme el lujo de hacerlo. Trabajaba dieciocho horas diarias y en mi casa me esperaban escenas de histeria. En cierto momento, dejé de hacerle caso. Me desconecté.

–No creo que puedas culparte por eso –declaró Kitty en voz baja.

–¿Tú crees? Liz vivía en la periferia de mi vida y siempre lo supo. Tener a Tina fue el último intento de reconciliación, pero no funcionó –reconoció bruscamente–. Liz se sintió atrapada por Tina y luego tuvo una aventura. A decir verdad, a mí no me importó.

Kitty palideció ante el fiero destello de sus ojos mientras él continuaba:

–A veces la maldecía por la manera en que trataba a Tina. Cuando se fue, nunca más volvió a visitarla. Tina se sintió abrumada. Comencé a tramitar el divorcio. Liz me telefoneó para decirme que iba a abandonar al hombre con quien estaba viviendo y que quería volver conmigo. Se dirigía a Torbeck cuando sufrió un accidente.

–Obviamente no fue culpa tuya. Se necesitan dos personas para estropear una relación.

–También se necesitan dos para que vuelva a funcionar.

Kitty esquivó su mirada. Había empezado a llover.

–Creo que ahora necesitamos ese refugio.

Kitty llegó a Tor un minuto después que él. Jake la ayudó a bajar de la silla.

–Oye, estás empapada.

La lluvia caía a menos de un metro de distancia del abrigo rocoso bajo el que estaban refugiados. Kitty tiritaba bajo su grueso suéter de lana, y parpadeando se sacudió el agua de los ojos. Jake se quitó el impermeable.

–Quítate el jersey.

–Es que no llevo nada debajo.

Jake se echó a reír mientras el corazón de Kitty se aceleraba.

–Compréndelo, por favor, no te estoy proponiendo que te quedes desnuda bajo la lluvia.

–Se me secará puesto –musitó, abrazándose.

–No te engañes –murmuró él envolviéndola con su chaqueta.

–Creo que esta lluvia durará todo el día. No tiene sentido quedamos aquí.

De pronto Kitty se encontró entre sus brazos.

–¡No me toques! Sabes bien que detesto que me toques.

–¡Santo Dios, qué mentirosa eres! –murmuró con malicia.

Kitty se aferró al cuello de Jake, atrayéndolo febrilmente hacia sí, como si deseara fundirse con él.

A unos metros, Misty empezó a inquietarse y ella se retiró, pero Jake volvió a atraparla.

–Cálmate.

–¡No! No permitiré que me lo hagas de nuevo –declaró a la

defensiva.

–¿Alguna vez aceptarás responsabilizarte de tus ansiedades sexuales, o es que siempre te considerarás una víctima de elementos y circunstancias ajenos? –preguntó burlón.

–Quiero irme a casa. Nunca debí aceptar venir aquí.

La lluvia estaba amainando y Kitty se dirigió a Misty. Al llegar a Torbeck, desmontó y fue hacia su coche.

–¿Aceptarías cenar conmigo esta noche?

Sorprendida por su invitación, se dio la vuelta. Temblando respondió:

–No.

–No volveré a insistir –replicó él, endureciendo su expresión.

Kitty soltó una risita forzada. Estaba a punto de llorar. Como pudo, subió a su coche y se alejó.

Al día siguiente, Drew llegó muy puntual para llevarla a comer fuera. Kitty se había olvidado de esa invitación. Durante veinticuatro largas horas, sus pensamientos habían girado sin parar dentro de su cabeza.

La chimenea del vestíbulo de la posada Bardsley les dio una cálida bienvenida. Inmediatamente un camarero les sirvió unas copas. Drew sonrió.

–¡Vaya servicio! Estoy seguro de que no es por mí.

No había nadie en el bar. Kitty estiró las piernas y lentamente se relajó en un cómodo sillón. La conversación superficial de Drew aplacó sus tensos nervios. De repente entraron otros clientes.

–Esto no se parece en absoluto a una comida usual, Drew.

La inconfundible voz de Jake sonaba burlona. Kitty cerró los puños. Él la miró y sonrió forzadamente.

–Un cambio siempre es bueno –contestó riendo Drew, al parecer indiferente a la sonrisa sardónica de Jake–. Y dada la compañía y el tiempo infernal que hace afuera, no puedo pedir más.

–Drew me ha estado contando algunas cosas muy divertidas –Kitty dedicó a Jake una lánguida sonrisa.

Él no podía controlar la necesidad de mirarla fijamente. Kitty apuró su copa de un solo trago.

–Me despido –repuso Jake en voz baja. Cruzó el salón y se

dirigió a una mesa a la cual se hallaban sentados dos hombres mayores.

–Por lo que veo, no está con Paula –comentó Drew.

–¿Pensabas que debía de estar con ella? ¿Por eso me trajiste aquí?

La expresión de Drew se ensombreció por una oleada de rubor. Una vez satisfecha su curiosidad, Kitty decidió aflojar la presión.

–¿Lleváis mucho tiempo juntos?

Drew estudió su copa antes de contestarle.

–Paula vino aquí en otoño. Acababa de salir bien librada de un divorcio muy problemático. En ese tiempo no pensaba que estuviera buscando un compromiso serio, pero sospecho que sus sentimientos han cambiado. Aunque, por otra parte, creo que ella estaría mejor sin él.

El dueño los interrumpió para informarlos de que su mesa estaba lista. Drew no volvió a hablar de Paula. Estaban tomando el café cuando una joven norteamericana se acercó a la mesa para pedirle a Kitty un autógrafo.

–¿De verdad usted y Grant Maxwell han terminado? –preguntó, alzando tanto la voz que la gente del salón guardó un momentáneo silencio–. Espero que se reconcilien, de verdad. Siempre me ha parecido que estaban hechos el uno para el otro.

Cuando la mujer se alejaba con renuencia, Drew declaró:

–Retiro lo dicho sobre envidiar tu condición de famosa.

–Ya estoy acostumbrada. Es inevitable.

Mientras se dirigían hacia el coche, Drew comentó:

–Tengo que ir a Haggerston Grange. ¿Te importa que nos detengamos allí un momento antes de llevarte a tu casa? Está de camino.

Ella asintió con la cabeza.

Traspasaron la entrada de la propiedad, flanqueada por dos pilares de piedra con sendos leones, y Drew salió bruscamente del camino principal. La antigua casa del vigilante se había convertido en la oficina del administrador. Mientras aparcaba el coche, Kitty preguntó si al señor Creighton le molestaría que echara un vistazo.

–Me encantaría volver a ver la casa, y como está vacía...

–Claro que no. A mí también me gustaría verla. No tardaré mucho con Bob. Él se dedica a revisar todas las ventas que le

enviamos. Podré acompañarte en cuanto termine con él.

Kitty no quería compañía, pero disimuló su desagrado.

El administrador era un hombre corpulento, de poco más de cuarenta años. Se mostró muy cordial, y la habría retenido charlando si Drew no hubiera insistido en su deseo de ver la finca. Bob Creighton le lanzó una mirada de sorpresa.

–No hay nada que merezca la pena ver. Es un enorme caserón, y además no está amueblado. El último inquilino pensaba que el mantenimiento era muy caro, pero claro, con mucho gusto les entregaré las llaves.

Las consecuencias del secreto en que tanto había insistido la hicieron sonrojarse. No le parecía correcto tratar a ese hombre sin confesarle que ella era su jefe.

Un empleado la acompañó hasta el sendero, para luego dejarla sola. Mucho mejor, prefería explorar a sus anchas. Al recorrer una habitación tras otra, descubrió graves signos de abandono. Se sintió muy mal. Para ella, en aquel entonces, esa casa había sido la última palabra en cuanto a lujo. Indudablemente, los muebles antiguos y el buen gusto de Sofía Tarrant ocultaban todos esos defectos. No le sorprendía que no hubiera nadie interesado en la casa que obviamente necesitaba una buena renovación.

Sonrió al ver las persianas del salón de visitas. Pensó que, cuando lo arreglara, la luz entraría a raudales. Pondría cortinas de tonos alegres en las ventanas, compraría una alfombra persa y mobiliario apropiado.

Sin embargo, el suelo estaba en muy mal estado. Subió por la escalera al piso superior. Inconscientemente, entró en el cuarto donde había dormido aquella noche. En ese momento, todo le parecía muy remoto.

Tembló y cruzó los brazos sobre el pecho, tratando de esa forma de contener la tremenda fuerza de sus emociones. ¿Seguía amando a Jake? ¿Podía seguir siendo tan estúpida? Conforme le iban llegando las respuestas, fue refugiándose en sí misma, y salió a toda prisa de la habitación.

Afuera, en el descansillo, se detuvo paralizada.

Al pie de la escalera se encontraba Jake, apoyado contra una pared y mirándola fijamente. Una curiosa satisfacción jugueteaba en su mirada implacable, despiadada y dominante.

Capítulo 6

Sabía que volverías al escenario del crimen.

Ver un fantasma sin cabeza, arrastrando las cadenas, no habría podido impresionar más a Kitty. La vergüenza la devoraba. Con el corazón latiéndole aceleradamente, miró a Jake.

–Para mí esta es una de las raras ocasiones en que se espera con ansia un retorno. Sabes, si fuera un caballero no me aprovecharía de ello –murmuró al tiempo que apoyaba una mano en la barandilla de la escalera–. Pero resulta que no tengo nada de caballero...

–No te acerques –al gritar, recobró el habla.

Él subió los escalones de tres en tres.

–Estás al borde de la histeria, Kitty.

–Drew debe de estar preguntándose dónde estoy –musitó mientras se alisaba el cabello.

–Hace diez minutos que se ha ido. Le he asegurado que llegarías a tu casa sana y salva –afirmó él en tono suave.

–¿Le dijiste que se marchara y lo hizo? ¿Así, sin más? –preguntó incrédula.

–Reconozco que necesité algo de insistencia, pero Drew puede seguir un consejo como cualquier otra persona –avanzó con cierta pereza, como un cazador que ya tuviera acorralada a su presa.

–¿Creías que estaba jugando? –preguntó ella.

–Sabes, Kitty, entre tú y yo hay una diferencia sutil: yo no estoy jugando.

–Entonces ¿qué estás haciendo aquí?

–Estaba buscándote. Primero fui a Lower Ridge y luego vine aquí. De no haberte encontrado, habría agotado todas las posibilidades hasta dar contigo. En pocas palabras, estaba decidido a hablar, a tener este encuentro.

–Pero yo no quiero. No quiero tener nada que ver contigo.

–En tal caso, me parece que te has refugiado en un rincón muy estrecho. Aquí no hay nadie que te oiga ni que pueda venir a salvarte. Puedo asegurarte que no te irás hasta que termine contigo.

–Si te atreves a tocarme... –repuso temblando.

–Te tocaré y te pondré las manos encima. No nos engañemos diciendo que se trata de una amenaza de utilizar la violencia.

–Esto no me parece divertido –la perturbadora proximidad de Jake la hizo retroceder. No confiaba en su propio cuerpo.

–No bromeo. Y no te valgas de Drew para defenderte. A él déjalo fuera de lo nuestro.

–No pensaba valerme de Drew, en absoluto. Además, no necesito darte explicaciones. Eres demasiado egoísta.

–¿De verdad? –preguntó Jake, desdeñoso–. No quieres a Drew.

–Tampoco te quiero a ti, si es lo que quieres saber –forzó una sonrisa–. Ahora, por favor, apártate de mi camino. Quiero irme a casa –exigió con voz temblorosa.

Él se quedó quieto donde estaba, muy seguro de sí mismo. Con la yema de un dedo le recorrió una mejilla.

–¿Dónde se oculta tu valor cuando estamos solos?

–No me toques.

Sin aliento, echó la cabeza hacia atrás, antes de que la terrible debilidad se apoderara de sus defensas. Él bajó la mano para ponérsela en un hombro, y entonces Kitty sintió la necesidad irrefrenable de tocarlo y ahondar ese contacto.

Con el pulgar, Jake le acarició suavemente una oreja, derritiéndola.

–¡No! –alcanzó a musitar ella.

–Se te ha escapado el juego de las manos, ¿no es cierto? –en sus ojos destellaba un despiadado fulgor.

–No es ningún juego –lo interrumpió violenta, pero él ya no la escuchaba.

–En esto estás tan atrapada como yo. Recuerda que en los deportes nunca fui un simple espectador. Tampoco estoy en desventaja, ni soy el último de los hombres.

Kitty echó la cabeza hacia atrás.

–No me relacionaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la tierra –aseguró burlona.

Él le acarició el cabello y luego repuso:

–Bueno, eso es lo que quería decirte: mientras esté aquí, soy el último hombre sobre la tierra. No comparto, y tampoco me importa, la manera en que te portaste con Maxwell, pero te juro por Dios que

conmigo será diferente.

–¡Estás loco!

–Las reglas del juego no son de tu agrado, ¿verdad? Simplemente, las tomas o las dejas –por momentos el tono de su voz se iba haciendo más duro–. Mira Kitty, no estoy arrodillado ni nunca lo estaré, de modo que si eso es lo que estás buscando vas a llevarte un buen desengaño.

En el mismo instante en que ella trató de liberarse, algo extraño le sucedió a Jake. Con una mirada salvaje la acorraló contra la pared y se apoderó de sus labios, fieramente, privándola de todo sentido.

Cuando se apretó contra ella, Kitty pudo percibir su grado excitación. Finalmente, Jake liberó su boca al tiempo que emitía un gemido.

–¡Por Dios!, aquí no... En cualquier otra parte, pero aquí no.

Como pudo, Kitty se liberó del abrazo y corrió hacia la escalera, pero al bajar el primer tramo, resbaló y perdió el equilibrio, torciéndose un tobillo. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

–Has podido romperte la cabeza –indicó él, acercándose–. Debe de dolerte mucho.

–¡Vete! –sollozó.

Él la levantó en brazos para luego sentarla en la escalera y acunarla en su regazo como si fuera una niña. Débilmente, ella le golpeó el pecho con el puño.

–¡No! –alcanzó a decir.

El dolor del tobillo parecía desaparecer con el suave masaje de los dedos de Jake. Ella trató de recuperar el aliento. El aroma masculino hundía sus minadas defensas. Se sentía débil y derrotada, totalmente incapaz de negar el ridículo sentimiento de seguridad que la invadía. Él la sostuvo en brazos hasta que su respiración se normalizó.

–¿Echas de menos este lugar? –susurró Kitty en medio de un silencio extrañamente tranquilizador.

Él la tomó de la barbilla y le levantó el rostro.

–¿Tú qué crees? –una sonrisa mal disimulada se dibujó en sus labios, acelerando de esa forma el corazón de Kitty–. Doscientos años de herencia familiar han resistido bajo estos techos. Cuando mi padre murió comprendí que no podría conservar la casa y las

tierras, pero eso no me hizo más fácil dejarla.

–¿No había manera de que pudieras haber conservado la casa?

–Ni siquiera podía hacer frente al mantenimiento. Un buen arreglo parecía lo más prudente –respondió con sinceridad–. Mira a tu alrededor. Si de inmediato no se adoptan ciertas medidas, en unos cuantos años la casa estará en ruinas.

Kitty protestó:

–No exageres, no está tan mal.

–No tienes idea de la rapidez con que una casa se deteriora cuando está vacía, la humedad se apodera de ella. Hay que renovar el techo y las ventanas, y ese gasto apenas es el principio. Dudo que el consorcio, que ahora es el propietario de la finca, piense que se gasto merece la pena. Difícilmente se puede justificar.

–Es una casa muy singular, poco común –insistió ella, agobiada por el peso de su secreto.

Jake hizo un gesto muy expresivo y agregó:

–Mira, es una locura de estilo victoriano que requiere media docena de criados, y que además no es cómoda. Es verdaderamente incomprensible que el consorcio todavía no haya encontrado un mejor uso para ella. Puede convertirse en varios apartamentos, o incluso en un modesto hotel.

A Kitty le resultó imposible sostener la mirada de Jake. Alguien le había hecho esas dos sugerencias años atrás, pero por insistencia suya, la granja había continuado siendo una casa particular. Tragó saliva y preguntó:

–¿Te preocupa la situación de la casa, verdad?

–Probablemente se deba a que siempre conservaré la pequeña duda de si no me preocupé por ella lo suficiente –confesó él con desgana–. ¿Cómo sigue tu tobillo? ¿Puedes ponerte de pie?

Apoyándose en Jake, Kitty se calzó el zapato.

–Está bien. Debemos irnos. El señor Creighton no tardará en enviar a alguien a buscarnos.

Jake la tomó de la mano sin dejar de mirarla.

–Tú empezaste esto y ahora no puedes detenerlo.

–Por favor, dime, ¿dónde entra Paula en este *ménage à trois*?

–No entra. Paula y yo teníamos un acuerdo que está a punto de terminar. Ella aprecia su libertad más que yo. La conozco desde hace poco y nunca hemos sido amantes, Kitty. Si lo que buscas es

una salida, no la vas a encontrar por medio de Paula.

Kitty se volvió, pues estaba muy confundida. De repente recordó algo que le proporcionó una decorosa salida.

–Creo que me he dejado el bolso arriba.

Jake le dijo suspirando:

–Iré a buscarlo.

Ella se apoyó contra la pared. ¿Qué le estaba pasando? Diez minutos antes se había desplomado por caído y Jake había acudido en su auxilio. Ocho años atrás había podido controlar sus emociones, pero en ese momento se desbordaban sin previo aviso.

Él le pertenecía, aunque ahora Jake no la necesitara como antes. ¡Qué locura la suya! Qué ceguera y qué absurdo el hecho de seguir necesitándolo, aun cuando conocía su posición.

Sus sentimientos hacia Jake pervivían contra viento y marea. Pensó que liberarse sería como bajar por esas escaleras: un paso, luego otro, cada vez un poco más difícil. Sería una silenciosa pelea en la cual no intervendría su instinto de supervivencia.

En la escuela le habían enseñado que el amor es un don, el mayor regalo que Dios podía otorgar, pero resultaba que también era una carga y una agonía.

¿Significaba eso que estaba a merced de elementos fuera de su control? «No», se repetía una y otra vez con fiereza. Estaba dispuesta a terminar con esa locura antes de que cobrara más fuerza, y para reforzar esa necesidad recordaba con dolor al hijo que tanto había deseado traer al mundo.

–¡Jake! –su voz resonó en el oscuro vestíbulo.

Poco después escuchó sus pasos. Él se acercó a ella y le entregó el bolso.

–Había olvidado lo hermosa que es la vista desde arriba.

El rubor de sus mejillas, la fuerza, la aspereza de su voz contradecían sus palabras. Realmente no había nada que admirar desde ese cuarto. Jake podía sentir como ella la influencia de lo que les rodeaba.

–Quiero darte mi versión de lo que ocurrió entonces –añadió él en tono perezoso.

–Los dos cometimos un error.

–No hubo error de mi parte.

–El paso del tiempo debería haberte hecho más sincero.

–Mira Kitty... Deliberadamente me lo estás poniendo difícil.

–Probablemente se debe a que no quiero hablar de la prehistoria. Me desagrada enormemente –replicó con frialdad.

–Cuando sientas la necesidad de hacer frases tan irónicas, te recomiendo que se las digas a quien no te conoció cuando eras una niña.

A Kitty se le encendió el rostro. Se dio la vuelta y dijo:

–Ya ha oscurecido, Jake, y estoy cansada.

–Mientras no te diga por qué me casé con Liz, lo que ocurrió hace ocho años continuará interponiéndose entre nosotros –exclamó con impaciencia–. Ahora bien, ¿vas a facilitarme las cosas o vas a hacerlas más difíciles de lo que ya son?

Kitty se volvió hacia él.

–Soy implacable cuando se trata de perdonar. Sólo quiero que me respondas a una pregunta: ¿la amabas?

Una expresión sombría apareció en los ojos de Jake.

–No.

Él no había mentido y Kitty se sentía lo suficientemente débil como para desear que lo hiciera.

–Entonces recibiste tu merecido –sentenció en voz muy baja.

–Liz recibió lo que yo merecía –la contradijo con aspereza–. Nunca debí casarme con ella.

Una risita ahogada salió de los labios de Kitty.

–No sé, Jake. Pero desde mi punto de vista tomaste una decisión muy conveniente. Viste una posibilidad, una oportunidad. La aprovechaste y ya no hubo ningún resquicio por donde yo pudiera entrar en tu vida.

La expresión de Jake se endureció.

–Exactamente, ¿qué estás diciendo?

–Si no te casaste por amor, lo hiciste por dinero, y si no te resultó, entonces deberías estar agradecido –explicó con amargura.

–¿Eso crees? –la miró con ira–. Obviamente hay que tener en cuenta tu situación, Kitty. El hecho de haberte vendido al mejor postor cuando tenías diecinueve años no me demuestra una manera de pensar mucho más sensible.

–¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

Jake volvió la cabeza hacia la puerta delantera, que estaba entreabierta.

–Se acerca un coche.

Kitty pasó de largo frente a Jake, temblando de indignación. Bob Creighton apareció y los miró con expresión inquisitiva.

–No creí que todavía estuviera aquí. No se preocupe, esperaré.

Su divertida y amable sonrisa tranquilizó a Kitty, a pesar de la tensión del momento. Ésta le dio las gracias sin mucho entusiasmo.

–Vuelva cuando quiera, señorita Colgan –se despidió Bob cuando ella entraba en el coche de Jake.

Éste tardó algo en unírsele. Sin hacer caso al frío, salió lentamente de la casa. El doloroso intercambió de palabras había dejado a Kitty débil y temblorosa. En cambio, él podía charlar perfectamente con el administrador de la finca.

Cuando por fin tomó asiento junto a ella, Kitty no pudo evitar preguntarle con tono mordaz:

–¿De qué se reía Bob?

–¿A ti qué te parece? Es lógico que esté preguntándose qué estábamos haciendo en la oscuridad. Yo no lo juzgaría con mucha dureza –declaró con tranquilidad–. Sus sospechas no han sido tan descabelladas.

–No quiero que la gente hable de nosotros.

–Siempre habrá gente que lo haga –replicó con frialdad.

Por absurdo que fuera, esa frase dolió especialmente a Kitty.

Jake detuvo el coche frente a Lower Ridge.

–Va a seguir nevando y es probable que te quedes incomunicada. Supongo que tienes buena provisión de comida y combustible.

–Sabré cuidarme.

–Si necesitas ayuda, pídela. No puedo imaginarte golpeando tuberías heladas a taconazos –indicó secamente.

Kitty salió del coche tan aprisa como pudo.

–Me las arreglaré.

–Quisiera creerte, pero resulta que tus antecedentes, en cuanto a administrarte, no han sido nada buenos durante los ocho últimos años.

Ella se precipitó en el interior de la casa. En cuanto cerró la puerta, se apoyó contra ésta, exhausta. En la cocina se tomó un par de analgésicos y su jaqueca disminuyó casi al momento. Una hora después, encendió la chimenea y se sentó ante la máquina de

escribir, llena de determinación. ¿Qué había escrito en dos semanas? Apenas un miserable Capítulo. El Capítulo siguiente empezaba con un violento duelo verbal entre dos desconocidos. Su estado de ánimo era muy apropiado para abordar esa difícil escena.

Ya entrada la noche, se frotó la dolorida espalda y contempló con satisfacción el montón de hojas que había escrito. Estaba tomando un baño cuando el insistente timbre del teléfono interrumpió sus cavilaciones. La alocada carrera para contestar tuvo como único resultado un frustrante «clic». Habían colgado.

Ya en la cama, acompañada de su radio, llegó a la conclusión de la que tanto se había enorgullecido la semana anterior. Saldría de viaje al día siguiente por la mañana. Vendería Lower Ridge y, tal vez, incluso la finca. No le quedaría vínculo alguno ni tampoco excusas para regresar. Ya había dejado de excitar su orgullo mediante falsos fingimientos.

La elección que había hecho Jake cuando tenía veintidós años no había terminado con su amor por él. Durante mucho tiempo había escondido sus emociones en una cárcel de amargura, y ahora se desplomaban las murallas de su castillo. Su débil visión del pasado se había disuelto en las sombras.

Aunque el destino les había dado oportunidad y mutua atracción, y los había empujado a lo que siguió, Jake había hecho un intento notablemente torpe por enfrentarse a la situación, y por último, atormentado por su conciencia, había salido derrotado. Él tenía una gran fortaleza, muy poco común, que con frecuencia se complementaba con un grado muy elevado de terquedad. Además, siempre había sido terriblemente leal a su familia. Había llenado los vacíos que su padre había dejado. Kitty, a sus diecisiete años, había advertido su instintiva protección hacia su madre, que se empeñaba en sostener un matrimonio muerto desde hacía mucho tiempo. Cuando llegó la ruptura, sus hermanas y su madre se aferraron a él como si fuera su única solución.

Kitty saboreó toda la violencia de su propia debilidad. En caso de que fuera necesario defender a Jake, ella sería la mejor defensora. De repente, un ruido procedente del otro lado de su cuarto la hizo levantar la cabeza. Frunciendo el ceño apagó la radio. Cuando la puerta se abrió de golpe, sin previo aviso, se estremeció de terror. Transcurrió un segundo antes de que se diera cuenta de

que era Jake quien la miraba desde el umbral.

–He estado llamando a la puerta, pero seguramente no me oías por la música. No tomas las precauciones debidas. No voy a disculparme por haberte asustado. Pudo haber entrado cualquiera.

–Se me olvidó cerrar con llave –alcanzó a decir. Respiraba con dificultad y, de hecho, no pensaba en nada. Ya era más de media noche. ¿Qué demonios quería?

Jake llevaba un ajustado pantalón vaquero, que se ceñía a su cuerpo con perturbadora fidelidad. Llevaba también una chaqueta impermeable de color verde oscuro.

Tenía un aspecto abrumadoramente sensual y, al tiempo que lo pensaba, Kitty se avergonzó de su propia susceptibilidad.

–Salta a la vista que no debo preguntarte si tienes frío –declaró Jake con tono burlón, avanzando lentamente hacia ella.

–¿Te importaría decirme qué demonios estás haciendo aquí? –quiso que su reproche sonara burlón, pero le traicionó la voz.

El fulgor de la lámpara reveló un inquietante rubor en el rostro de Jake. Sus oscuros ojos tenían un brillo indescriptible, pero una forzada sonrisa traicionaba el aparente aire de tranquilidad. De uno de los bolsillos de su chaquetón sacó una botella y la puso sobre el escritorio; del otro, extrajo un par de copas de champán que entregó a la desprevenida Kitty.

–Jake, ¿qué se supone que debo hacer con esto?

–Trato de convertir este momento en una celebración –sin soltar la botella, se sentó tranquilamente a un lado de la cama.

–¿Una celebración?

–Tal vez tú estés acostumbrada a hacerlo. Yo no. Y no, de ningún modo ha sido mi intención insultarte u ofenderte...

–No necesitas tener esa intención, porque ya lo estás haciendo. Te sale naturalmente –tragó saliva y se volvió bruscamente para dejar las copas sobre la mesilla.

Jake ladeó la cabeza y agregó en tono íntimo:

–Mucho nos ayudaría que dejaras de retroceder y refugiarte detrás de las almohadas como haría una virgen de educación victoriana ante un violento intruso. Esta noche no estoy de humor para esas cosas.

Capítulo 7

Halagada y a la vez mortificada por sus palabras, Kitty se quedó boquiabierta. Por fortuna Jake no la estaba mirando en ese momento, ya que estaba ocupado con el corcho de la botella. Sus manos tenían ahora menos destreza de la usual. Una oleada de traicionera ternura invadió a Kitty. Se dijo que no debía quedarse. Sencillamente debía irse. No era admisible que se presentara cuando le diera la gana, que sacara una botella de champán y que esperara compartir su lecho esa noche. Pero precisamente eso era lo que estaba haciendo.

–¿Por qué has venido? –alcanzó a preguntar sin aliento–. Pensé que...

–Pensar es peligroso. Cuando se trata de algo que nos interesa, debería declararse totalmente fuera de la ley. Lo sé –levantó la botella y llenó las copas.

La observó con una sensualidad innegable. El corazón de Kitty se aceleró y su estómago se revolvió, sobresaltado.

–Podría darte una docena de razones para explicarte por qué, pero todas pierden su fuerza al llegar al mismo punto. No podía continuar estando lejos de ti –confesó con repentina sinceridad–. Además, tenía la sensación de que estabas contemplando la posibilidad de considerarme un cobarde.

Kitty se humedeció los labios.

–¿Un cobarde?

Jake le entregó una copa.

–Ya huiste de mí una vez. Volviste cuando saliste de la vida de Maxwell, pero será difícil que hagas lo mismo conmigo. No dejaré que lo hagas.

Su mirada la mantenía cautiva en una emoción casi hipnótica. De pronto, ella rompió el silencio.

–Estaremos mejor en la planta baja. Podríamos charlar...

–¿Charlar? –su risa tenía un matiz de amargura–. ¿Quieres que hablemos de ocho años que ninguno de los dos desea revivir? Por

mi parte, fue bastante estúpido pensar que podríamos hablar. Sea como fuere, yo no tengo frío, Kitty, y te aseguro que tú tampoco lo sentirás –añadió esbozando una sonrisa radiante.

Después de quitarse la chaqueta, levantó su copa. En cambio, Kitty se esforzaba torpemente por quitar fuerza a una situación explosiva. Entre los dedos hacía girar la copa continuamente, en un ademán que revelaba su turbación interior. Lo que quería era imposible. Deseaba echarlo, pero también que se quedara. Con una perspicacia que ahora le daba seguridad y comodidad, comprendía que su propia conducta debía de haberle parecido tremendamente provocativa a Jake.

Con aire burlón, él estudió la tensa inmovilidad de Kitty en la cama.

–Perdóname que piense que ahora que crees tenerme a tu merced, no sabes qué hacer conmigo. ¿Te parece una idea descabellada? –murmuró entre dientes.

Ella quiso reírse pero no pudo. Sus ojos delataban confusión.

–¿Telefoneaste antes?

–No. Yo no fui. Estaba ocupadísimo recorriendo ochenta kilómetros para conseguir una botella de champán. En realidad no sé por qué le he dado tanta importancia –su mirada envolvió a Kitty en un repentino relámpago de deseo–. Pero ahora que estoy aquí, resulta que ya no tengo ganas de beber, ni de pensar en el mañana. Simplemente te quiero a ti... o aquello que sea tuyo en la medida en que quieras dármelo –pidió con voz áspera.

–Creo entender la imagen que he podido haberte dado, pero debo decirte que no tengo por costumbre saltar a la cama para gozar de un hombre.

Jake le quitó con destreza la copa de las manos, y le pidió que repitiera la última frase.

–La verdad es que no necesitas saltar a ninguna cama. Estás exactamente en el mismísimo lugar en que quiero que estés.

Hundiéndose nuevamente en la cama, él se inclinó hacia adelante. Apoyó las manos en la almohada, a ambos lados del rostro de ella. Su tibio aliento le abanicaba las mejillas. Lentamente, con la punta de la lengua recorrió los húmedos labios de Kitty, hasta que ésta creyó hundirse en un remolino de vértigo.

–Jake... –murmuró ofuscada.

–Es imposible que seas tímida conmigo –le acarició el cuello y la besó con una arrolladora urgencia sexual, que hizo que su mente no albergara ningún pensamiento racional durante varios minutos.

Cuando ella abrió los ojos, Jake se estaba quitando la camisa, mostrando su torso velludo. Los principios morales de Kitty la incitaban a dirigirse a la puerta... pero su cuerpo se quedó tozudamente en la cama. Se había quedado estupefacta ante su belleza masculina. Una tez bronceada que resaltaba perfectamente sus músculos tensos y vigorosos.

–Siento muchas cosas en este momento. Y ninguna de ellas es sensata.

El corazón de Kitty latía furiosamente. El colchón se había hundido bajo el peso de Jake. «Sólo esta vez, sólo esta vez», se decía, a sabiendas de que se estaba mintiendo. Estaba atada a él a pesar de que sabía que era una peligrosa adicción. El paso del tiempo había ahondado su dependencia.

La atrajo con suavidad al calor de su abrazo. Posó los labios en un punto sensible, situado debajo de la oreja de Kitty, mientras ella comenzaba a entregarse. Conforme los diestros dedos de Jake le desabrochaban el camisón, ella temblaba y se preguntaba con locura qué era lo que esperaba. ¿Y si se quedaba inmóvil, y si se daba cuenta de lo poco experimentada que era? ¿Por qué él no advertía todo esto?

–Estás temblando como una hoja –declaró con una voz tan profunda que la dejó desarmada.

–Es que tengo frío –mintió.

A punto de salir huyendo, tropezó involuntariamente con su hipnótica mirada. Sintió que el corazón se le detenía. Con un dedo, él le acarició el tenso labio inferior.

–¡Oh, Jake, por favor...!

Jake bajó la cabeza y con los labios exploró ardientemente la curva esbelta de su cuello. Su cuerpo había adquirido una sensibilidad intolerable. Toda ella se derretía.

Con suavidad, él separó los bordes del camisón para dejar al descubierto la plenitud de sus senos; luego acarició con la lengua el valle que se abría entre ellos y con los pulgares exploró los tensos pezones. Se apoderó de un pezón con los labios y, entonces, un dulce tormento recorrió en oleadas los temblorosos miembros de

Kitty. Por un instante, ésta pensó que podría morir del placer que él le provocaba.

Ese primer contacto de su cuerpo la excitó más allá de lo imaginable. Jake deslizó una mano por su espalda atrayéndola hacia sí. El abandono, la entrega de Kitty, le arrancó un suspiro. La mano que se deslizaba por sus caderas, hasta el húmedo centro de su femineidad, se detuvo cuando ella liberó la boca de la prisión de sus labios.

–¡Cálmate! Quiero que esto sea perfecto –susurró agitadamente.

Kitty no aceptaba que hubiera ni siquiera un solo centímetro de separación entre ellos. Sus ojos inundados de pasión no se apartaban de Jake.

–No te detengas... –pidió, buscando su lengua, arrancándole un gemido del alma.

La destreza de los dedos de Jake acabó con los últimos restos de su control. Un salvaje y atormentado apetito se apoderó de ella. En cuanto llegó a la suave redondez de sus caderas, Jake la atrajo hacia sí. Arrodillándose entre sus muslos, la poseyó.

Kitty no creía posible sentir más placer, pero entonces se encontró de repente sumida en un clímax que la dejó abrumada, vencida.

Flotando entre nubes volvió a la realidad, Jake seguía abrazado a ella, con el rostro escondido en su cabello. De pronto sintió la imperiosa necesidad de apagar sus ansias con besos de gratitud y palabras de amor.

Liberándola de su peso, él la miró inquisitivamente.

–Estabas nerviosa porque fue un desastre la última vez.

–¿Sí? –ella no quería hablar, simplemente retenerlo entre sus brazos.

–Si mi memoria no me engaña, te hice mucho daño. Estaba ebrio y no tenía mucha experiencia. Me enloquecía la posibilidad de poseerte y perdí la cabeza.

–¿Es preciso que hablemos de eso, Jake?

Él le apartó el cabello de la cara.

–No es necesario que hables. Limítate a escuchar.

Le dio la espalda, molesta al comprender que una vez más se había entregado a él con demasiada facilidad.

–Tampoco quiero escuchar.

Con una mano, Jake la tomó de un hombro y la obligó a tumbarse boca arriba.

–Quédate quieta y escucha. En mi mente, he revivido a menudo esa noche. Me odio por aquello. Tú eras tierna e inocente, y de ningún modo estabas preparada para una relación física, pero si en mil kilómetros a la redonda hay un hombre que hubiera podido resistirse a ti aquella noche, me gustaría conocerlo.

Un silencio absoluto fue la única respuesta a sus palabras, y eso lo molestó. Apretó los labios y luego añadió:

–Simplemente te estoy pidiendo que contemples esa noche desde otra perspectiva. Cuando te escapaste de tu casa, la preocupación por ti me sacó de quicio. Entonces me culpé y todavía me sigo culpando. ¿No respondes nada?, ¿es que de nuevo no me tomas en cuenta?

Kitty pensó que, cuando supuestamente se estaba tan preocupado por ella, al mismo tiempo había disfrutado de su luna de miel con Liz. Despecho y dolor se mezclaron en su réplica mordaz.

–El hecho de que nos hayamos acostado no te da derecho a...

–¿A hablar o a sentirme con derecho sobre ti? ¿Eso es lo que te molesta?

Una humedad ardiente le quemaba los párpados, apenas entreabiertos. Dos minutos de conversación y ya se estaban peleando como lobos, buscando la victoria, pero con la diferencia de que ahora ella sabía que saldría derrotada.

–No quiero hablar del pasado. ¿Cuántas veces he de repetírtelo?

–¿Para ti Maxwell forma parte del pasado o estás alentando la esperanza de volver con él? ¿Os habéis mantenido en contacto? –preguntó con tono áspero.

Kitty hizo a un lado las sábanas y se bajó de la cama.

–No soy tuya. No tienes ningún derecho sobre mí. Lo de Grant no te importa, en absoluto.

Cogió su falda y huyó escaleras abajo. Temblando, se vistió en la cocina. Dolorosas emociones la debilitaban cada vez más. Era preciso que Jake se marchara. Había conseguido lo que quería y eso era todo. Se estremeció. Resultaba degradante pensar en el regalo de su cuerpo, pero le dolía terriblemente comprender que se había traicionado debido a la necesidad que tenía de él.

Desesperada, comprendió que durante todos esos años, le había pertenecido por completo. Peor aún, seguía perteneciéndole en cuerpo y alma. Ese mismo día estaba tan obsesionada por Jake como lo había estado en su adolescencia, y una vez más él había sido la parte dominadora. Una desigualdad que humillaba su orgullo y minaba su confianza en sí misma.

–Según mi modo de pensar, esa cama que acabamos de compartir hace que todo lo referente a Maxwell me interese –gritó él con tono duro y frío.

Kitty se sobresaltó. Como estaba descalzo, no le había oído dirigirse a la cocina y acercarse a ella.

Cuando hizo un intento de alejarse, Jake la tomó por la cintura. Sin hacer caso de su grito de alarma, la levantó en brazos obligándola a sentarse en la mesa que estaba detrás de ella.

–Tal vez pienses que mi actitud es extemporánea o anticuada, pero sucede que soy así y no es probable que cambie.

–Déjame bajar –le espetó.

–Contéstame antes.

–¡No!

–¿No quieres responderme o no te has mantenido en contacto con él?

–¡No, no he vuelto a verlo!

De inmediato Jake le soltó las manos.

–Eso es todo lo que quería saber. Has sido tú la que ha hecho un drama de todo esto –murmuró furioso, a la vez que deslizaba las manos por sus muslos y la atraía hacia sí.

–¿Qué estás haciendo? –alcanzó a decir ella.

Jake inclinó la cabeza para acariciarle el cuello con los labios. Rió triunfalmente cuando advirtió su excitación; la devoró con la ardiente intimidad de un amante, y ella se desmoronó.

–Te quiero y te sigo deseando –gimió él, inclinándose ante ella para recorrer con los labios sus senos desnudos.

La húmeda lengua jugueteaba con sus pezones, ansiosos de caricias. Casi gritando, ella le hundió los dedos en el pelo.

Jake colocó las piernas de Kitty alrededor de su cintura y la llevó escaleras arriba, mientras le decía lo que pensaba hacer a continuación.

Cuando la dejó sobre la cama, Kitty extendió los brazos hacia él,

pero Jake no parecía tener ninguna prisa. Su control era infinitamente superior al de ella.

La aurora se había abierto paso entre las sombras de la noche. El brazo de Jake era como un ancla que la retenía.

Kitty no había podido dormir, pues una especie de fascinación infantil la dominaba al verlo allí, junto a ella. Ocho años de necesidades y anhelos insatisfechos embargaban sus emociones. Por ello, perder uno de esos momentos durmiendo le parecía inconcebible. Pensó que lo que sentía por él era verdadero amor, grandes oleadas que la inundaban con un vigor que crecía hora tras hora.

¿Cuántas mujeres habrían experimentado ese abandono en los brazos de Jake? Tensó los músculos tratando de dominar esa inquietante inseguridad.

La víspera, Jake le había dicho que Paula apreciaba su libertad tanto como él. ¿Por qué había de recordarlo en ese momento? ¿Por qué estaba allí, herida de amor, soñando idioteces, analizando su propio corazón?

Jake no había hecho otra cosa que tomar lo que le ofrecían. No había tenido la intención de relacionarse con ella. Al principio la había esquivado, pero más adelante había decidido que bien podría permitirse alguna debilidad. ¿Por una noche, por dos? Poco a poco fue liberándose de su tibio abrazo. Jake no la amaba. La deseaba. Nada había cambiado.

La noche anterior se había prometido a sí misma que se iría. Había sido una promesa desesperada hecha por una mujer igualmente desesperada, que había perdido todo control de sus emociones. Él la atraía hacia la ruina como un imán.

Se liberó del brazo de Jake, se levantó y fue a darse una ducha.

Cuando se estaba envolviendo en la toalla, tras disfrutar del efecto tonificante del agua caliente, oyó el timbre del teléfono. Se dijo que, quienquiera que fuera, volvería a llamar más tarde. Se vistió y salió al pasillo.

Al volver al dormitorio, vio que la puerta estaba entreabierta. De espaldas, Jake procedía a abrocharse el pantalón.

–¿Te vas? ¿No quieres desayunar?

Creyó distinguir una tensión muy fuerte en los músculos de su espalda. Al ver los arañazos que le había hecho, se ruborizó. Jake se metió los faldones de la camisa y se dio la vuelta.

–Me mentiste –le espetó.

–¿Mentirte, yo?

–¿Cuándo informaste a Maxwell de que estabas aquí? –preguntó, rabioso.

–Pero yo no... ¡Oh, el teléfono! –horrorizada comprendió que Jake había contestado la llamada.

–No lo niegues.

Ella se llevó las manos a las mejillas.

–¿Qué ha dicho?

–No habló con su habitual tono amable cuando contesté –repuso con tono burlón–. Parecía desazonado, no daba crédito, algo impropio de un tipo tan rastrero que ha estado engañándote desde el primer día.

Kitty se sentía enferma.

–¿Qué le has dicho?

–Quería saber qué estaba haciendo yo aquí a estas horas. Seguía rabiando cuando colgué el teléfono –murmuró burlón–. Dudo mucho que pueda perdonarte. Es un egoísta integral.

Atormentada, ella negó con la cabeza.

–Te juro que no sé cómo ha podido averiguar que estaba aquí. Simplemente lo habrá supuesto. Probablemente fue él quien telefoneó anoche, cuando no contesté a tiempo.

–¡Qué contrariedad! –exclamó él con tono agresivo–. Todo un caso de mala sincronización.

–No tenía por qué mentirte –declaró Kitty, dolorida.

Él la miró con fiereza.

–¿Cómo demonios crees que me he sentido al contestar la llamada de ese estúpido? –preguntó furioso, y entró en el cuarto de baño.

¿Qué estaría pensando su padre? ¿Se habría enterado de que era Jake?, se preguntaba Kitty. Entre Jake y Grant sólo había un punto en común, un odio mutuo ante la sola mención de sus nombres. Suspiró. Debería haber telefoneado a Grant hacía mucho tiempo. Él no era rencoroso. Además, ella nunca había creído que la expulsaría por completo de su vida. Pero la había herido, y cuando alguien lo

hacía, tardaba mucho en abandonar su coraza defensiva.

Cuando Jake bajó por la escalera, Kitty estaba reponiendo la leña de la chimenea. Ella le dirigió una mirada furtiva, dándose cuenta de que aquella quietud no presagiaba nada bueno. En su escrutadora mirada todavía existía un terrible fulgor.

–Siento mucho haberte gritado, pero debes comprender que ésa era la última voz que esperaba oír.

Ella alcanzó a murmurar:

–¿Quieres café?

Jake le respondió con un dejo de amargura.

–Ni siquiera sabes cómo me siento. Esto ha sido como traspasar los límites que tú fijaste. Límites mezquinos, odiosos. Aunque no lo creas, anoche no vine simplemente a hacerte el amor.

–¿No? –inquirió a la defensiva.

–No. No quiero tener sólo un amorío contigo.

Kitty se quedó perpleja. Sin saber cómo llenar el silencio, volvió a preguntar:

–¿Quieres café?

Jake soltó una maldición, al tiempo que la miraba agresiva y dolorosamente.

–Quiero casarme contigo.

Kitty sospechó que le estaba gastando una broma macabra.

–Y ahora te burlas –observó asombrada–. Te juro que no respondo de mí –le espetó con furia.

Era la más extraordinaria propuesta de matrimonio que había oído nunca; en realidad, era la única. Era incapaz de reír, se había quedado sin habla. Ante ella Jake se erguía invulnerable. Sabía sobrevivir. El orgullo y la obstinación de los Tarrant formaban una combinación invencible.

Kitty apenas alcanzó a humedecerse los labios con la lengua. Se sentía débil...

–¿Estás diciendo que me quieres?

–No estoy proponiendo una relación sin compromisos. Quiero terminar con mis noches de insomnio y las peleas inútiles. Quiero verte junto a mí al despertar por la mañana. En pocas palabras, quiero vivir contigo. No me importa lo que hayas tenido que ver con Maxwell. Sigo pensando que entre tú y yo hay mucho en común. Lo suficiente como para construir algo importante.

–¿Después de sólo una noche?

–Nunca he querido a ninguna mujer como a ti. Lo reconozco. Has estado en mi vida nada menos que ocho años, y después de lo de anoche, seguramente estarás conmigo durante los próximos ochenta. Recuerda que el matrimonio es mucho más que sexo. Sigo deseando comprarte esta casa.

Un rubor suave cubrió las mejillas de Kitty.

–Jake, eso no es...

–A propósito, la herencia de Liz está vinculada a un fideicomiso a favor de Tina. Así lo decidí. En vida de Liz, no tomé ni un solo céntimo de allí, y después de su muerte no cambié mi manera de pensar.

«¡Santo cielo!», exclamó Kitty para sus adentros. Jake seguía ignorando su verdadera posición económica. Ella era muy rica. ¿Le habría propuesto matrimonio de haber conocido el monto de su fortuna? Sintió una tensión en el estómago.

–Tú no me amas –dijo sin pensar.

Jake soltó una risita falsa.

–¿Me estás diciendo que habría ganado puntos contigo si te hubiera dicho lo contrario?

–No. Y agradezco que no lo hicieras.

–¿Qué quieres decir? –preguntó con tono cortante.

–Estuviste con Paula hace unos cuantos días –afirmó en tono defensivo.

–Paula es un pretexto. No fui a tu cama después de estar en la de otra mujer.

–Es verdad.

–Tú me querías, me necesitabas, Kitty, tanto como yo a ti.

Ruborizada se acercó a la ventana. Jake había puesto el dedo en la llaga, y ella lo sabía.

–Eso no significa que quiera casarme contigo.

–Pero sí significa mucho más de lo que estás preparada para aceptar. ¿Por qué yo? No creo que hayas tenido muchos amantes, excepto en tu imaginación.

–Últimamente me he sentido muy inquieta y trastornada –hizo esa confesión en su premura por cambiar de tema.

Con manos firmes, él la obligó a mirarlo. Kitty se apartó, pues sabía que si la tocaba tendría una ventaja fatal sobre ella. Se dijo

que antes de que se diera cuenta, estaría dando de comer a las gallinas de Jessie y remendando su ropa. Sus esfuerzos por revitalizar su sentido del humor no cayeron en terreno apropiado. Todo su pensamiento estaba centrado en el pánico y en otro sentimiento que se negaba enérgicamente a reconocer.

Él no apartó la mirada de su perfil sonrojado.

–Debemos pensar también en Tina, y en tu carrera. No creo que puedas trabajar en la televisión, aquí en Inglaterra.

Kitty estaba asombrada. La telenovela *Los Triunfadores* la había hecho famosa en todos los hogares. Jake estaba hablando de algo muy preciado para ella.

–Seré franco. No imagino un matrimonio de idas y venidas. Al menos, no en un principio. Se trata de algo que debemos discutir con calma –explicó con tono tranquilo.

Kitty se volvió de nuevo, pues no quería que la siguiera observando. No consideraba la posibilidad de decir que sí. No era tan tonta. Se aclaró la garganta y repuso con aplomo:

–Sucede, Jake, que no veo a mí misma como la esposa de nadie.

–Podríamos considerarlo como un tipo de compromiso. Por mi parte, podría tener un ama de casa y una esposa, del mismo modo que tú podrías preocuparte de tu carrera sin necesitar una semana de siete días de trabajo.

–Una carrera activa requiere una atención total. Si no está uno en el lugar apropiado en el momento indicado, lo mejor es renunciar –replicó, y en seguida se preguntó por qué le importaba tanto discutir con él.

–Yo creí que querías ser escritora –declaró con firmeza.

–Lo más probable es que no lo consiga. Mira, de verdad no sé por qué estoy hablando de esto.

Kitty paseaba constantemente por la habitación, apartándose de Jake lo máximo posible. Él se aprovechó del elemento sorpresa cuando la sujetó repentinamente y la besó. Su resistencia se desplomó. Jake buscaba anhelante el contacto de su piel. Vencida por él, se sintió transportada al cielo. Sus sentidos se centraron totalmente en Jake. El lugar, la hora y las razones que había tenido para evitar esa situación se desvanecieron al mismo tiempo que su autodominio.

Kitty se despertó sola tras un inquieto sueño. Al sentarse se tambaleó, mareada, y se llevó las manos a la cabeza. Se sentía mal, realmente muy mal. Tiritando, se arrastró fuera de la cama para encender la calefacción eléctrica. Todos sus músculos protestaron por ese pequeño movimiento. Una bebida caliente, eso era lo que necesitaba.

¿Cuánto tiempo había dormido? Había caído la tarde y sólo tenía un vago recuerdo de la despedida de Jake. Débil y sudorosa, bajó las escaleras.

El teléfono hacía un ruido peculiar, pues estaba mal colgado. Pensó que seguramente Jake lo habría dejado así. Con esfuerzo volvió a colocar el auricular en su sitio. En sólo veinticuatro horas Jake la había privado de toda cordura. Por la noche, el deseo había sido lo bastante fuerte como para aplacar sus temores... pero a las seis de la tarde, el poder que ejercía sobre ella le parecía enorme. Jake le había hablado de matrimonio, y el poco sentido común que aún le quedaba había desaparecido.

Kitty pensó que esa rendición final y traicionera suya tal vez había sido interpretada por Jake como una respuesta afirmativa. En realidad, si quería ser totalmente sincera consigo misma, no sabía qué pensar. En lo más profundo de su corazón su respuesta siempre había sido de duda, pero tenía un terror instintivo a tales impulsos internos.

La propuesta de Jake debía de estar motivada por la necesidad física que ambos sentían. En otras palabras, seguía siendo esclavo de su deseo sexual. Después de su fracaso matrimonial con Liz, sin duda pensaba que no tenía mucho que perder en una segunda oportunidad.

Por si fuera poco, sentía unos celos violentos de Grant. ¿Hasta qué punto la llamada de su padre había contribuido a despertar en Jake la necesidad posesiva y primitiva de considerarla como algo de su propiedad? ¿No era verdad que lo sucedido esa mañana había sido simplemente la repetición de una catástrofe ocurrida ocho años atrás?

Titubeó cuando el teléfono sonó con insistencia. Pensó que realmente era una cobardía no contestar de inmediato. El insistente timbre era como una aguja que perforaba su dolorida cabeza. Con

una exclamación de derrota levantó el auricular.
–¿Señorita Colgan? –la voz de Becky, la eficiente secretaria de Grant, tenía un tono desusadamente molesto, y esperó a que Kitty confirmara su presencia antes de añadir con fría decisión–: Le habla el señor Maxwell.
Por su parte, Kitty se preparó para recibir una buena regañina.
–No se te ocurra decirme que no tengo derecho a pedir una explicación –el tono de Grant resonó en la línea como un latigazo–. ¡Tarrant!
Kitty se llevó una mano a la frente, que estaba empapada de sudor.
–Ya no está casado –declaró, apretando los dientes.
–¿Crees que eso es razón para que me sienta mejor? ¿Es que has perdido el juicio? –inquirió–. Traté de evitar que volvieras allí. ¿Por qué no me hiciste caso?
Kitty comprendió que debía confesárselo todo de inmediato.
–Es que todavía lo amo.
–¡Oh, Dios mío!
Kitty escuchó su queja lastimera y pudo imaginar perfectamente su rostro de hermosos rasgos atravesado por una expresión de cinismo y desdén. Por una parte se sentía emocionado; por otra, furioso.
–La verdad es que así es como me siento, y tú no me vas a hacer cambiar.
–Por lo que veo, no necesitas ayuda. La verdad es que últimamente hemos tenido muchos desacuerdos, pero siempre he jugado limpio –repuso con ironía.
–Ahora no necesito nada de eso. Simplemente quería ser sincera contigo.
–Puedo prescindir perfectamente de ese hipo de sinceridad. Estás haciendo un ridículo terrible. ¿No te das cuenta? ¿Es que necesitas que te lo recuerde? Te buscó y luego te hizo a un lado, Kitty. Probablemente ahora no tienes eso presente. Después de todo, tú has limado tus asperezas, amén de que ahora vales unos cuantos millones. No me sorprende que se haya acercado a ti, pero sí que tú seas lo suficientemente débil como para caer por segunda vez en una trampa similar.
Siguió un tenso silencio.

–Basta ya –musitó Kitty, porque sus palabras habían dado en el blanco.

–Me apena que te disgusten las noticias que te estoy dando, pero de ningún modo pienso disculparme por dártelas. ¿Qué se trae entre manos ese tipejo? Si se trata de una satisfacción egoísta podría entenderlo, pero no puedo pensar en ninguna otra cosa más.

–Nunca me entendiste –murmuró ella, furiosa.

–Has estado trabajando mucho, Kitty. Estoy dispuesto a reconocer que te he presionado demasiado. Mira, coge el primer avión y vente aquí. Es demasiado tarde para la película, pero me atrevería a decir que alguien como tú no se quedará sin trabajo. Tu agente ha estado en contacto conmigo. Está pendiente una oferta de una miniserie...

–No puedo irme, no puedo huir.

–Mándalo al infierno y coge un avión. No me importa cómo lo hagas. Dime, ¿cómo se está desarrollando el trabajo literario?

La puso al tanto y después se desplomó en un sofá. Por último colgó el auricular.

Se dijo que jamás había existido la más remota posibilidad de casarse con Jake. Se consoló pensando en lo duro que le resultaría a él una ruptura definitiva. Pero dado que la posibilidad de no verlo la deprimiría terriblemente, se trataba de un proceder carente de significado.

Jake había mencionado algo acerca de un viaje a York y sabía que estaría trabajando esa noche. Ella se iría al amanecer del día siguiente. Poco a poco fue cerrado sus doloridos ojos.

Se despertó sin saber durante cuánto tiempo había dormido y sin poder respirar. Hizo un vano intento por levantarse. La asfixia la dominó. Sus frenéticos movimientos hicieron que cayera al suelo. El humo. invisible en la oscuridad, la ahogaba.

El cristal de la ventana estalló en mil pedazos. Unas manos se apoderaron de ella. De repente ya no las sintió. Cayó en la inconsciencia, mientras su cabeza daba vueltas.

Capítulo 8

Alguien le estaba gritando, la sacudía. Kitty tosió y jadeó espasmódicamente en accesos que sacudían todo su cuerpo. Sólo por el tacto reconoció los brazos de Jake. Abrió los ojos y vio una noche desdibujada que le recordó el infierno. Ya no estaba oscuro. Escuchó un estrépito. Era el crujido y el crepitar de las llamas anaranjadas y amarillas que se perdían en el cielo y que enviaban en todas direcciones chispas de colores. No podía ver qué era lo que alimentaba ese fuego.

En seguida se produjo un fuerte resplandor y un gran ruido. Entonces escondió la cabeza en la chaqueta de Jake. Él temblaba y ella podía percibir la ira feroz que se esforzaba por contener. Alguien la envolvió en una sábana.

Kitty no estaba segura de si ese alguien había sido Jake u otra persona. Aunque no lo veía, sentía su presencia.

–Sí –farfulló sin pensar–. He dicho sí.

De repente apareció en una habitación extraña y muy iluminada. Centró la mirada en Jake; estaba discutiendo acerca de algo. Una mujer con una bata blanca, de complexión robusta, le decía en voz alta que no hiciera tanto ruido, pero Kitty no pudo mantener abiertos los ojos. Con una sonrisa se dio la vuelta.

–¿Cómo te sientes?

Vio una carita angustiada que se cernía sobre ella. «¿Tina?», se preguntó. Quejándose, movió la cabeza.

–¿De verdad vas a vivir en mi casa para siempre? –preguntó Tina con voz excitada.

–Déjala descansar, aún no se encuentra bien –Jake apareció de pronto y apartó con delicadeza a Tina de la cama. La levantó en brazos y luego volvió a dejarla en el suelo–. Por favor, ve a pedirle a Jessie que nos traiga una taza de té.

Kitty miró con agrado lo que la rodeaba: muebles bonitos, pero desconocidos para ella.

–¿Dónde estoy? –susurró.

–En Torbeck. Son las cinco de la tarde del día siguiente al del incendio.

Kitty frunció el ceño. Tenía recuerdos muy vagos de todo, retazos sueltos que carecían de sentido.

–¿Ha habido un incendio?

–O lo hubo o se trata de un montón de gente que sufrió una alucinación masiva –sentado al pie de la cama, Jake la contempló y puso atención especial a su palidez–. Me he pasado casi todo el día hablando con la policía y los bomberos. Según parece, llegaron demasiado tarde. La casa es un montón de ruinas. Todo se ha perdido. ¿Te das cuenta de lo afortunada que eres por estar viva?

Kitty se llevó una mano temblorosa a la cabeza.

–¡Dios mío! Lo último que recuerdo es estar sentada en el sofá... y tal vez dos o tres cosas más.

–El incendio comenzó en tu cuarto. Nada te habría salvado si hubieras estado allí.

–Me dejé encendida la calefacción eléctrica –murmuró ella.

–Te corrijo. Te dejaste encendido un calefactor eléctrico defectuoso. Tu abuela sabía que era peligrosa, pero también era lo suficientemente tacaña como para no arreglarla. Si no hubiera estado cerrada la puerta que comunicaba la cocina con el vestíbulo, ahora mismo estarías muerta.

–Por favor, ya no lo digas.

–Sólo quiero recalcarlo. Te salvé por cuestión de minutos.

–Me sentía muy mal. Me olvidé de apagar la calefacción.

–Provocaste un buen incendio, te lo concedo –repuso él con voz apagada–. Ya te advertí acerca del estado de la instalación eléctrica.

–Está bien, tú me salvaste. Arriesgaste tu vida –zanjó tajante, pues quería hablar de otra cosa.

Había cierta violencia en la mirada de Jake.

–No hubo nada de heroico en lo que hice... No recuerdo cómo salí del coche, ni cuando rompí la ventana. Lo único que recuerdo es que pensé que había sacado un cadáver.

Kitty sintió un intenso escalofrío.

–Me gritaste...

–Tal vez te sorprenda, pero la posibilidad de vivir sin ti no me entusiasmó en absoluto. Grité después, cuando ya habías vuelto a la vida. No me enteré de que estabas viva hasta que te abrazaste a mí.

–Lo siento.

–Yo no. Ahora estás bajo mi techo –suspiró Jake.

Se sentó en el borde de la cama y la atrajo hacia sí. Con un breve suspiro, ella se apretó contra él y la envolvió el aroma familiar de su cuerpo, encantadoramente familiar.

Trató de calibrar el hecho de que hubiera arriesgado su propia vida por ella. Frustrada, se preguntó si no habría explicación para el modo en que la había tratado. Sus labios resecos se atrevieron a formular una pregunta clave.

–Dime, ¿es realmente tan importante para ti tenerme bajo tu techo?

Con voz pausada, él respondió:

–Entre marido y mujer es una necesidad absoluta.

–¿Marido y mujer? –repitió.

–Dijiste que te casarías conmigo.

–¿Sí...? –murmuró estupefacta.

–Sí. Lo dijiste. Sabía que lo dirías –mientras confirmaba sus palabras, la apartó un poco para mirarla mejor–. Y vas a mantener tu palabra. No me he pasado todo el día de ayer haciendo los preparativos de nuestra boda, simplemente para que a última hora decidas cambiar de opinión.

–¿Preparativos de nuestra boda? ¿Ayer? –un débil rubor se extendió por sus mejillas.

–Es que no veía ninguna razón para posponer las cosas. Debes descansar –le hizo apoyar de nuevo la cabeza sobre la almohada y preguntó–: ¿Por qué estaba la máquina de escribir dentro de tu coche?

–No sé qué es lo que hice anoche –por alguna razón las lágrimas inundaron sus ojos y corrieron por sus mejillas–. No me sentía bien. No era yo misma.

–Probablemente eras más tú misma de lo que habías sido durante mucho tiempo. Me sonreías. ¿Con qué razón voy a quejarme si necesitas una temperatura de más de cien grados para hacerlo?

La consoló diciéndole que era perfectamente normal que llorara, pero ella no lo escuchaba. El incendio la preocupaba menos que la bomba que él había dejado estallar en su desprevenida cabecita. ¿Le habría dicho realmente que quería casarse con él?

–El doctor Cates, el médico de tu familia, te examinó anoche. Supuse que no querrías ir al hospital, a menos que fuera estrictamente necesario. Así la prensa no se enterará de lo sucedido.

–Pero correrá la noticia del incendio.

–Es posible, pero nadie ha realizado un verdadero reportaje. John, el marido de Merrill, llegó a Lower Ridge antes que la policía. Le rogué que trajera tu coche, ya que el vehículo era la única prueba de que estabas en la casa en el momento del incendio. Las autoridades no te han molestado porque, según creen, estabas fuera de la casa desde hacía varios días.

Su respuesta inmediata para evitar que la prensa se enterara del caos de la noche anterior la sorprendió.

–¿Creen que me fui dejando algo encendido?

–Han ocurrido cosas aún más extrañas. Sea como fuere, la policía perdió todo interés en cuanto se dio cuenta de que no había sospechosos en el incendio. Pero de todos modos, los periodistas sitiarán la casa, clamando por una entrevista contigo. A ti seguramente te agradaría su atención, pero a mí no. No entra en mis planes casarme un miércoles y saber que a la salida me estará esperando una jauría de periodistas.

–¿Un miércoles? –exclamó Kitty–. Faltan apenas tres días.

Su incredulidad no lo impresionó. La miró fijamente.

–¿Es que tienes algo mejor que hacer?

–Cuando hablaste de preparativos para la boda, nunca imaginé que...

–¿Que sería tan pronto? Amor mío, recuerda que mi tío es obispo. Ayer le expliqué la situación. Entendió nuestra necesidad de una ceremonia rápida y tranquila. Tenemos un permiso especial.

–Pero el miércoles... –repitió incrédula.

–En la iglesia del pueblo, a las once. No veo el problema.

Kitty percibió el tono de advertencia de su voz.

–No pensaba que sería tan pronto.

–A nadie debemos complacer... A no ser que quieras mantener abiertas otras puertas...

Levantó la mirada, pues comprendió el significado de sus palabras. La piel se le encendió de nuevo, su pulso se aceleró y su racionalidad se esfumó a la misma velocidad. Le daba vueltas la cabeza. Jake era demasiado eficiente en todo. Su propuesta era fría

y práctica, pero en su mirada no había el menor vestigio de frialdad.

–Debo levantarme –musitó al tiempo que hacía a un lado las sábanas, pero se mareó en seguida.

–Ordenes del médico. Todavía no debes levantarte –declaró Jake, volviéndola a acostar–. Estás muy delgada y en los últimos días te has descuidado mucho. No te recuperarás tan rápido como Tina.

No tenía fuerzas para oponerse. Jessie entró con una bandeja y Kitty hizo lo imposible por comerse lo que le habían preparado.

Durmió durante un buen rato y, al despertar, ya había oscurecido.

–¿Estás bien? –un hilillo de luz dibujaba la silueta de Jake.

–He tenido un sueño… –comentó.

–Lo sé. Gritabas con todas tus fuerzas –divertido, se sentó a su lado.

–No sabía dónde estabas.

–Te sentirás mejor mañana.

–Ya me siento mejor –sonrió.

***

La despertó con una taza de té. Ya estaba totalmente vestido, pero con el cabello todavía húmedo. Kitty alisó la almohada, que indicaba que no había dormido sola.

–Jessie no es una mujer liberada –protestó ella.

–Pero nosotros… –se apoderó de sus labios con una dulzura arrolladora que la hizo perder la cordura.

–Merrill va a venir para acompañarte.

–¡Oh! –exclamó, examinando con cuidado el camisón que llevaba puesto–. Dime, ¿es de ella?

–No. Es de Sofía.

–¿Ya se lo has dicho?

–¿A Merrill?

–No, a tu madre –murmuró.

–¿Por qué? –la miró fijamente–. ¿Crees que debo pedirle permiso? Lo anuncié anteayer, estando en York.

–Debe de haberse sentido… escandalizada.

–Si se escandalizó, no lo dijo. No te preocupes por Sofía.

Después de todo no vivirá aquí, lo cual ciertamente no será para ella ningún sacrificio.

–¿Estás insinuando que nunca me aceptará?

–Lo que estoy tratando de decirte es que me tiene absolutamente sin cuidado que te acepte o no.

–Pero yo no quiero causar problemas entre vosotros.

Jake se dirigió hacia la puerta.

–Debo irme. Te veré después.

Kitty pensó que en los últimos años se había acentuado mucho el aspecto violento y hasta agresivo de la personalidad de Jake. ¿Se debía a Liz? ¿Lo habría convertido ella en un hijo indiferente hacia los sentimientos de su madre, o todo eso era obra de Sofía?

Se levantó, sintiéndose débil y temblorosa. Se metió en el baño y tomó una ducha. Estaba cepillándose el cabello cuando entró una mujer rubia, de complexión fuerte, llevando una bandeja.

–¡Vaya! Creí que todavía estarías en la cama.

Su exclamación hizo reír a Kitty.

–¿Eres Merrill? Estás igual que siempre.

–No digas eso. La verdad es que he engordado bastante. La gente se cruza conmigo por la calle sin reconocerme. Mi problema es que no puedo mantener una dieta.

Su comportamiento fue una verdadera sorpresa para Kitty. De niña, la hermana de Jake había imitado fielmente a su madre en cuanto a tratarla como a alguien de condición inferior.

–Estás muy pálida –observó Merrill–. ¿Cómo te sientes?

–No del todo bien –respondió mientras aceptaba la bandeja.

Merrill se sentó en una silla.

–Debes mejorar para la boda.

–¿Qué opinas acerca de eso? –la miró inquisitivamente–. Puedes hablar con toda franqueza.

Merrill hizo una mueca.

–¡Caramba! Cuando éramos niñas, debo de haber sido más odiosa contigo de lo que recuerdo. Si a ti te hace feliz, yo no tengo nada que objetar.

–Pero te habrá sorprendido...

–No. Debo decir que no –sonrió–. Cuando éramos adolescentes, siempre pensé que Jake y tú terminaríais juntos –al darse cuenta del alcance de lo que había dicho, se sonrojó y añadió–: Una lección

elemental es no meterse en lo que no nos concierne. Voy a decírtelo de otro modo. Si estás preparada para casarte con mi hermano y vivir aquí, debes de estar muy interesada en él. La vida que te espera no se parecerá a la que has estado acostumbrada a llevar. Qué extraño es todo, ¿no te parece? Tú te marchaste y conseguiste fama y fortuna, mientras que los Tarrant conocimos tiempos difíciles. En todo esto bien puede haber una moraleja.

–Fue una cuestión de mala suerte –suspiró Merrill.

–No del todo. Si Jake no hubiera estado tan empeñado en que recibiéramos algo de efectivo, podría haber conservado la granja. Habría sido duro, sí…, pero lo malo es que el banco perdió la confianza en él. En mi opinión, su mala suerte se debió a que tiene un sentido de la responsabilidad demasiado pronunciado. Aunque en aquel entonces no se lo agradecimos.

Sintiéndose muy incómoda por las desagradables confidencias de Merrill, Kitty preguntó:

–¿Trabajas?

–Ahora no, antes lo hacía para el padre de John, como secretaria –sonrió–. ¿Cómo es posible que estés tan tranquila? ¿No te importa qué ropa te vas a poner el miércoles? En el incendio has debido de perderlo todo.

–Casi toda mi ropa está en Londres –sonrió Kitty–. Si telefoneo a mi ama de llaves, me la enviará.

–Pero eso tardará días.

–Voy a hacerlo ahora mismo. La enviará en seguida.

–El miércoles tendrás llevar algo muy especial –insistió la hermana de Jake–. Es decir…, un vestido de novia.

–¿Un vestido de novia? No creo que Jake espere algo así.

–Se supone que no debo decírtelo –sonrió Merrill–, pero la idea fue suya.

Se trataba un vestido que había pertenecido a la bisabuela de Jake; al parecer, podía arreglarse. La idea era buena, y Kitty sonrió para sí. Se negaba a aceptar que su matrimonio afectara a su padre y a su futura suegra, pero llegado el momento se enfrentaría con ambos problemas. Se prometió que nada enturbiaría los días siguientes.

Desde un teléfono que estaba junto a su cama llamó a la señora Stuart para pedirle sus vestidos. Después pensó en hacer otra

llamada. Se sentía desbordada de emoción. Merrill le llevó unas revistas y Jessie, un pantalón y una camiseta.

–Jane dejó esta ropa la última vez que estuvo aquí, aunque no creo que debas levantarte antes de comer –le indicó Jessie con tono autoritario.

En cuanto Kitty se quedó sola, tomó el teléfono. El señor Barker, que estaba a cargo de Colwell Holdings, se quedó muy desconcertado cuando recibió su llamada. Ella le pidió que mandara a un especialista a la granja y determinara qué innovaciones y reparaciones serían necesarias para dejar la casa en orden.

–Le advierto que se trata de algo muy caro, señorita Colgan.

–Hablaré con mi contable. No habrá escasez de fondos –afirmó y luego agregó–: Por cierto, me interesa mucho que el trabajo empiece cuanto antes.

Se quedó adormilada durante un rato y, al despertar, se sintió incómoda. Tina entró en si habitación, precisamente cuando acababa de vestirse.

–Jessie te pondrá la comida en una bandeja. Se supone que debes guardar cama.

–¿Qué has hecho en toda la mañana?

–Trabajo en equipo. Papá me dijo que debía irme.

–Estás en tu casa –aclaró Kitty, en tono alegre.

A Tina se le iluminó el rostro de alegría y le preguntó si quería ver a su gatito. Jessie se asomó desde la cocina, molesta porque Kitty se había levantado de la cama.

–Jessie, de haberme quedado más tiempo en la cama, me habrían salido raíces.

–Deberías descansar más –replicó la mujer con el ceño fruncido.

En ese momento entró Jake, y Kitty sintió un deseo irresistible de lanzarse a sus brazos. Turbada por la fuerza de su propia ansiedad, le brindó una sonrisa maliciosa.

–No me volveré a acostar.

–Magnífico –una sonrisa sensual se dibujó en su boca–. Tengo toda la tarde libre.

Tina parloteó durante la comida y Kitty, bajo la implacable mirada de Jake, comió con mucho apetito, hasta dejar el plato limpió. Jessie insistió en llevarles el café al salón. Kitty se sentó en un cómodo sillón y miró a su alrededor. Se puso a imaginar la

restauración de la granja.

Ruborizada, se dijo que se estaba adelantando a los acontecimientos.

–¿Vendiste todos los muebles sobrantes cuando viniste para aquí?

–Sí. Sofía quería venderlos, y la persuadí de que la subasta era lo más conveniente. El producto de esa venta le ha permitido tener unos ingresos decorosos. Los retratos de la familia están en el desván. Liz me pidió que los conservara, pero aquí no hay lugar para ellos.

Kitty disimuló una sonrisa, pues con agrado seguía pensando en la restauración de la granja. Tina se les unió con su gatito.

–No hay problema alguno en traerlo cuando la abuela no está. No se lo diréis, ¿verdad? –inquirió la niña.

Desde su asiento, Kitty sacudió la cabeza para desaprobar que una mujer fuera capaz de inducir tanto miedo a una pequeña.

–Será nuestro secreto –prometió.

Tina se apresuró a sacar ventaja de la situación que se le ofrecía. Bajó sus juguetes preferidos para enseñárselos. A las nueve, Kitty se sentía otra vez agotada. Jake le dijo que debería irse a su cuarto.

–Sí, quiero acostarme temprano –bostezó Kitty.

–Sería mucho egoísmo de mi parte decirte qué es lo que deseo hacer yo también.

Jake se acercó a ella y Kitty tembló, seducida por su insinuación.

–¿Ah, sí? –musitó, inclinándose ligeramente hacia él. ¡Con cuánta facilidad despertaba su deseo!

Jake musitó una imprecación a la vez que se retiraba sonriendo.

–Mira..., si te tocara ahora mismo, pasaría toda la noche contigo y no dormirías nada. Bueno, la verdad es que dentro de dos días estaremos casados y entonces estoy seguro de que lo haré como un verdadero artista.

La retirada de Jake la dejó desconcertada. Era demasiado sensible a cualquier tipo de rechazo.

Jake leyó en sus ojos la sorpresa y el dolor, como si los hubiera expresado en voz alta, y entonces la apretó contra sí, besándola con ansia. Ella se quedó tan debilitada después de ese apasionado asalto que se abandonó ligeramente, sobre todo cuando Jake le acarició una de sus ardientes mejillas.

–Hasta mañana, amor mío.

***

Al día siguiente llegó Merrill.

–Todo saldrá bien. Los preparativos están casi ultimados.

El antiguo vestido que había pertenecido a la bisabuela de Jake resultó ser demasiado largo, lo cual no desalentó a Jessie y a Merrill. La hermana de Jake se quedó a comer y, cuando se iba, le aseguró a Kitty que regresaría más tarde a buscar a Tina.

–Papá lo ha resuelto todo –repuso Tina, pesarosa–. Deberé tener paciencia una semana más.

–Todo se arreglará –susurró Kitty, abrazándola. No quería entrometerse en los planes de Jake, pero estaba preocupada por la reacción de Tina, que tenía la sensación de que nadie le hacia caso.

La ropa de Kitty llegó y las cajas ocuparon todo el vestíbulo.

–¿Es que nunca tiras nada? –le preguntó él.

–Es sólo cuestión de escoger lo más útil.

Cuando tomó una prenda que no era del agrado de Jake, Kitty se defendió diciendo que la había usado en un estreno de Grant.

–Eso significa que fue él quien te compró toda esa ropa –le espetó Jake.

–Sí –respondió Kitty, desviando la mirada.

–Seguramente también las joyas.

–Sí; las tengo en Londres.

–Y allí se van a quedar.

Asombrada, Kitty levantó la cabeza.

–De ningún modo voy a renunciar a mis joyas.

–Te lo diré de otro modo. O esas joyas o yo. Decide.

Antes de que pudiera articular una furiosa respuesta, sonó el teléfono y él fue a contestar. Ella lo siguió con la mirada. Pensó que con unas cuantas palabras podría hacer desaparecer la vieja antipatía que Jake sentía por Grant, pero debido a su carácter testarudo, era incapaz de pronunciarlas.

Se dijo que Jake no estaba completamente seguro de ella, lo cual significaba una ventaja, que a su juicio necesitaría para retenerlo. Si abiertamente le cedía su amor, su lealtad, y se le entregaba totalmente, ¿valoraría él esa entrega? ¿Acaso lo había hecho en el pasado?

Pensó que el intenso deseo de Jake por ella no duraría toda la vida. Siendo un adolescente, le había bastado con chasquear los dedos para atraer a la joven que le daba la gana. Habían sido tantas, que Kitty se alegraba del hecho de que ninguna de ellas hubiera podido retenerlo. Pero en ese momento no se alegraba. Tampoco ella había podido retener su interés. Se estremeció, sintió frío. Cuando un hombre ya había rechazado una vez a una mujer, seguramente le resultaba más fácil hacerlo una segunda vez.

¿Habría ocurrido eso con Liz? Kitty se había consolado a sí misma haciéndose a la idea de que Jake se había casado con Liz por su dinero. ¿Cómo había podido llegar a creer eso? Jake había vendido la finca para mantener a su familia. Su propia naturaleza sensual probablemente lo empujó a los brazos de Liz, del mismo modo que lo había empujado en otra ocasión a una estrecha cama en una buhardilla. ¿Habría querido realmente a alguna mujer?

Jake volvió a su lado.

–Era Barney –se refería a un compañero veterinario que ella aún no conocía–. Según parece, tendré que sustituirlo esta noche.

–¿Esta noche? –preguntó desalentada–, íbamos a salir a cenar...

–Su padre ha sufrido un ataque cardíaco y es probable que muera. Dejaremos la cena para otra ocasión –se detuvo y luego continuó con renuncia–: Creo que no tendré el tiempo libre que había planeado para la próxima semana.

–Me estás tomando el pelo –repuso ella, incrédula.

–Actualmente tenemos mucho trabajo. Drew no puede cumplir con lo suyo y yo debo ayudarlo. Mañana me encargaré de ordeñar el ganado para que John pueda descansar.

Por primera vez, la dura realidad irrumpía en la conciencia de Kitty. Jake se inclinó para abrazarla. Con el fin de ganar tiempo, ella apoyó la palma de la mano en su pecho.

–He estado pensando...

Jake le retiró la mano y se habría apoderado de su boca si ella no se hubiera vuelto en ese preciso instante.

–Evidentemente no has pensado en lo mismo que yo.

–Sería ridículo que me compraras Lower Ridge. Dedica ese dinero a contratar a un empleado para John. Recuerda que no eres agricultor, sino veterinario.

–Dime –preguntó con tono cortante–. ¿Estás planeando vender

tus joyas y darme ese dinero? Creo que no te serviría de mucho aquí.

–Ahora que lo dices... no, pero...

–Pero nada –la interrumpió–. Dejemos bien sentada esta situación. Yo te mantendré a ti, y no al revés.

–¿Se trata de otro de tus anticuados y rancios principios?

–Así es –le lanzó una fiera mirada–. Puedes meter el dinero en un banco. No lo tocaré.

–¿Qué sucedería si tuviera ya mucho dinero? –preguntó irritada.

–Es una pregunta ilógica –la interrumpió con impaciencia–. No lo tienes, y si lo tuvieras, no te habría pedido que te casaras conmigo.

–¿De verdad? –preguntó Kitty, absolutamente incrédula.

Capítulo 9

No –repitió Jake con dureza–. Y cuando compre Lower Ridge, el dinero irá a parar a manos de Maxwell. Él te la compró.

–¡Dios santo! –exclamó Kitty–. ¡No me había dado cuenta de que estaba tratando con un verdadero troglodita! Por lo que veo, quieres una novia a la antigua usanza, ¿no es así?

Jake hizo ademán de abrazarla, pero ella se retiró violentamente.

–¿No vas a tranquilizarte?

Ante su escrutadora e incrédula mirada, él sacó las llaves de su coche.

–¿Sabes qué es lo que tienes de malo? Que te has convertido en una mujer mimada. Te guste o no, tengo compromisos que están más allá de ti, de modo que no podré estar aquí cada vez que lo desees.

Kitty guardó silencio. Aunque Jake no deseara una esposa rica, eso era precisamente lo que estaba recibiendo. «Muy bien», pensó; tarde o temprano debería decirle que Grant era su padre y también hablarle de la finca. Debía encontrar un método sutil de hacerlo, ya que aturdirlo con una serie continua de sorpresas era una idea muy infantil. Quizá se enfadaría, pero no por mucho tiempo.

Tina estaba tratando de levantar una pesada caja.

–Tendría que haberle pedido a papá que me ayudara, pero entró dando un portazo. Debe de estar cansado –comentó en voz alta.

Jessie observó el ruborizado rostro de Kitty y repuso secamente:

–Hoy por la mañana no lo estaba.

Kitty terminó de deshacer el equipaje, con Tina observándola. Cuando bajó al vestíbulo, Jessie la miró con aire cansado.

–¿Estás lista para probarte este vestido? Voy a mandarlo a planchar.

Jessie se tomó el tiempo necesario para la prueba final, sin hacer caso de las protestas de Kitty. Cuando terminó, sacudió la cabeza con aire reprobador.

–De verdad no sé por qué vosotros dos os habéis metido en esto. No te está haciendo feliz, ¿no es cierto? –afirmó en un tono que más bien parecía de castigo.

Merrill llegó a la hora del té para encargarse de Tina, y Jessie aprovechó para irse a su casa. Kitty hojeó una revista y en vano trató de ver la televisión; luego se dedicó a recorrer la casa. Le llamó la atención una serie de fotos de la familia en la sala principal de Sofía. Las observó con sumo cuidado, pero no encontró ninguna de Tina ni de su madre.

En la habitación de Jake tomó una camisa de él. Aspiró su aroma varonil, con lágrimas en los ojos. Lo amaba, lo amaba tanto que no estaba dispuesta a decir ni hacer nada que pudiera evitar que se casaran al día siguiente.

En la habitación de Tina halló lo que tanto temía encontrar. Una fotografía enmarcada sobre el tocador. Debía de ser Liz: una bella jovencita de ojos azules y cabello rubio.

–¡Kitty! –la llamó Jake.

Rápidamente ella dejó la foto en su sitio y se dirigió a la planta baja. Él ya estaba subiendo las escaleras.

–No vi ninguna luz en la parte delantera de la casa.

La manera en que lo dijo le pareció a Kitty un tanto ofensiva. En seguida percibió el problema cuando se encontró con su mirada cargada de reproches. Jake aspiró profundamente y frunció el ceño.

–¿Me esperabas arriba?

–No son ni las diez. Jessie te ha dejado algo de cenar.

–Ya he cenado. ¿Quieres una copa? Aplacará tus nervios.

–Mis nervios están perfectamente –respondió ella con tono irascible. Deseó no haber pronunciado esas palabras. Sin embargo, en ese momento todavía tenía en la cabeza el rostro de Liz.

El rubor coloreó sus mejillas. Sintiendo que él no dejaba de mirarla, recorrió el recibidor encendiendo todas las lámparas, aun cuando una sola habría bastado.

–Debería ser más comprensiva acerca del tiempo que le dedicas a tu trabajo –observó ella con aire conciliador.

Jake descorchó una botella de brandy y sirvió dos copas.

–Mira, no quiero en nuestras vidas nada de lo que Maxwell te haya regalado. No veo nada irrazonable en todo esto –afirmó con calma.

Kitty se inclinó hacia adelante y contuvo un respuesta impulsiva.

–Por lo demás, tienes toda la razón. El matrimonio es compartir y no hay ninguna otra cosa que no quiera compartir contigo.

–¿Así era la relación que mantenías con Liz? –preguntó Kitty de repente.

–No, no era así –le sostuvo la mirada.

Se hizo un silencio. Kitty aspiró profundamente y abordó el tema desde otro ángulo.

–Contéstame a una pregunta. ¿Habrías vuelto con ella si no hubiera muerto?

–No sé. Debía pensar en Tina y, por otra parte, Liz la habría utilizado como un arma. Así pues, consideré que todo el problema fue culpa mía.

–¿Por qué? ¿Es que además le fuiste infiel?

–No –contestó, pasándose una mano por el cabello–. De verdad, no quiero que hablemos de Liz en este momento. Hay razones...

Ella no lo escuchaba. Estaba descubriendo que podía amarlo con una especie de desesperación desafiante, pero que ese amor no bastaba para derretir el pequeño nudo de amargura que albergaba en su interior.

La generosidad de Jake con Liz había sido inmensa. Kitty no podía olvidar la angustia que había pasado sola, y todo por una mujer que él no había amado. Una mujer que al poco tiempo de su boda le fue infiel. En ese momento Kitty tenía plena conciencia del inmenso abismo que los había separado cuando ella era una adolescente.

–Dime, ¿Tina tiene parientes por parte de su madre?

–Ninguno. Los padres de Liz murieron antes de que yo la conociera. Espero que aceptes una familia ya hecha. Me doy cuenta de que te estoy pidiendo muchísimo.

–Es una niña muy cariñosa –Kitty bajó la mirada–. Será fácil quererla. ¿Por qué tu madre no se lleva bien con ella?

–Ella ve a Liz en Tina. La huida de Liz fue la comidilla del pueblo, algo que Sofía nunca ha podido olvidar.

–No a todas las mujeres les gustan los niños –observó Kitty.

Jake sonrió, desarmándola.

–Me gustaría que tú y yo tuviéramos un hijo –al ver que ella palidecía, entrecerró los ojos–. O tal vez no, ya que parece que la

idea te llena de horror.

Mortificación y dolor estuvieron a punto de ahogarla en medio de aquel silencio. Pensó que él, en otro tiempo, ni siquiera había admitido la idea de dar a su hijo la posibilidad de nacer. Ella no quería recordar ese hecho, pero era una terrible realidad. Y en ese momento lo odió tanto como lo amaba.

–Mucho me temo que no quiero tener hijos –murmuró con la cabeza inclinada–. Y si las cosas no nos salen bien, será mucho mejor que no los tengamos.

–Como pensamiento, la víspera de nuestra boda, me parece terriblemente pesimista –replicó él con aspereza.

–Me voy a la cama –pasó tan deprisa frente a él, que Jake no vio las lágrimas que inundaban sus ojos.

La amenaza de ver que su castillo se desmoronaba la hizo reflexionar. No podía conciliar el sueño. Había descubierto que todavía podía llorar por aquel pequeño ser que había perdido.

Finalmente, se levantó de la cama. Eran las cuatro de la madrugada y la casa estaba muy fría. Frotándose los brazos se asomó al cuarto de Jake. La cama estaba hecha, sin usar. Había dormido en el sofá del vestíbulo. Kitty no pudo evitar sentir remordimientos de conciencia.

Como medida de autodefensa, se había retirado para lamerse las heridas en privado, y él había hecho lo mismo. Ninguno de los dos había buscado al otro. Jake no sabía por qué Kitty había reaccionado de esa forma, y quizá había llegado el momento de que lo supiera. Quería liberarse de esa vieja angustia y mientras no hablara con él continuaría teniéndola, alimentando siempre su inseguridad.

Fue al piso superior a buscar una manta. Se envolvió. en ella y, frente al sofá donde se encontraba dormido Jake, titubeó por un momento. Luego, con delicadeza, se acomodó junto a él. En pocos minutos se quedó dormida.

Sintió un leve beso en el cuello. Cambió de posición, sucumbiendo a una invitación a la comodidad.

–Vuelve a dormirte –el tranquilizador susurro de Jake tuvo en ella un efecto hipnótico.

Cuando Jessie la despertó, se quedó sorprendida al darse cuenta de que se hallaba nuevamente en su cama. Jessie le puso sobre las

piernas la bandeja del desayuno, diciéndole que Jake había insistido en que la dejaran dormir, pero que Merrill estaba en la planta baja esperándola. Iban a dar las nueve.

–¿Dónde está Jake?

–Afuera, ayudando a John. No va a subir. No lo verás hasta llegar a la iglesia.

–¿Cómo voy a ir hasta allí?

–Merrill nos llevará. Luego yo me iré a mi casa. Seguramente querréis estar a solas.

Merrill le regaló un liguero de encaje y unas medias a juego.

–Jane me las regaló por Navidad, pero resulta que son dos tallas más pequeñas, y aunque fueran de mi medida, definitivamente estas cosas no son para mí.

Una hora después, Kitty se miró en el espejo. El vestido de la bisabuela de Tarrant era una prenda verdaderamente romántica. La seda de Mantua reverberaba con sus delicados encajes. Kitty estaba embelesada.

Jessie le cubrió los hombros con un chal.

–Es para que no cojas una pulmonía.

Tina puso en sus manos un puñado de flores de azafrán.

–Son de la maceta de la ventana –explicó–. Algunas están rotas.

–Tienen un color bellísimo. Hacen juego con mi vestido.

El vicario la recibió en el atrio de la iglesia. Al comienzo de la pequeña nave, sintió que se le doblaban las rodillas cuando el organista interpretó un trozo de *Lohengrin.* «¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?», se preguntó, pero de inmediato su mirada se centró en la elegante figura de Jake. Sólo el mesurado paso del vicario impidió que ella llegara al altar antes que él.

Kitty se sintió poseída durante la ceremonia por una singular tranquilidad. En cuanto fueron pronunciadas las últimas palabras, Jake se volvió y la abrazó. La estrechó con fuerza y la besó hasta que la sangre le hirvió en las venas.

–Si alguna vez se hace una segunda versión de *Lo que el viento se llevó…* –murmuró la hermana de Jake–, presentaos como candidatos.

Un hombre robusto, de cabello castaño, estrechó la mano de Kitty y se identificó como John. Hasta ese momento había sido un verdadero desconocido para ella.

Los invitaron a ir a la casa de Merrill para brindar. En cuanto Kitty tuvo una copa entre las manos, la hermana de Jake la llevó a conocer la casa. Cuando llegaron al cuarto de los niños, ya preparado para el bebé que se esperaba, Kitty observó disimuladamente a su cuñada, que aprovechó ese momento para hablar.

–Espero no ofenderte, pero quiero hablarte en privado acerca de mi madre –se detuvo para aspirar profundamente y luego prosiguió–: Le preocupa la posibilidad de que esta boda la aparte por completo de Jake. No se llevan muy bien, hay que reconocerlo.

–Ya me había dado cuenta –repuso Kitty con frialdad.

Merrill continuó:

–Durante años las cosas han estado del lado de Jake. Ella se ha entrometido una y otra vez en su vida privada, y él no es de los que aguantan. Pero no se la puede acusar de haber sentido aversión por Liz. Además, después de todo el tiempo transcurrido es necesario que Jake supere el pasado.

–No estoy en situación de hacer comentarios –murmuró Kitty–. Supongo que a tu madre la habrá trastornado mucho nuestra boda.

–Más bien parece haberla aterrorizado –aceptó Merrill–. Jake dice que no tuvieron problemas cuando la visitó en York, pero no le creo. Es muy susceptible cuando se trata de ti. Si mi madre dice algo en contra o sin tacto, él en seguida pierde el control. Me pareció que estaba muy trastornada cuando habló conmigo por teléfono, la otra noche. Dijo que dentro de unos cuantos días quiere verte aquí, en mi casa...

–¿Aquí? –exclamó Kitty, desconcertada–. ¿Por qué?

–Creo que quiere hacer las paces contigo, pero prefiere que Jake no esté presente.

–Pero tu madre no necesita hacer las paces conmigo –replicó Kitty, disgustada.

–Entonces lo más probable es que quiera hablar contigo. Te pido que seas generosa. Si procuras suavizar la situación entre Jake y ella, te lo agradecería infinitamente. Puedes razonar con él, tienes más influencia sobre Jake que nadie.

Antes de que Kitty pudiera asimilar esa afirmación, la puerta se abrió y apareció Jake, con una sonrisa fría, irónica.

–No me digas que te interesa tanto la habitación de los niños.

Merrill no se molestó por la interrupción y respondió con tono de broma:

–¿Te sientes marginado?

En el coche, Jake se aflojó la corbata y dirigió a Kitty una mirada inquisitiva.

–¿Puedes decirme de qué demonios habéis estado hablando?

El rubor cubrió las mejillas de Kitty. ¿Por qué había mentido a Jake de ese modo? Tarde o temprano hablarían y debería confesárselo todo, pero no en ese momento. No se sentía con ánimos de enfrentarse a un pasado que quería olvidar, en un día tan feliz.

–De nada importante.

–Me gusta que Merrill y tú os llevéis bien.

–Me llevo bien con casi todo el mundo. Creo que si se me da una oportunidad, podría llevarme bien incluso con tu madre.

–Así que se trata de eso... Merrill no tiene ni la menor idea de lo que está hablando. Pero tendrás tu oportunidad, aunque me sorprendería mucho que salieras de la batalla sintiéndote tan generosa como hasta ahora.

Esa respuesta la hizo sentirse como una estúpida. Sofía había dicho cosas horribles de ella. Sin la menor duda, la madre de Jake quería verla en casa de Merrill únicamente para poder atacarla. A pesar de ello, Kitty se oponía a que tal cosa la privara de su felicidad.

De vuelta en Torbeck, Jake la abrazó mirándola de forma posesiva.

–¿Cómo se siente la señora Tarrant?

–Sigues estando a prueba –repuso ella con firmeza.

–Va a ser perfecto –le prometió, besándole la frente con ternura.

Kitty se aferró con las dos manos a las solapas del traje de Jake.

–La paciencia es una gran virtud –apuntó él.

–No creo tenerla.

Su expresión de disgusto lo divirtió. Una pasión irresistible se había apoderado de ella. Él deslizó las manos por su espalda hasta llegar a la cintura, para empezar a desabrocharle el vestido. Cuando terminó, el aire frío tocó su ardiente piel. Entonces Jake se echó hacia atrás sin hacer caso de su exclamación de protesta y siguió desnudándola.

Mientras lo hacía, se detuvo un momento para contemplar su ropa interior de encaje. Sus brillantes ojos la devoraron.

–Un regalo de tu hermana –musitó ella con tono incierto.

–Muchas gracias a Merrill, aunque en realidad no necesitaba este tipo de estímulo –le tendió una mano–, Acércate.

Ella no recordaba después haber dado ese paso. Sus tímidos esfuerzos por quitarle la camisa, terminaron cuando la boca de Jake exigió satisfacción. La levantó en brazos, la tumbó sobre la cama y luego se apartó para quitarse la ropa que aún llevaba puesta.

Se dedicó a acariciarle con los labios los pezones erectos mientras deslizaba una mano por su vientre, camino de un destino más íntimo. Luego la tomó entre sus brazos con un áspero gemido de satisfacción, y de inmediato se introdujo en ella. Kitty se arqueó dando una feliz bienvenida a su posesión, abandonándose a la apasionada unión de sus cuerpos. La llenó con su tibieza y ella se sintió más completa y feliz de lo que nunca antes se había sentido.

Saciada, le alisó el cabello húmedo y besó las yemas de los dedos que suavemente le acariciaban las mejillas. Pero allí, junto a él, los secretos que le había ocultado tan celosamente asomaron por los bordes de su alegría. Aceptar que durante todo ese tiempo no había habido ningún otro hombre... sería decirle demasiado. Tanta sinceridad implicaría confesarle su amor y no estaba preparada para aceptar su debilidad. ¿Durante cuánto tiempo podría mantener ese secreto? Sin duda, aquél no era el momento oportuno. Tal vez al cabo de unos días...

Más tarde, encontraron un guiso que Jessie había dejado en el frigorífico.

–Para alguien que está escribiendo un libro, eres notablemente reservada respecto al tema. ¿Es que nunca vas a contarme de qué se trata?

–Es acerca de un asesinato –explicó ella con renuencia.

–¿Un asesinato? –echándose hacia atrás en su silla, con gesto indolente, la contempló muy divertido–. Si me pidieras que adivinara de qué se trata, te diría que es un tema histórico con una trama amorosa.

–No vas desencaminado.

–Para pasar del primer capítulo, seguramente has tenido que haber dado rienda suelta a tu imaginación –apuntó Jake con una

sonrisa perezosa–. ¿Cuándo podré leerlo?

Para disimular su confusión, Kitty se levantó para limpiar la mesa.

–He escrito muy poco.

La mirada de Jake desbordaba buen humor.

–Mi capacidad de concentración ha estado algo mermada últimamente.

–¿De verdad? –la tomó repentinamente de los brazos, la sentó sobre sus piernas y musitó contra su cabello–: Nunca te daré motivos para arrepentirte.

Esa noche volvieron a hacer el amor, y él la arrastró a un mundo de olvido apasionado.

Por la mañana, observó aturdida que se encontraba sola. En la planta baja encontró a Jessie limpiando el suelo con la aspiradora.

–Ha salido a atender un asunto de la finca –explicó la mujer–. No tenía ganas de ir, pero Drew lo necesita. Además, Merrill telefoneó –terminó con tono molesto.

–¿Merrill?

–Sí, para preguntar si podrías ir a visitar a Tina esta mañana. Yo no veo la razón de tanta urgencia, la verdad.

–Debe de estar preocupada por algo –murmuró Kitty, pensativa.

Después de desayunar, decidió ir andando hasta la casa de Merrill. Hacia una mañana hermosa y fresca, con la promesa de la primavera en el aire.

Un coche rojo, desconocido, estaba aparcado frente a la puerta de la casa y Kitty dudó entre llamar o no, pensando que debería haber telefoneado antes.

Merrill abrió la puerta. Parecía inquieta.

–De verdad, lo siento mucho. Te he llamado porque ella insistía mucho. Además, no esperaba que regresara tan pronto. No sabía qué hacer, pero entonces vi que Jake se iba y...

–No entiendo...

–Mi madre está aquí. Está en el recibidor.

Kitty pareció quedarse congelada por un momento.

–¿Tu madre? Pero...

–Mira voy a llevarme a Tina a jugar y luego estaré una hora en casa de una amiga. Eso os dará tiempo de sobra para hablar con tranquilidad.

Merrill la miró con inquietud y fue hacia su coche. Kitty aspiró profundamente y entró en la casa, forzando una sonrisa. Una mujer alta, delgada, con el cabello teñido de rubio, se dio la vuelta para mirarla a placer. Los rasgos finos y bien definidos de Sofía se habían desdibujado con el tiempo. Había desaparecido la mujer esbelta y atractiva que un día fue; aparentaba tener más de sesenta años.

–¿Quieres sentarte? –le sugirió Sofía con frialdad–. Tuve que convencer a Merrill de que se fuera. No podía permitir que oyera lo que debo decirte.

Finalmente Kitty se sentó.

–Oiga, ¿no sería mejor no decirlo, sea lo que fuere?

–¿Crees que yo quería este encuentro? ¿Crees que he tenido otra elección? –Sofía la miró con una mezcla curiosa de desagrado y desesperación—. Sabía que estabas en Lower Ridge antes de irme. Eso explica que fuera a ver a mi hermana. No quería estar aquí cuando hablaras con Jake, pero todavía no se lo había dicho cuando él vino a verme... de manera que tal vez no sea demasiado tarde.

Kitty tuvo la desagradable impresión de que estaba tratando con alguien que no estaba en sus cabales. Centró su atención en las inquietas manos de Sofía.

–Discúlpeme, pero no la entiendo. ¿Qué es lo que no quería que le dijera a Jake?

–Si le dices que estabas embarazada cuando se casó con Liz, también me echará la culpa de eso. Y yo no quiero. ¿Me oyes? No quiero. Ya has causado demasiados problemas.

La sorpresa había dilatado los ojos de Kitty. Miró hacia otra parte para ocultar su angustia. Una sensación de amarga humillación la atenazaba.

–¿Cómo lo averiguó? –preguntó cuando pudo recuperar el control.

–Tu abuela me lo dijo, pero ya era demasiado tarde... Le ofrecí dinero pero no lo aceptó. No se lo dije a Jake. Por supuesto que no. ¡Dios santo! Nunca creí que volverías.

Kitty inclinó la cabeza. No deseaba verla.

–¿Qué le pasó a tu hijo? –preguntó secamente Sofía–. ¿Lo entregaste en adopción? Supongo que te deshiciste de él en seguida.

Kitty cerró los ojos, deseando ardientemente poder acallar con la misma facilidad esa voz histérica y chillona.

–Lo perdí.

–¡Esa maldita mujer! Todos estos años... Pudo habérmelo dicho en vez de dejarme con la duda.

–Antes dijo que Jake le echaría la culpa a usted –le recordó Kitty con tono áspero–. No veo por qué. Ni siquiera veo por qué debemos hablar de esto. Es algo que sucedió hace muchos años.

–¿El niño era de él? –preguntó con cierto placer ofensivo.

Kitty le sostuvo la mirada.

–Sí, era de Jake. Por eso no le dije nada.

Sofía se volvió hacia la ventana. Sus movimientos denunciaban que se hallaba todavía en un estado muy inquieto.

–¿Sabías que tu madre trabajó un tiempo en las oficinas de la finca?

–¿Mi madre? –Kitty la miró fijamente–. No, no lo sabía.

–Jake apenas tenía dos años –prosiguió la mujer, con los labios apretados–. Por mi parte yo conservaba todavía intactas las ilusiones de mi matrimonio. Fue tu madre la que me desencantó. Charles quedó en ridículo ante mí a consecuencia de lo que ella me dijo.

Kitty frunció el ceño.

–No entiendo –repuso, aun cuando sabía que tenía un miedo terrible a entender.

–¿No entiendes? –preguntó Sofía con gran disgusto–. Creo que ahora lo llaman acoso sexual. Él la doblaba en edad, era lo suficientemente maduro como para saber lo que hacía. Tu madre se quedó muy impresionada por su conducta.

–¿Qué sucedió? –murmuró Kitty, intranquila.

–Ella me lo contó. Nunca olvidaré su mirada cuando me dijo que se iba, sentía tristeza y pesar por mí, pero yo la odiaba por haber roto mis ilusiones.

–Pero si ella no alentó a su marido...

–¿Crees que por eso la situación era menos humillante para mí?, ¿crees que nadie se dio cuenta de cómo se comportaba Charles? Tu madre me convirtió en el hazmerreír de la gente. No faltó quien dijera que no había fuego sin humo. Me alegré mucho de que se fuera.

En otras palabras, pensó Kitty, su madre había pagado las consecuencias de algo que no había hecho. Desesperada, trató de

cambiar de tema.

–Creo que debemos concentrarnos en el presente, señora Tarrant –repuso con suavidad, porque tenía la impresión de que Sofía le daba la espalda para disimular que estaba llorando.

–Pero las cosas son así de simples. Tal vez no me creas, pero no me caías mal cuando eras niña. No me preocupó demasiado. Me pareció normal que te enamoraras de mi hijo. No me importó gran cosa porque no creía que él pudiera correr peligro. Después de todo, yo había hecho todo lo posible por inculcarle la idea de que tú nunca encajarías en nuestras vidas, y creí haberlo logrado hasta que lo vi besarte en nuestra fiesta de Año Nuevo. Me quedé consternada, pero te eché la culpa a ti.

–Efectivamente –corroboró Kitty, preguntándose cuándo empezarían a tener sentido las divagaciones de Sofía.

–Créeme, incluso sin eso –explicó con amargura–, fue una noche terrible. Todo el mundo quería saber dónde estaba Charles y yo no podía decirlo. Antes me había comentado que quería divorciarse, pero no me di cuenta de que hablaba en serio hasta que volvió a casa para la reunión. Lo último que necesitaba esa noche era verte en brazos de mi hijo.

De manera inesperada, Kitty sintió una oleada de compasión. Bajó los ojos, pues comprendía que no era el momento de mostrar simpatía. Sofía se desplomó en una silla, llevándose un pañuelo a la boca.

–Pensé que era un enamoramiento que se le pasaría pronto, pero me equivoqué. Creí que tú lo estabas incitando a comportarse así, pero debes aceptar que nunca imaginé que se hubiera acostado contigo o que estuvieras embarazada. Sabía que él no me escucharía si le pedía que dejara de verte. Por eso me vi obligada a decirle algo para que se alejara de ti. Fue por su propio bien. Lo hice por él…

–¿Qué hizo usted? –preguntó Kitty en un murmullo.

–Lo único que quería era expulsar de su cabeza cualquier idea estúpida que pudiera tener acerca de ti. Estaba resuelta a detenerlo. Nadie sabía quién era tu padre y no me importó mentirle. Sabía que la situación no avanzaría más. Le dije a Jake que los dos teníais el mismo padre. Le dije que tú eras su hermana.

En medio de un horror y de una incredulidad enfermizos, Kitty miró fijamente a Sofía, pero la mujer desviaba la mirada.

–Sabía también que si Jake se dirigía a Charles, él lo negaría. Pero mi marido negaría cualquier cosa parecida. Sabía que Jake seguiría creyéndome –afirmó–. Lo hice por él, y entonces rompió contigo y se casó con Liz porque no podía tenerte a ti.

–¿Entonces la creyó a usted? –preguntó Kitty, asqueada.

–Sí. Elaboré toda una historia con muchos detalles –reconoció Sofía sin el menor remordimiento, enjugándose las lágrimas, ya más calmada–. Y lo convencí.

–¿Y cuándo le dijo la verdad? –exigió saber con repentina violencia.

–Cuando estuve enferma. No quería decírselo, pero el caso es que lo hice —lanzó a Kitty una mirada de odio mal disimulada—. Me acusó de haberle destrozado la vida. Si no hubiera sido por ti, mi hijo y yo ahora estaríamos muy unidos.

–¿Por qué Jake nunca me ha hablado de esto?

Sofía se puso rígida.

–Yo le rogué que no te lo dijera. Lo convencí de que lo justo era que yo te lo explicara todo. Me lo prometió.

–Porque temía que yo le contara lo de mi hijo –Kitty se sentía muy dolida.

–¿Por qué deberías decírselo? –estalló–. Ahora es tuyo. ¿No te basta con eso? Yo soy la única que está sufriendo.

Kitty se levantó, demasiado confundida para sentir rabia, para querer escapar de la venenosa presencia de Sofía.

–Supongo que no se encontraba bien en aquella época –concedió Kitty–. Pero no me culpe por crear problemas entre Jake y usted. Eso no se me puede achacar a mí.

Capítulo 10

Kitty dejó la carretera para andar por campo abierto. Tantas vidas afectadas, tanto sufrimiento... Jake la había amado y su madre había convertido ese amor en un sentimiento prohibido que debía eliminarse. Cuando estaba a punto de perder a su marido, Sofía había luchado por no perder también a su hijo.

Se echó a llorar. ¿Cuánto la habría amado Jake? De no haber intervenido Sofía, ¿qué habría ocurrido entre ellos? ¿Habría aceptado Jake a su hijo?, ¿le habría propuesto matrimonio?

Hizo a pie todo el trayecto hasta Torbeck. No quería ver a nadie mientras no se hubiera recuperado. Pensó cómo Sofía había alterado el curso de su vida. Ocho años atrás Jake se habría casado con ella, aun contra la voluntad de su madre, sencillamente porque la había dejado embarazada.

Grant se había avergonzado de ella. Y Jake, ¿se habría avergonzado también?

Se preguntó qué demonios estaba haciendo allí. Ella misma era su peor enemigo. ¿Qué sentido tenía seguir atormentándose pensando en lo que podía haber sido y no fue? Se dirigió hacia la casa. Tenía tanto que decirle, tanto que preguntarle... El todoterreno estaba en el patio. Contenta de saber que había vuelto, entró por la puerta trasera. Se quitó las botas, llenas de barro, y detectó un agradable olor a cordero asado. Se encontró con Jake en el vestíbulo.

–¿Dónde demonios has estado?

–En casa de Merrill –contestó aturdida. Con expresión airada, él la tomó de un brazo y la hizo entrar en el salón, cerrando de golpe la puerta. Sin duda no se daba cuenta de su fuerza, ya que al soltarla, ella se frotó el brazo, dolorida y asombrada.

–¿Qué sucede?

Cuando sus ojos se fijaron en ella, a Kitty se le aceleró el corazón.

–El jefe de Bob Creighton estuvo ayer en la granja con un equipo

de agrimensores. Al parecer, Barker mencionó tu nombre en la conversación y luego le exigió a Creighton que guardara el secreto.

En el angustioso silencio que siguió, una oleada de rubor tiñó las mejillas de Kitty, que desvió la mirada.

–¡Dios mío! –susurró Jake entre dientes–. Es verdad. Tú estás detrás de Colwell Holdings, tú eres la dueña de la finca.

–Ojalá no lo hubieras averiguado de ese modo. Quería... darte una sorpresa.

–¿Sorpresa? ¿Querías sorprenderme con la noticia de que puedes comprarme y venderme diez veces? –su dura incredulidad la desgarró.

–¿Quién te lo dijo?

–Creighton. Teme por su puesto de trabajo. Se acercó a mí porque le había llegado la noticia de nuestro matrimonio, él pensaba que yo me haría cargo de la finca. Me dan ganas de estrangularte –declaró molesto–. Todo lo que has hecho desde que volviste se ha basado en mentiras. Dime, ¿es que necesitas recurrir a eso para ponerme en ridículo?

–Claro que no. Simplemente no sabía cómo decírtelo –logró articular, aterrada por las sospechas que él abrigaba para explicar su silencio–. Es tu casa, Jake, y quiero que sea la nuestra. Simplemente, quería que volviera a tus manos.

–Querías que volviera a mis manos... ¿Y de verdad pensabas que la aceptaría? –preguntó furioso–. ¿Es que no se te ocurrió pensar que podría abrigar ciertas reservas en cuanto a vivir del producto de operaciones inmorales?

–¿Qué quieres decir?

–Colgan-Maxwell –pronunció lentamente en tono irónico–. Sin duda, pagó generosamente por el placer que consiguió. No puedo creer que me hayas concedido el mismo privilegio sin ponerle precio. Tienes los principios de una mujerzuela, Kitty. Y de una vez por todas te digo que no voy a convivir con ellos.

–Tienes que escucharme, Jake. Esto ya ha ido demasiado lejos. Grant no es mi...

Él la obligó a aguardar silencio.

–¿Es que realmente piensas que me importa? La semana anterior te dije cómo me sentía. Puedes invertir tus mal habidas ganancias e irte a la granja, pero te advierto que lo harás sola.

Tras entrar en su dormitorio, ella dio un portazo que resonó en toda la casa. Un minuto después la puerta se abrió de par en par.

–Maldigo la hora en que me casé contigo –farfulló con dolor.

–Y a mí me gustaría saber por qué lo hiciste. ¿Se trataba acaso de satisfacer tu vanidad? No te casaste conmigo por ninguna de las razones usuales, puesto que no necesitas seguridad económica ni quieres tener hijos. ¿Acaso podrías resistir la tentación de acostarte con alguien más joven y atractivo que yo? –preguntó con fiereza.

A Kitty le ardían los ojos por las lágrimas. Jake la obligó a entrar de nuevo en el dormitorio y la hizo retroceder hasta el borde de la cama.

–Sostengo lo que dije hace unos días –afirmó él.

Una mezcla de ira y dolor la ahogaba.

Jake metió una mano en uno de sus bolsillos. Un puñado de billetes cayó sobre la cama.

–Lamento no conocer la tarifa vigente –dijo con indecisión–, pero no quiero que pienses que admiro tu hermoso cuerpo menos que Maxwell, aun cuando él no fuera tan escrupuloso. ¿Y por qué habría de serlo yo?

Desesperada de dolor, Kitty se encontró con unos ojos centelleantes que no albergaban ni pizca de compasión. Cuando trató de escapar, él la sujetó y la tumbó sobre la cama.

–Según parece, ésta es la única forma de comunicación que entiendes. Pues que sepas que vamos a comunicarnos.

–No te atreverás –replicó jadeante.

–Creía que la relación entre sexo y dinero era tu principal vicio. Pero cometiste un error fenomenal. No estoy en venta. Ésta será la última jugada de nuestro juego, Kitty. Y es mía. Es una lástima que no seas el brillante premio que creía que eras.

Kitty se dijo que él la estaba rechazando. El hecho de que la deseara no era más que una manera cruel y sutil de agravar su castigo.

Con todo, su cuerpo se encendía cuando él la tocaba. No diferenciaba entre ira y pasión. Derribó sus defensas y no tuvo la fortaleza para resistir. La cegó el brillo de una estrella fugaz, y luego, nada. Se encontraba perdida en el aterrador vacío que estaba a punto de devorarla.

Hasta que Jake se marchó, fingió estar dormida. Como pudo se

levantó. Lo único que la impulsaba era una poderosísima necesidad de irse antes de que él regresara. Sin ningún orden guardó su ropa en una maleta.

–¿Qué rayos estás haciendo? –susurró Jessie, desde el corredor.

–Me voy –la voz de Kitty sonaba distante.

–Se ha dejado llevar por su temperamento. No cree ni una sola palabra de lo que te ha dicho –declaró Jessie, desesperada–. Me preguntó si yo sabía lo de la finca. Creo que rezaba al cielo para que todo fuera un malentendido. ¿Por qué no se lo dijiste, Kitty? Heriste su orgullo y eso es lo peor que podías hacerle.

La voz de Jessie era un zumbido monótono en los oídos de Kitty. Mientras cerraba la maleta le dedicó una mirada inexpresiva. Jake la había herido en los momentos en que más lo había amado. La despreciaba.

Jessie seguía hablándole cuando ella subió a su coche. Ya entrada la noche, llegó a Londres. La señora Stuart la recibió sin hacer ningún comentario.

El día siguiente pasó sin pena ni gloria. No comió nada. Por la noche se presentó la señora Stuart, diciéndole que quería hablar con ella.

–El señor Maxwell ha hecho todos los preparativos necesarios para que tome un avión para Francia mañana por la tarde, señorita Colgan.

–¿Cómo ha sabido que estoy aquí? –preguntó Kitty con el ceño fruncido.

–La secretaria del señor Maxwell telefoneó esta mañana –explicó la señora Stuart, olvidando agregar que Becky había telefoneado todos los días para saber si Kitty había llegado o no.

Grant la recibió en el aeropuerto de Niza. Kitty experimentó una fugaz alegría y luego nada.

Sus fieles admiradores y muchos fotógrafos los recibieron. Mientras los guardias de seguridad mantenían en orden a la multitud, Kitty sentía unas tremendas ganas de gritar. Se había convencido dolorosamente de que acababa de recibir otra demostración paterna de cómo utilizar la publicidad para su propio beneficio.

Con discreción, su padre no le preguntó nada acerca de su estado de ánimo. Sin preocuparse por sus respuestas monosilábicas,

se las arregló para llevar el peso de una conversación trivial, en la parte posterior de la limusina que los llevaba a la villa donde vivirían.

El palacio en cuestión, que le había prestado un buen amigo, se hallaba oculto detrás de altos muros y puertas de apertura electrónica.

–Querrás refrescarte antes de ir a cenar –le dijo él en el vestíbulo–. Iremos a comer a La Chevre d'Or.

Ante la mirada desalentadora de Kitty, le besó la mano a la manera francesa.

–Y será una cena que nunca olvidarás –dijo una voz desconocida y muy agradable desde lo alto de la escalera.

Grant se dio la vuelta. Su carismática sonrisa se evaporó con una rapidez casi cómica.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó con tono cortante.

Una atractiva joven morena, vestida de azul, bajaba la escalera con actitud parsimoniosa, sabiendo que todas las miradas estaban centradas en ella. Kitty la reconoció en el acto. Yolanda Simons, la estrella de Grant.

–Ya he reservado una mesa en La Chevre d'Or –anunció Yolanda, dirigiendo una mirada asesina a Kitty–. Quiero advertirte que la compartirás con una tercera persona: yo. No estoy preparada para que me margines públicamente durante el rodaje de una película. Por favor, deja de mirarme así, Grant. Pareces un chico malhumorado. Deberías entender que es una cuestión de imagen, nada personal.

Kitty lanzó a su avergonzado padre una mirada de disgusto.

–Cuéntaselo.

–¿Contarle qué? –preguntó Grant alzando la voz para intimidar.

Pero Kitty estaba más allá de toda intimidación.

–Señorita Simons, Grant es mi padre, y no tengo ninguna intención de estropearles la cena. Cenaré en casa.

Durante unos segundos, Yolanda se quedó boquiabierta. Kitty no se atrevió a mirar a su padre y subió las escaleras en busca de su equipaje.

–¿Tu hija? ¡Tu hija! –gritó Yolanda, rabiosa–. Y me hiciste creer...

Kitty se dijo que Grant se llevaría su merecido. Esperaba que

entrara en la habitación de un momento a otro. Como no lo hizo, se preguntó si después de todo llevaría a Yolanda a cenar. Conocía la pasmosa habilidad de su padre para aplacar a las mujeres más furiosas.

A las once se acostó. Una serie de dudas le provocaron una gran inquietud.

Jake había pasado sobre ella como si fuera una apisonadora. Pero ¿no había ella misma contribuido a su derrumbe? La sinceridad habría resuelto el conflicto entre ellos. Reconoció que en medio de esa violenta discusión no había hecho el menor esfuerzo por contarle a Jake la verdad acerca de Grant.

Le había resultado muy fácil decírselo a Yolanda, pero no al hombre al que amaba. Los celos habían deformado la opinión que Jake tenía de ella, y ella había guardado silencio. Él había querido desquitarse y ella había perdido los estribos, cosa que, según él, hacía con mucha facilidad.

Cuando las fotos que le hicieron con Grant aparecieron publicadas en los periódicos, comprendió que su separación sería definitiva. La invadió una sensación muy parecida al pánico y el anhelo por Jake quedó fijado en su pensamiento. Recordó cuan paciente y bondadoso había sido con ella, a pesar de sus insultos, cuando se presentó por primera vez en Lower Ridge. Cuando recordó cómo se internó en la casa en llamas para salvarla, estalló en sollozos y no oyó que llamaban a la puerta.

–Vi que tenías encendida la luz –explicó Grant, al mismo tiempo que ella volvía la cabeza para ocultar las lágrimas–. Esto me recuerda algo que sucedió hace años, una época que no quisiera volver a vivir contigo.

Se levantó de un salto, perpleja. Grant siempre bebía agua mineral, pero ahora tenía en las manos una copa de brandy.

–He pensado en enviar a la prensa una nota acerca de nosotros en cuanto termine la película.

–¿De verdad?

–Realmente no sé por qué he dejado que continuara esta farsa durante tanto tiempo. Bueno... miento, la verdad es que me ha divertido bastante.

Kitty no estaba acostumbrada a ver a su padre con una actitud tan pesimista.

–¿Has tranquilizado a Yolanda?

–No lo necesitaba. Se fue de aquí riendo con todas sus ganas –repuso en tono serio–. Yo me he pasado toda la tarde intentando elaborar un comunicado de prensa acerca de mi hija secreta. Espero que no busques razones, pues no las hay. Yo abandoné a tu madre de mala manera. Mañana cumplo cincuenta y dos años y tú eres en mi vida la única persona que me importa. Un rastro, una huella de mí, ¿no es cierto?

–¿Cincuenta y dos? –repitió Kitty.

Él titubeó y comentó, haciendo girar su copa:

–Háblame de él.

Kitty tragó saliva con dificultad.

–No quiero aburrirte.

–Haz que me olvide de lo de mi cumpleaños –la invitó.

Ella empezó por el principio. Grant fue a buscar otra botella y otra copa. Kitty le contó tantas cosas acerca de la boda que casi se olvidó de lo demás. Cuando mencionó lo del incendio, Grant la miró horrorizado y formuló un comentario mordaz sobre su amabilidad al mantenerlo informado. Cuando finalmente calló, lloró de nuevo.

–Al menos no va detrás de tu dinero –comentó Grant, sonriente.

–¿Es eso lo único que se te ocurre decir? –preguntó estupefacta.

–Pienso que Romeo y Julieta dieron con la solución perfecta, pero no lo consideres un buen consejo –repuso en tono de broma–. ¿Por qué no le dijiste que soy tu padre? En realidad le retorciste el cuello en mi nombre y en el tuyo. Ahora también tengo que cargar con eso en mi conciencia.

En ese momento sonó el teléfono. Grant fue a contestar. Su gesto de impaciencia se desvaneció lentamente y fue sustituido por una expresión cada vez más divertida. Interesada en otra cosa, Kitty no escuchó ni una sola palabra de lo que decía su padre.

–Lávate la cara –le indicó él bruscamente cuando colgó el auricular–. La tienes manchada.

Herida, se bajó de la cama y se refugió en el baño. El agua fría apaciguó el ardor de su piel. Se arregló el cabello y entró de nuevo en el cuarto.

–Suponiendo que suba las escaleras a paso normal, dentro de tres minutos tu marido entrará por esta puerta –observó Grant.

–¿Có...mo? –tartamudeó.

–Ha reducido al guardia de seguridad de la puerta y lo ha obligado a usar el teléfono –explicó; le brillaban los ojos de entusiasmo–. No se necesita ser Sherlock Holmes para deducir que Jake ha venido para sacarte de tu escondrijo y pasar por encima de mi cadáver. Por nada del mundo me perdería lo que va a pasar aquí.

–¿Jake está aquí? –consternada, Kitty volvió a saltar fuera de la cama.

No hubo una llamada a la puerta que anunciara la precipitada aparición de Jake. En cuanto entró, miró fijamente la inmóvil figura de Kitty y la de Grant al otro extremo de la habitación. Kitty lo observó mientras la invadía una oleada de debilidad.

Lo que Grant leyó en la mirada de Jake lo dejó más que satisfecho.

–Antes de que se forme una idea equivocada... –empezó a decir.

–Es mi mujer y voy a llevármela a casa –afirmó Jake con dureza–. Pero antes de irme, quiero...

–Soy el padre de Kitty –se apresuró a explicar Grant.

Jake, con la mandíbula tensa, no dijo nada.

–Es evidente que hay cierto parecido. Siempre me sorprende que lo note tan poca gente.

–Es cierto –intervino ella–. Es mi padre.

–Mañana se hará público. En otra ocasión nos conoceremos, cuando haya tenido tiempo de asimilar el hecho de pertenecer a nuestra familia. *Ciao,* yo me voy a la cama.

Salió de la habitación bajo la mirada penetrante de Jake, que después se volvió para mirar a Kitty.

–¿De verdad eres su hija? ¿Cómo demonios es posible?

–Mi madre trabajaba como recepcionista en un hotel cuando lo conoció. Todavía no era famoso. Era miembro de una compañía teatral que hacía giras por el norte. La convenció de que fuera a Londres con él. A mi padre le ofrecieron un papel en una serie de televisión en Nueva York y la dejó en Londres, prometiéndole que le enviaría dinero, pero no cumplió su promesa.

Jake tomó la botella y se sirvió una copa.

–Él siempre ha sostenido que sí le escribió, pero yo no le creo. Cuando mi madre decidió volver a casa estaba embarazada.

Comenzó con los dolores antes de llegar al hospital. Cuando mis abuelos llegaron, ya había muerto. Grant les escribió meses después, preguntándoles por ella, pero no le contestaron. Guardaron la carta. En ella estaba el nombre y la dirección... –titubeó–. Debí decírtelo... Ahora sé que debí contarte todo esto.

–Te pareces a él. ¿Sabes acaso lo que he sufrido durante estos ocho largos años? –exclamó, pasándose una mano por el cabello–. Y durante todo este tiempo... ¡Qué horror! Cuando entré en este cuarto y lo encontré... –sacudió la cabeza–. A pesar de todo, quería llevarte conmigo a casa.

–¿Sí?

–Fui a buscarte a Londres. Creo que al ama de llaves le caí bien. Me invitó a entrar, me dijo dónde estabas y me ofreció el teléfono. Percibí con bastante claridad que esperaba que tu padre saliera con la nariz rota. Temía no contar con el cariño suficiente por parte tuya para...

Kitty sufría al reconocer sufrimiento de Jake. Éste se alejó unos cuantos pasos y luego se volvió hacia ella.

–Cuando me enteré de que te habías ido, me derrumbé. Considerando mi conducta, tal vez te preguntes por el motivo, pero la verdad es que en ningún momento quise que te fueras. Sólo quería que tomaras la decisión de expulsar de nuestras vidas a Maxwell y a todo lo relacionado con él. Eso significaba mortificarte, pero no me importaba.

A Kitty le brillaron los ojos.

–Entiendo bien eso, pero creo que ha llegado el momento de que te diga lo que realmente ocurrió... Quiero decir, por qué terminé con Grant. Mis abuelos escribieron a su representante y me enviaron a él. No le quedó más remedio que aceptar responsabilizarse de mí. Bueno, nunca me escapé. Me ordenaron ir y también no volver.

Jake la escuchaba interesado.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué lo hicieron?

A Kitty se le inundaron los ojos de lágrimas.

–Te mentí, Jake. ¿No lo entiendes? Te mentí cuando te dije que no estaba... embarazada –siguió un tenso silencio; luego prosiguió–: No sabía qué hacer ni a quién recurrir. Fingí que no me estaba ocurriendo a mí, pero luego no pude seguir mintiendo.

Jake la abrazó.

–¡Oh Dios! ¿Por qué no podemos hacer retroceder el tiempo? –le acarició el cabello hasta que ella se calmó–. ¿Por qué continuaste protegiéndome? Me mentiste, cierto, pero yo debí haber comprendido que lo hacías. No eras más que una niña y debiste afrontarlo todo sola...

–Jamás he deseado nada con tanta intensidad como deseaba ese hijo –confesó conmocionada–. Cuando lo perdí, no lo podía aceptar.

–Lo sé, lo sé –musitó emocionado–. Estabas esperando un hijo mío y yo debí haber estado a tu lado. Eso nunca me lo perdonaré.

–Pero no tuviste la culpa...

–Iba a casarme contigo al terminar los estudios. Todo lo tenía previsto. Jamás imaginé un futuro sin ti.

–No, por favor. Hablé con tu madre y sé por qué me trataste así.

–Todo lo nuestro se vino abajo de la noche a la mañana, mi madre lo mató. ¿Sabes por qué la creí? Estábamos muy unidos en aquella época y yo no acudí a mi padre para confirmar su historia. Por eso me casé con Liz, para que me sirviera de escudo y poder seguir viéndote como a una amiga...

Kitty se estremeció, herida por la amargura que entrañaban sus últimas palabras.

–Como era de esperar, el matrimonio fue un desastre. Tú habías desaparecido y yo estaba muy preocupado. Cuando me enteré de toda la verdad, me sentí desolado, engañado. A Liz nunca le mentí, nunca fingí que la quería. La verdad es que se merecía un mejor destino.

–Éramos muy jóvenes. Probablemente no habría funcionado –expresó ella.

–Pero nuestro amor era tan grande que pudo haberlo salvado todo. No recuerdo ni un solo instante en que no te haya amado. Aun cuando no podía estar cerca de ti y aun cuando los celos me corroían, puse mi corazón a tus pies desde el primer día...

–¿Por qué no me dijiste lo que hizo tu madre? –preguntó frustrada.

–Al principio pensé que me estaba poniendo en ridículo. Tú no querías saber nada de mí. Y entonces, aquel día en la granja recordé cómo me había sentido esa noche y quise decírtelo.

–Pero te interrumpí. Estaba asustada.

–Eso nos iguala –contestó Jake–. Y cuando entré contigo en la iglesia, jamás pensé que pudiera haber algo que nos separara de nuevo.

–Y yo permití que Grant se interpusiera entre nosotros. Supuse que mientras pensaras que alguien estaba interesado en mí, me querrías más. Me aterraba la idea de perderte.

–Kitty... –le reprochó con dolor–. Nunca me perdiste, ni una sola vez en todos estos años. No tenía ningún derecho a sentir celos, pero el solo pensamiento de imaginarte con otro hombre me enloquecía. Ya no insistiré más. No te estoy preguntando nada.

–Nunca hubo otro hombre, Jake. Siempre te he amado y siempre lo haré.

Con hambre de pasión, él se apoderó de sus labios. Luego le abrió la bata y empezó a acariciarla. A su vez, ella le desabrochó la camisa, buscando ansiosa el contacto de su piel.

Con un gemido de frustración, Jake levantó la cabeza.

–Si no dejas de hacer lo que estás haciendo no me podré controlar.

–Que deje de hacer, ¿qué?

Jake interceptó la mano que se deslizaba más abajo de su cintura.

–Podrías empezar exactamente en el mismo sitio en que te quedaste hace un rato –le dijo con firmeza–. El año pasado, cuando cumplí treinta años, heredé la fortuna de mi abuela. Mi padre había sido un gran problema para ella, de modo que antes de morir lo borró de su testamento y me nombró su heredero. Entonces yo era un niño, y ella dejó una cláusula según la cual no podría disponer de un solo céntimo antes de cumplir los treinta años.

–Tu padre debió ponerse furioso.

Jake sonrió con aire triste.

–Impugnó el testamento, pero fue en vano. Después de su muerte, el banco habría desaparecido de no haber sido por la herencia que me esperaba. Por mi parte, no podía obligar a mi madre y a mis hermanas a vivir de la caridad. No habría sido justo, y por ese motivo vendí mis derechos. Sin embargo, cuando la granja quedó vacía, empecé a acariciar la idea de recuperarla —se interrumpió y continuó—: Cuando me enteré de que eras la dueña, todo explotó en mi interior. El pensamiento de que el dinero de

Maxwell había sido el primero en llegar, fue la gota que colmó al vaso —reconoció con sinceridad—. Dime, ¿me tienes reservadas más sorpresas?

–Tengo un Ferrari.

Riendo, la tumbó boca arriba.

–Puedo vivir con eso. Siempre y cuando te tenga a ti, puedo vivir con cualquier cosa.

–¿Un hijo? –Kitty se sonrojó–. Hablo de futuras posibilidades.

Ante su tono discreto, Jake volvió a reír.

–Kitty..., llevamos casados unos cuantos días.

–No soy muy paciente.

–Bueno, ahora que lo dices, yo tampoco.

Jake salió del cuarto de baño secándose el cabello.

–¿Todavía no te has levantado? –preguntó con una sonrisa burlona.

Eran las seis de la tarde. Kitty dedicó una sonrisa complaciente a su marido y, cuando pudo retirar la vista de su persona, contempló la espaciosa habitación. Se habían mudado a la granja a pesar de que todavía no habían terminado las obras de renovación. Durante meses, un ejército de trabajadores había compartido su casa con ellos. Jessie presidía la cocina de sus sueños y además dirigía a todo un equipo de ayudantes. Bob Creighton seguía administrando la propiedad, pero Jake supervisaba Colwell Holdings.

–Grant no llegará antes de las nueve –le susurró insinuante.

Jake se sentó en la cama a su lado, mirándola divertido.

–¿A quién le ha tocado la pajita más corta? –le preguntó Kitty acariciándole la mejilla.

–A mí.

–Podríamos llamarlo como él para que encaje mejor la noticia. Bueno, la verdad es que no se presentó al bautizo de Beth, y ya tiene seis meses –señaló Kitty–. Creo que se echó atrás en el último minuto.

–Jamás he visto a nadie huir de un niño con tanta prisa.

–Podemos echarle la culpa. La verdad es que fue en ese crucero por el Caribe donde sucedió todo –repuso ella muy seria.

–Tenía la impresión de que yo lo había hecho, pues no necesito

un cambio de ambiente para ponerme en condiciones –comentó Jake–. ¿Qué te parecería que lo volviéramos a celebrar?

Al final, ninguno de los dos necesitó dar la noticia a Grant. Tina se encargó de hacerlo en el comedor.

–El médico le va a dar a mi mamá otro niño –declaró orgullosa.

Grant se atragantó con el vino y luego se aclaró la garganta.

–Me parece que deberíais recurrir a la historia de la cigüeña. Será más seguro.